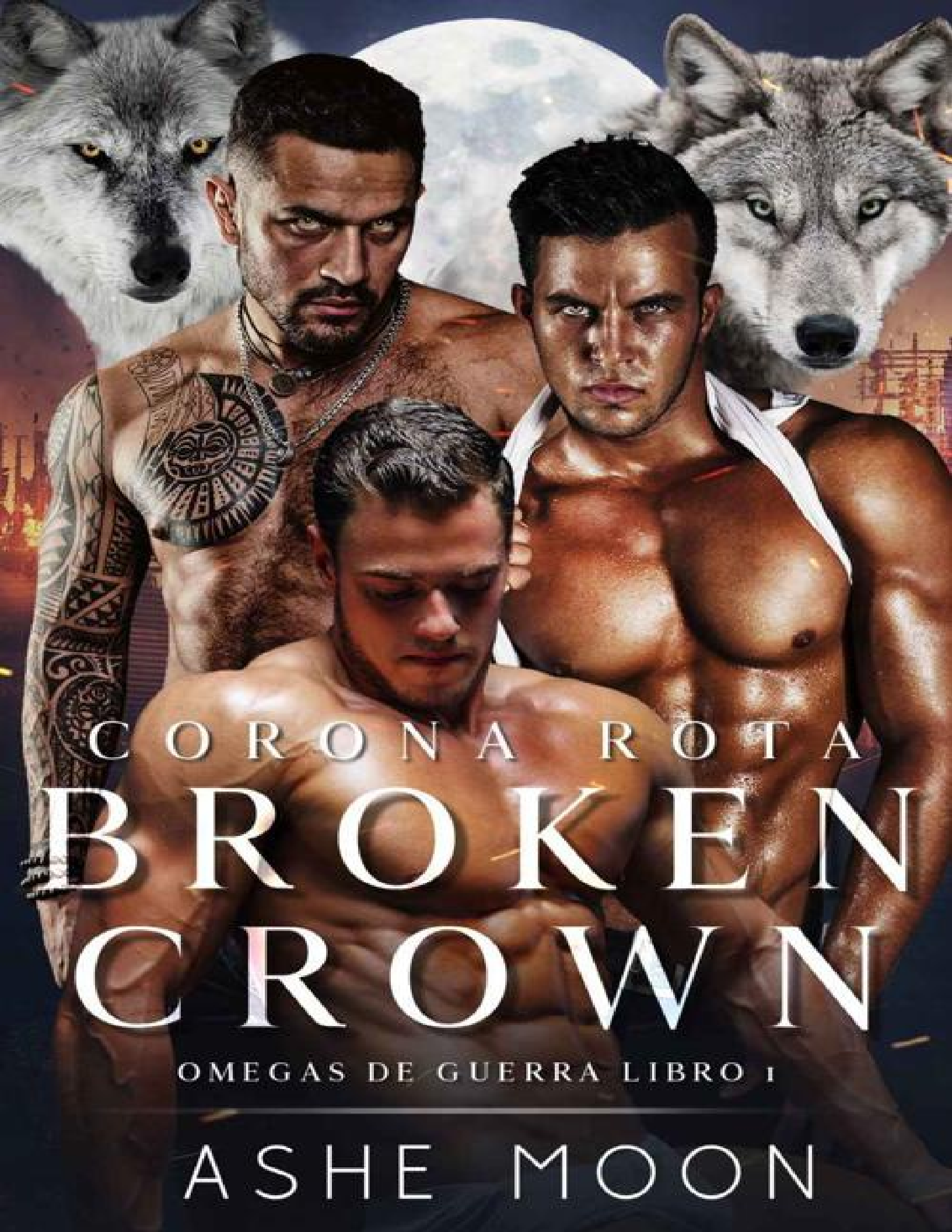

CORONA ROTA
BROKEN CROWN
OMEGAS DE GUERRA LIBRO 1
ASHE MOON

Derechos de autor © 2019, 2024 por Ashe Moon

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de citas breves incorporadas en reseñas críticas y ciertos otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

CORONA ROTA
BROKEN CROWN

OMEGAS DE GUERRA LIBRO 1

Índice

¡Recibe M/M en tu bandeja de entrada!
Omegas de Guerra
PREFACIO

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Epílogo

¡Muchas gracias por leer!
Omegas de Guerra
SIGUIENTE EN LA SERIE...
La Serie de los Hermanos Luna
Mantente en contacto con Ashe
Contenido Extra

Mantente al día con las ofertas y los nuevos lanzamientos suscribiéndote al boletín personal de Ashe Moon AQUÍ, o escanea el código QR de abajo con la cámara de tu teléfono.

Si buscas algo más personal, ¡también puedes unirte a mi grupo privado de Facebook, **Ashe Moon's Ashetronauts!** Es principalmente un grupo de habla inglesa, pero todos son bienvenidos y estaremos encantados de tenerte. ¡Haz clic en el enlace o escanea el código QR de abajo con la cámara de tu teléfono!

Mi grupo es un espacio seguro para charlar conmigo y con otros lectores, y donde también realizo sorteos exclusivos y anuncios especiales. ¡Espero verte allí!

Omegas de Guerra

Los libros de esta serie pueden disfrutarse como historias autoconclusivas y leerse en cualquier orden. Aunque los libros se desarrollan en el mismo universo y en el mismo periodo, siguen a diferentes personajes en sus aventuras únicas. Simplemente comienza con la historia que más te interese: no te perderás ningún elemento clave de la trama ni el desarrollo de los personajes.

Libro 1 (*Broken Crown*): 🖤🖤🖤🖤

Libro 2 (*Ravaged Bond*): 🖤🖤🖤

Libro 3 (*Poisoned Fate*): 🖤🖤

*

---

* Escala de intensidad:

🖤 - Temas ligeros, conflictos moderados, final feliz garantizado

🖤🖤 - Temas moderados, conflictos emocionales, contiene temas delicados

🖤🖤🖤 - Temas pesados, conflictos intensos, contiene contenido perturbador y violencia

🖤🖤🖤🖤 - Temas muy pesados, conflictos extremos, contiene contenido altamente perturbador y violencia explícita

PREFACIO

Un recordatorio de que este romance oscuro contiene temas de consentimiento dudoso, violencia y otros escenarios potencialmente perturbadores. Si este tipo de material le ofende, le pido que por favor se abstenga de leer este libro. Muchas gracias.

Uno

Con dos días más habría cruzado la frontera hacia territorio neutral donde el terrible alcance del Imperio Xyletiano no tenía influencia. Allí habría estado a salvo. Había gente esperándolo, supervivientes de la invasión de Ekdol, ancianos y consejeros que sabrían qué hacer en el caos que había invadido su país y el mundo entero.

Sus padres estaban muertos.

No había forma de que Lars hubiera podido evitar presenciar el horrible espectáculo de su ejecución. El Imperio lo había transmitido en todas las pantallas del reino; obligados a arrodillarse antes de ser despedazados por los colmillos de lobos cambiantes rabiosos. El Emperador de Xyletia, su enemigo y verdugo, ni siquiera había estado allí para mirarlos a los ojos. Una muerte indigna para un rey y una reina.

Y ahora los cuerpos de sus dos mejores guardias yacían sin vida, su pelaje apelmazado con sangre. Miró a través de un hueco en la lona que cubría la parte trasera del camión donde estaba escondido, su corazón latiendo con fuerza mientras los soldados xyletianos merodeaban alrededor del vehículo, transformados en sus formas de lobo, sus narices escaneando el suelo salpicado de sangre. Sabía que solo era cuestión de tiempo antes de que lo detectaran. Si corría, probablemente lo matarían de inmediato.

¿Qué podía hacer? Su gente lo necesitaba. No podía morir todavía, no aquí. No antes de poder vengarse por su nación destrozada.

Uno por uno, los soldados volvieron a sus formas humanas, su pelaje oscuro y desaliñado transformándose en el infame uniforme azul tinta del ejército xyletiano. Collares de oro colgaban alrededor de sus cuellos con el emblema del cráneo de lobo vicioso de los Colmillos Feroces, la unidad más temida y de élite de Xyletia.

Su mente corría, buscando una salida, un camino hacia la salvación. Sentía el frío aliento de la muerte en su cuello. Estaría llamando a esa puerta en cualquier momento si no hacía *algo*.

Humano o lobo, la letalidad de un guerrero era igual. Como lobo tenían las herramientas naturales del animal: un conjunto de sentidos mejorados, curación rápida y poderosas mandíbulas capaces de triturar acero llenas de colmillos afilados como navajas. Como humanos podían operar vehículos, armas de fuego y todos los demás instrumentos de la civilización.

Él no era un guerrero.

Si hubiera nacido Alfa, habría recibido entrenamiento de combate de los más grandes maestros de la nación. Nacido Beta, habría estudiado con los mejores eruditos, filósofos y políticos para unirse a las filas del intelecto ekdoliano. Pero Lars había nacido Omega, un Omega masculino, el más raro de la jerarquía de tres. Y por eso lo habían mantenido en secreto.

Solo los miembros más confiables de la corte interna conocían su existencia, que se anunciaría públicamente cuando se encontrara una pareja apropiada. Haber nacido Omega masculino significaba que era el mayor activo de la familia real y una mercancía increíblemente rara. Los Omegas masculinos podían dar a luz, y cuando se emparejaban con un Alfa excepcional, se sabía que producían descendencia de gran fuerza, talento y destreza. Los Alfas quemarían ciudades enteras si eso significaba tener la oportunidad de reclamar a un príncipe Omega.

El Salón de los Héroes, antes de ser reducido a un montón de cenizas humeantes, había consagrado las imponentes figuras de los personajes más legendarios de Ekdol. Lars conocía todos sus nombres. De niño, había pasado horas allí, jugando a sus pies. Sabía que un gran número de ellos habían nacido de padres Omega. Sus padres y la corte de Ekdol lo habían criado para conocer solo un futuro: emparejarse con un Alfa honorable y dar a luz a un hijo que eventualmente se uniría a la compañía de ese espacio sagrado.

Pero Ekdol estaba en llamas. Su familia estaba muerta. Y ahora se enfrentaba a lo que bien podrían ser sus últimos momentos en esta tierra.

—Registren el camión —dijo uno de los soldados—. Tengan cuidado. Estaban protegiendo algo.

Destrozaron la cabina, desmantelándola por completo.

Lars escuchó cómo sacaban todo y lo arrojaban al suelo. La lona fue lo siguiente, revelándolo acurrucado en la esquina, mirándolos desafiante. Lo agarraron por los brazos y lo arrojaron al suelo, sacándole el aire de los pulmones. Su mejilla se raspó contra la grava y se cubrió de humedad; sangre, se dio cuenta, pero no la suya. Los cuerpos rotos y despedazados de sus antiguos guardias yacían a solo unos metros de distancia.

Tosiendo, se levantó sobre sus rodillas. Dos de los soldados sacaron rifles y apuntaron a su cabeza.

—Mátenlo de una vez —dijo uno de ellos.

Lo rodearon, sus collares dorados brillando bajo la luz de la luna.

¿Lo sabrían? ¿Podrían oler el aroma Omega que impregnaba cada centímetro de su piel, tan fuerte para la nariz de un Alfa hambriento? Siempre se había aplicado los ungüentos y bebido las amargas tónicos que los sanadores le habían prescrito, destinados a enmascarar sus marcadores de olor naturales, pero la última vez que lo había hecho había sido hace días.

Gracias a los cielos que no estaba en celo, o de lo contrario su destino sería peor que la muerte.

Lars podía sentir prácticamente sus respiraciones absorbiendo su olor, cada bocanada amenazando con delatarlo. Un sudor frío le erizó la piel.

Manos arañaban los harapos andrajosos que se había puesto en un intento de ocultar su identidad. Instintivamente, aferró el colgante de piedra opalescente que llevaba al cuello, tallado en forma de tres anillos interconectados que se retorcían hacia adentro. Era un símbolo de la realeza ekdoliana, transmitido a través de cada clan que ascendía al trono, y el último vestigio de esa vida anterior.

Fue arrojado al suelo, con la camisa desgarrada. Su pecho se estrelló contra la piedra, cortando la suave piel. Lars no estaba acostumbrado al dolor. Había vivido una vida siempre protegido del daño físico, nunca se le permitió hacer mucho. Apretó los dientes, con lágrimas acumulándose en las comisuras de sus ojos. Apretó el colgante, invocando toda la fuerza que representaba mientras los soldados lo rodeaban, sus rostros retorcidos por la sed de sangre.

¿Era este el fin? ¿Así terminaría su vida?

Uno de los soldados presionó la suela de su bota contra la nuca de Lars, aplastando su mejilla contra la tierra. Más allá de los hombres, los rayos dorados del sol poniente brillaban a través de las ramas retorcidas de los antiguos olivos que bordeaban el camino.

Transformarse significaría ser descubierto. Ninguna cantidad de tónico enmascarador de olor podría ocultarlo en su forma de lobo.

A través de una visión teñida por su sudor y sangre, Lars vio la silueta familiar de un pinzón ekdoliano posarse en una rama de olivo. Por un momento, todo lo que le estaba sucediendo pareció desvanecerse en el fondo, y pensó en los días que había pasado observando aves desde la gran terraza. Ya no podría contar las aves con su madre, señalando las particularmente hermosas. Ella le había enseñado todos sus nombres, identificando aquellas que solo podían encontrarse en los bosques que rodeaban la residencia real. Mantenía un aviario lleno de muchas especies raras, pero Lars sentía que ninguna de ellas podría compararse jamás con aquellas criaturas familiares que se sentían como el hogar.

El aviario se había quemado durante la invasión.

Nunca volvería a ver las hermosas aves de su país.

Lars no era fuerte, no era un luchador, pero rendirse y aceptar la muerte sin luchar sería una cicatriz final en el nombre de su familia. Eso sería incluso peor que cualquier cosa que pudieran hacerle. Si iba a decepcionar a su pueblo muriendo, al menos lo haría con el honor que un príncipe pudiera reunir.

Cerró los ojos y tocó el espíritu bestial que yacía en lo profundo de su mente. Lo llamó hacia adelante, abriendo los caminos de energía mística como le habían enseñado cuando era solo un niño. Su cuerpo cambió rápidamente; los huesos se reposicionaron, crujiendo y retorciéndose en su lugar mientras los dientes se convertían en colmillos, las manos y los pies se formaban en patas y un pelaje dorado-rojizo brotaba de su carne. Una cola creció desde la base de su columna y sus orejas se reposicionaron en la parte superior de su cabeza mientras su nariz se empujaba hacia adelante, estirándose para convertirse en un largo hocico.

Sabía que solo tendría un momento para actuar antes de que lo abatieran. Pero para su sorpresa, hubo vacilación. Los soldados retrocedieron. Lars se levantó de un salto, gruñendo.

—Es un Omega.

Se escucharon murmullos.

—Maravilloso —dijo uno de ellos—. Nunca me he follado a un Omega antes.

—Parece que es tu oportunidad.

Sonrisas se dibujaron en sus labios. Lars se lanzó contra uno de los soldados, con las fauces abiertas. El hombre se hizo a un lado, esquivando fácilmente su ataque salvaje y telegráfico. Se rieron.

—Ohh, quiere pelear.

Lars se volvió y fue por otro. Este hombre no evadió. Blandió su arma, golpeando a Lars en el costado del cráneo y enviándolo de vuelta al suelo. Sus oídos zumbaban.

—Manténganlo abajo.

Dos de los soldados se transformaron en forma de lobo y sujetaron el cuello de Lars contra el suelo con sus fauces. Incapaz de mover la cabeza, sus ojos se movían de un lado a otro en un intento de ver a sus atacantes mientras su respiración agitada levantaba nubes de polvo. El mundo giraba.

—Oblíguenlo a volver.

Un des-transformador fue sacado de su funda, una larga vara de acero que terminaba en chispas crepitantes de energía púrpura. El aullido de Lars atravesó el aire y se convirtió en un grito cuando clavaron el dispositivo en la parte posterior de su cuello, forzándolo a volver a su forma humana. Los dos soldados aún lo tenían atrapado.

—Huele bien —gruñó uno.

Lars cerró los ojos con fuerza, detestando la sensación del aliento caliente y nauseabundo del lobo contra su mejilla. Pensó en sus padres y su hogar y encontró consuelo en la idea de que pronto se reuniría con ellos.

—¿Qué está pasando aquí? —ladró una voz.

La presión en su cuello se liberó inmediatamente. Las botas rasparon la grava. Lars abrió los

ojos y vio a los dos soldados lobo sentados en posición de atención, con las orejas erguidas y las colas rectas. Los otros soldados se pusieron rígidos y levantaron las manos a sus frentes en un saludo tenso. Uno dio un paso adelante para dirigirse a la figura que se acercaba.

—¡Coronel! Este Omega ekdoliano estaba intentando cruzar la frontera a escondidas.

Lars levantó la mirada y vio a una bestia de hombre que se acercaba a ellos con paso firme. Su collar dorado estaba tachonado con tres estrellas de rubí que indicaban su rango militar, y Lars supo de inmediato que el hombre era un Alfa. Sus ojos eran agudos y peligrosos, ardiendo como brasas en las ruinas de una ciudad en llamas. Este hombre era poderoso. Era temido; Lars podía verlo en la forma en que los hombres lo miraban.

El hombre se detuvo a unos metros y lo miró con desdén. Los soldados agarraron a Lars por los brazos y lo pusieron de pie, donde se encontró más de una cabeza más bajo que el coronel Alfa. Lars se desplomó, apenas capaz de sostenerse sobre sus propios pies. Su cuerpo se sentía entumecido por el impacto del des-cambiador y su cabeza resonaba como un gong. Sintió dos dedos enormes agarrar su barbilla y levantar bruscamente su cabeza. Miró hacia arriba, a los ojos ardientes del Alfa. La mirada penetrante del hombre parecía atravesar el cráneo de Lars.

—¿Qué pretendías hacer con él? —exigió el Alfa.

—Disfrutar de los botines de guerra, señor —dijo el soldado—. Iba a...

—Nadie disfruta de nada sin el permiso mío o del comandante —dijo el Alfa—. Esta no es una unidad cualquiera. Somos los Colmillos Salvajes. Debería ejecutarte en el acto por esto.

—S-señor, yo...

El Coronel extendió la mano y arrancó el collar dorado del cuello del hombre, arrojándolo al suelo.

—Ya no formas parte de esta unidad. Fuera de mi vista. ¿Teniente?

Uno de los soldados dio un paso al frente y saludó enérgicamente.

—Señor.

—Felicidades. Ahora eres capitán. Asegúrate de que tal ofensa no vuelva a ocurrir.

—Sí, Coronel Greer, señor.

—Escolta al prisionero a mi transporte. Lo llevaremos de vuelta a la base para presentárselo a mi hermano.

—¡Señor!

Ataron sus muñecas con bridas de plástico y lo arrastraron por las axilas, las puntas de sus zapatos cavando surcos en la tierra. Luchó contra su agarre, pero estaba demasiado débil para pelear. Mirando por encima de su hombro, Lars vislumbró los últimos destellos de luz solar desapareciendo bajo el horizonte donde yacía su salvación. Había fracasado.

Lo arrojaron a la parte trasera de un gran vehículo de transporte erizado de armas. Pintado a lo largo de su costado de acero negro estaba el emblema dorado del cráneo de lobo de la Unidad Colmillos Salvajes. Los soldados se amontonaron en el frente, y el motor rugió a la vida con vibraciones pulsantes que sacudían su grueso armazón. A través de la ventana, Lars observó cómo los soldados restantes lanzaban dos granadas incendiarias a su camión, prendiéndole fuego. El fuego se extendió a los cuerpos de sus guardias, consumiéndolos en una ráfaga de llamas blancas. Entonces una forma masiva bloqueó su vista. La puerta se abrió de golpe y el coronel Alfa se agachó para entrar en la parte trasera del transporte y tomó el asiento del banco opuesto a él. Lars se deslizó hacia la esquina, tratando de alejarse lo más posible del hombre.

Dos soldados se movieron para acompañarlos en la parte trasera del transporte, pero el Coronel Greer levantó la palma para detenerlos.

—Acompañaré al prisionero solo —dijo.

—Señor.

Rápidamente retrocedieron y cerraron la puerta, y el transporte se sacudió hacia adelante mientras el convoy aceleraba por la carretera. El camión en llamas proyectaba sombras duras sobre el rostro del hombre mientras lo pasaban, y Lars pensó que parecía un monstruo. Mirando su cara, ahora podía ver una serie de cicatrices cruzando su sien justo debajo de su cabello oscuro, que estaba pulcramente peinado hacia atrás. Sus ojos eran de un marrón claro con destellos rojos brillantes, una característica que llevaban muchos Alfas. Le hizo pensar en sangre. Se estremeció.

Este Coronel Greer lo miraba en silencio, desarmándolo con los ojos. Lars se sentía desnudo y vulnerable. Podía sentir cómo analizaba cada parte de su cuerpo, pero la expresión del coronel no revelaba ninguna explicación de lo que podría estar tramando. Era un Alfa. Lars sabía lo que los Alfas les hacían a los Omegas. Se había librado de un destino brutal a manos de los soldados, pero eso solo podía ser temporal. Después de todo, de eso se trataba esta guerra. Recursos. Recursos de reproducción.

Si Lars hubiera estado en celo, ¿qué habría pasado? Si los tónicos supresores del estro perdieran su potencia, ¿cómo reaccionaría el Alfa frente a él?

Un pensamiento aún más aterrador surgió en su mente. ¿Cómo reaccionaría *él*? ¿Sería capaz siquiera de resistir los impulsos instintivos que recorrerían todo su cuerpo? ¿Querría negar los avances de un Alfa poderoso? No importaría si ese Alfa fuera un asesino. O un miembro del Imperio Xyletiano.

—¿Qué va a hacer conmigo? —preguntó Lars, encontrando su voz.

—Ahora eres un activo del Imperio Xyletiano —retumbó Greer—. Cualquier cosa que yo quiera.

Lars volvió a estremecerse.

—Pero por ahora —continuó Greer—, voy a entregarte a mi hermano, el Comandante Phoenix Greer. —Se inclinó hacia adelante y extendió una mano. Sus enormes dedos callosos rozaron el pecho de Lars mientras se cerraban alrededor del colgante que llevaba en el cuello—. Habían circulado rumores sobre un heredero Ekdoliano, pero ninguno pudo ser verificado. ¿Quién lo hubiera pensado? Un Omega. —Con un tirón rápido, la cadena se rompió.

—Devuélvamelo —suplicó Lars.

—Fueron sabios al mantenerte oculto. Fue mi suerte encontrarte. Esto lo cambiará todo. —Se metió el colgante en el bolsillo—. Dile a alguien sobre tu verdadera identidad y te garantizo que morirás.

—De todos modos voy a morir —dijo Lars.

—Tal vez. Quizás pueda recibir una prórroga de su vida. Pero si la noticia de su existencia llega al Emperador, nada podrá detener su destino.

—¿Por qué me está ayudando?

—¿Es eso lo que cree que es esto, pequeño Omega? Todo lo contrario. *Usted* nos estará ayudando a *nosotros*. —Se inclinó hacia adelante de nuevo, apoyando los antebrazos sobre los muslos. Su collar dorado brilló bajo las luces de la calle que pasaban. Su nombre estaba grabado en letras gruesas a lo largo del lado derecho.

GREER, GRIFFIN.

—Necesitábamos un Omega —dijo Griffin. Su rostro estaba tan cerca que Lars podía oler su aroma—. Y ahora tenemos uno.

En ese momento, sintió que algo despertaba dentro de él, una vibración profunda en su estómago. Sabía lo que era y lo que significaba. *Estaba* llegando. Había luchado y lo había suprimido durante tanto tiempo como fue físicamente posible, pero su cuerpo estaba reaccionando al catalizador que era este poderoso macho Alfa, y no pasaría mucho tiempo hasta que estuviera completamente inmerso en su ciclo de celo. Y cuando ese momento llegara, nada podría salvarlo.

Dos

La base xyletiana se encontraba en el claro de un bosque calcinado al norte de donde Lars había sido capturado, un campamento móvil que había sido fortificado con armamento destinado a sofocar cualquier intento de rebelión y mantener la frontera bajo control.

La cabeza de Lars estaba cubierta con una capucha, bloqueando su visión. Oyó que la puerta se abría y Griffin salía del vehículo.

—¿Celda de detención, señor? —preguntó una voz.

—No —respondió Griffin—. Las cámaras del Comandante. Este es nuestro invitado.

Lo arrastraron y lo obligaron a marchar, clavándole un arma en la espalda cada vez que se ralentizaba o intentaba resistirse. Olía el aroma acre y nocivo de la gasolina y escuchaba el sonido de las botas sobre la grava. Los gritos de los hombres. El aullido de los lobos y el redoble de las patas. Incluso en su forma humana podía olerlos: machos Alfa que podían sentir su presencia Omega. Podía sentir cómo su atención se desviaba hacia él al detectar el zumbido minúsculo que lentamente iba ganando fuerza en su interior.

Los curanderos le habían dicho que la mezcla de tónicos anularía su ciclo y duraría al menos este mes. Eso fue hace solo una semana, y de repente ahora los supresores estaban fallando. Su celo estaba irrumpiendo como una fiebre intensa. ¿Realmente podía haber sido todo por causa de un solo Alfa?

Resiste.

Lars repetía la palabra silenciosamente en su mente.

Resiste.

Quería creer que podía controlar los impulsos de su cuerpo, que tenía algún poder para resistir el apremiante, doloroso y primario deseo que surgía durante el celo. Especialmente quería creer que nadie, y menos aún ese monstruo, podía influenciarlo. Había recibido algo de entrenamiento para la resistencia, ejercicios mentales destinados a mantener su mente fuerte. Pero nunca había tenido que *usar* realmente las habilidades que había aprendido.

El aire cambió y ya no caminaba sobre grava. Estaba en el interior, e intentó retener algún sentido de dónde se encontraba notando cada esquina por la que lo obligaban a girar y cuántos pasos había dado. Pero su cerebro estaba confundido. ¿Habían sido tres izquierdas y una derecha? ¿Cincuenta pasos? ¿Por qué sentía que estaban dando vueltas en círculos?

Una puerta se desbloqueó y se cerró de golpe detrás de él. Más caminata. Luego el zumbido de un ascensor.

Se abrió una última puerta y Lars fue conducido al interior. Alguien lo empujó bruscamente por ambos hombros. Se desplomó hacia adelante e intentó sostenerse, pero el impulso lo hizo tropezar con sus pies. Cayó, preparándose para encontrarse con el suelo, pero en su lugar fue recibido por el abrazo de un colchón suave. Botas resonaron, una puerta se cerró de golpe, y luego hubo silencio. Al menos, por un momento. Mientras sus oídos se ajustaban al volumen más suave, captó el sonido del agua goteando en algún lugar de la habitación. Luego el suave tictac de un reloj.

Luchó por sentarse, no era fácil con las manos aún atadas a la espalda. La maldita capucha tampoco se quitaba, por más que intentara sacudírsela. Transformarse no le haría ningún favor; las ataduras le romperían los brazos en el proceso, y ¿qué le haría la transformación a su estro? ¿Entrar en su forma de lobo lo empeoraría?

Se sentó en el borde de la cama —al menos, estaba bastante seguro de que era una cama— y escuchó. Apenas podía distinguir un sonido retumbante que venía del techo. Estaba bajo tierra. Cuando olfateó el aire, captó el aroma de madera barnizada. ¿Libros también? Le recordaba al estudio de su padre en el palacio, un pensamiento que le provocó una punzada de dolor en el corazón.

Les he fallado, pensó. *Madre, Padre, lo siento tanto.*

Lars sintió aún más remordimiento por sus compatriotas, el pueblo de Ekdol. Era su deber protegerlos como príncipe heredero. Si hubiera logrado cruzar la frontera, lo habrían coronado

rey. Podría haber reunido a sus aliados y hecho algo para contraatacar. Podría haber hecho algo para ayudar. Pero al final, no había hecho nada más que huir.

Poniéndose de pie, se arrastró en un intento de encontrar una salida. Tropezó con algo en el suelo y aterrizó de vuelta en la cama, su cara golpeando contra un montón de almohadas. A través de la tela de la capucha pudo oler un aroma profundo y cálido que le provocó un escalofrío inmediato que recorrió su columna vertebral. Procedió a recorrer todo su cuerpo, penetrando cada vez más profundamente en su vientre hasta que golpeó la cuerda vibrante que allí se encontraba y la hizo vibrar con aún mayor energía. Su cabeza daba vueltas. La sensación fue tan inesperada que le hizo gritar.

Volvió a inhalar una bocanada de ese olor embriagador. ¿Qué era eso? ¿Por qué olía tan increíblemente bien?

La vibración dentro de él creció y creció, enviando ondas de calor desde un punto profundo en su interior. Su piel hormigueaba y se volvía sensible. Sintió un impulso profundo y primario de excavar, de hacer una madriguera donde pudiera ser montado y llenado para que este maldito dolor creciente pudiera ser satisfecho.

Respiró profundamente para intentar calmarse y ralentizar el inicio de su ciclo, pero el calor estaba bien encaminado a convertirse en una llama.

El cerrojo hizo clic y Lars se quedó inmóvil, alerta. La puerta se abrió y unos pasos pesados entraron en la habitación. No solo un par. Dos pares de pasos. La puerta se cerró. Se preparó para atacar; patearía y mordería si fuera necesario. Pero entonces los olió. Reconoció el aroma de Griffin, excepto que ahora se sentía diferente. No le estaba provocando miedo, sino algo más. Y el otro aroma... Era el mismo que impregnaba las almohadas. El hombre al que pertenecía dormía aquí.

Ambos se entremezclaron y pusieron sus sentidos en estado de máxima alerta.

¡No!

Tenía que centrarse. Tenía que recordar las lecciones y aplicar lo que sabía para sofocar los impulsos, de lo contrario...

La capucha se liberó de su cabeza, cegándolo momentáneamente por la luz. Mientras su visión se ajustaba lentamente, un búnker de una habitación entró en foco, uno que había sido

construido apresuradamente con paredes de tierra expuesta sostenidas por vigas de madera y metal entrecruzadas. Por temporal que fuera la construcción, estaba equipada con una cama enorme, una estantería metálica repleta de libros y archivos, y un gran escritorio de madera con un mapa desplegado en su superficie.

La atención de Lars se desplazó rápidamente hacia los dos hombres que estaban frente a él. Su captor, el Coronel Griffin Greers, estaba parado atrás, con los brazos cruzados sobre el pecho. De uno de sus puños colgaba el colgante real que le había robado, lo que provocó una oleada de ira en el cuerpo de Lars. El otro hombre se había inclinado para quitarle la capucha a Lars. También vestido con el uniforme militar xyletiano, el cuello de este hombre mostraba el rango de comandante. Era el hermano del coronel, entonces. Lars podía ver el parecido. El mismo cabello oscuro, los mismos ojos viciosos. Eran diferentes a cualquier ojo que Lars hubiera visto antes. Ojos de monstruo.

Griffin le entregó el colgante a su hermano, y el hombre se agachó frente a Lars. Acunó el collar en su palma, examinándolo pensativamente. Luego levantó la mirada, y el corazón de Lars dio un salto cuando sus ojos se encontraron. Se retorció hacia atrás mientras Phoenix se acercaba a él.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Phoenix. Su voz era aguda y precisa, menos áspera que la de su hermano. Sostuvo la cadena y dejó que el colgante colgara frente al rostro de Lars.

Lars lo miró con furia y no dijo nada.

—Está bien. Podemos llamarte Omega. Entonces, Omega, dime qué creías que podías lograr al cruzar la frontera. ¿De verdad pensabas que estarías a salvo? ¿Es eso lo que te dijeron tus consejeros? Tendrías que haber huido más lejos que Atlas si querías eso.

—Eso no es lo que estaba haciendo —espetó Lars—. Huir.

Phoenix miró por encima del hombro a su hermano, quien no hizo nada excepto inclinar ligeramente la cabeza.

—¿Ah, no? —preguntó Phoenix, sonando divertido. Eso solo enfureció más a Lars—. Entonces dime, Omega. ¿Qué estabas haciendo?

Esta vez Lars mantuvo la boca cerrada. Luchó por mantener el control sobre sus sentidos mientras eran asaltados por la abrumadora presencia de los dos Alfas. Podía oler el aroma de

Phoenix, aún más embriagador que el que lo había tentado en las sábanas. Se sentía mareado, como si cada bocanada que respiraba fuera un trago de dulce licor que lentamente alteraba su mente, volviéndola blanda y moldeable a cualquier sugerencia. Era como si una parte de él se estuviera desvaneciendo y siendo reemplazada por alguien más. Alguien que no quería huir, alguien a quien no le importaba que estos dos hombres fueran oficiales del ejército xyletiano, alguien a quien no le importaba en absoluto lo que planeaban hacer con él.

Los sanadores y consejeros nunca le habían advertido que sería así.

Phoenix se puso de pie, alzándose sobre él. —Bien. Permíteme aventurar una suposición. Te dijeron que el gobierno de Atlas te proporcionaría un refugio seguro en la capital, que si podías cruzar la frontera te reunirías a salvo con miembros de tu casa real, miembros que te guiarían en la restauración de tu país. ¿Estoy en lo cierto?

Lars sabía que su conmoción se mostraba claramente en su rostro, pero ¿cómo podía ocultarla?

Phoenix sonrió y se dirigió al escritorio. Se sentó en la silla giratoria de madera y colocó el colgante dentro de un cajón cerrado con llave. —¿Por qué no se lo dices tú, hermano? Informa a nuestro invitado.

Griffin parecía una estatua, con los brazos aún cruzados sobre su ancho pecho. —Los Clanes de Atlas siempre han estado al servicio de Xyletia. El primer ministro fue elegido por el Emperador hace años y él personalmente ayudó a abrir rutas para nuestras tropas en tu país. En resumen, los hombres que buscas hace tiempo que están encerrados o han sido borrados de la existencia.

—Es... imposible —dijo Lars.

—Tengo que reconocerle el mérito a Ekdol, sin embargo —dijo Phoenix—. El hecho de que pudieran ocultar tu existencia es notable. Un príncipe Omega, desconocido para el resto del mundo. Sabíamos que *alguien* importante cruzaría la frontera esta noche, pero ¿un príncipe? —Se rió—. Tuviste suerte de que fuéramos nosotros quienes te interceptáramos.

—¿Por qué? De todos modos van a matarme, ¿no es así?

—No, pequeño Omega. No vamos a matarte —Una sonrisa se dibujó en sus labios que Lars no pudo interpretar. Todo lo que sintió fue un escalofrío que recorrió todo su cuerpo, tan fuerte

que hizo temblar sus hombros. Pero no era algo provocado por el miedo.

Concéntrate, pensó. *Por favor, concéntrate. Tienes que concentrarte.*

—Entonces... si ustedes no lo hacen, su emperador lo hará. Tal como lo hizo con mi familia.

—El Emperador no necesita saber quién eres. Podemos mantener tu identidad en secreto.

—¿Por qué harían eso? —preguntó Lars.

—Porque te queremos —Los ojos de Phoenix brillaron—. Serás nuestro. Nuestro compañero.

—¿Qué? —balbuceó Lars—. No... ¡No! ¡Me niego!

Griffin se acercó y Lars se echó hacia atrás bruscamente, tratando de alejarse más en la cama. Se estiró contra sus ataduras, y estas le cortaron dolorosamente las muñecas. Su corazón latía con fuerza y su cabeza daba vueltas por la oleada de sentimientos contradictorios que lo inundaban. No podía creer cómo estaba reaccionando a esto. Podía sentir el hormigueo cálido de la excitación acumulándose dentro de él, trayendo calor y humedad a su entrada. Sentía que todos los lazos de control se rompían, sin importar cuánto luchara por aferrarse a ellos.

—Pronto entrarás en celo —dijo Griffin—. No puedes esconderte. No aquí. Cada Alfa en este complejo lo sabrá, y cada uno de ellos querrá follarte. Nadie podrá protegerte. Serás llenado tantas veces que será imposible saber qué polla fue la responsable de poner un bebé dentro de ti.

Lars cerró los ojos con fuerza. Esto no debía suceder. *Concéntrate. Por favor, solo concéntrate.*

—Te haremos nuestro compañero —dijo Phoenix, y Lars sintió que su aroma se acercaba. Jadeó y abrió los ojos. El hombre estaba arrodillado frente a él de nuevo, su rostro a solo centímetros. Debería haberse sentido repelido, pero era todo lo contrario. Se sentía atraído. Phoenix sonrió, sus labios se separaron lo suficiente para revelar sus caninos, que lentamente se convirtieron en sus mortales colmillos de lobo. Su cuerpo respondió inmediatamente al verlos expuestos, enviando una carga de excitación a su miembro. Apretó los muslos en un intento inútil de evitar excitarse.

—Nadie se atreverá a tocarte si eres nuestro —murmuró Phoenix. Su voz reverberaba dentro de la cabeza de Lars, y hacía que su cuerpo se sintiera débil y suelto. Estaba cayendo tan rápido

ahora. Se precipitaba hacia un profundo pozo de pecado y depravación que nunca supo que podría ser posible. Ninguna cantidad de entrenamiento, mimo o protección podría haberlo preparado para esto. Este sentimiento siempre había estado dentro de él, una pequeña llama que ahora se convertía en una hoguera. Estos dos hermanos Alfa eran como gasolina.

Sus párpados revolotearon soñadoramente mientras las palabras de Phoenix continuaban haciendo eco dentro de su mente.

Si eres nuestro...

Sintió la mano del Alfa presionar contra su mejilla, tomando su rostro en su palma. Reaccionó con un gemido. No pudo evitar que se le escapara. La piel se le erizó. La sonrisa de Phoenix se ensanchó, y arrastró su pulgar por los labios de Lars. Podría haberle mordido al Alfa. Sacar sus colmillos y arrancarle el maldito pulgar de la mano. Pero en su lugar...

En su lugar lo besó. Saboreó la piel de Phoenix, permitiéndole empujar su pulgar dentro de su boca. Pasó su lengua por él, lo chupó, hizo cosas que jamás se había imaginado haciendo...

La mano de Phoenix agarró la cabeza de Lars, acercándolo más. El zumbido vibrante en lo profundo de su vientre ahora cantaba, enviando ondas de energía por cada parte de su cuerpo, preparándolo para lo que vendría. Su miembro palpitaba dolorosamente, deseando liberarse de las restricciones de su ropa interior. Su entrada estaba húmeda y caliente como un horno, anhelando un nudo. Su piel hormigueaba con hipersensibilidad, de modo que el más leve toque de un Alfa podía enviarle a paroxismos de placer.

—Podemos oler tu celo, Omega —gruñó Phoenix.

—No me llames así —respondió Lars. Estaba sudando, su respiración superficial—. Mi... Mi nombre es Lars... Príncipe Lars Lyandri de Ek-

—Te llamaremos como deseemos —dijo Griffin, interrumpiéndolo. Se sentó junto a Lars y su cuerpo masivo hizo que el colchón se hundiera. Sus manos exploraron el muslo de Lars. Estaba indefenso para resistirse. Las ataduras se clavaban más profundamente en su carne mientras se retorcía, su mente deslizándose cada vez más hacia las profundidades, sucumbiendo ante los dos Alfas.

Los labios de Phoenix se presionaron contra los suyos. Respondió besándolo de vuelta con todo lo que tenía. El deseo de ser tomado era simplemente demasiado fuerte. Los necesitaba, tan desesperadamente como un hombre ahogándose necesita aire. Las manos de Griffin se movieron más arriba, alcanzando la cintura de los pantalones de Lars. Enganchó sus dedos por debajo y tiró, rasgando la costura. Lars gritó tanto de sorpresa como de excitación.

Phoenix metió su mano dentro de la ropa interior de Lars y tomó su miembro en su puño. Los ojos de Lars se pusieron en blanco cuando un temblor de placer recorrió su cuerpo. Movió sus caderas, queriendo más. Se lo dieron. Griffin le arrancó la ropa interior, luego tomó un cuchillo de su cinturón y con un rápido movimiento cortó las ataduras de las muñecas de Lars.

Ahora sin restricciones, Lars no intentó alejar a los dos Alfas. Protestar no estaba en sus planes. La voz de la razón que había estado gritando para mantenerse en control estaba confinada en un rincón de su mente. Sus gritos estaban ahogados por todo lo demás.

Griffin se arrancó lo que quedaba de su camisa, arrojando los harapos hechos jirones y ensangrentados al suelo. Lars estaba desnudo ahora, sentado de rodillas entre los dos hermanos. Phoenix puso una mano contra su cuello, empujando a Lars contra el pecho de Griffin. Hundió su rostro en el cuello de Lars, saboreándolo.

La sensación de los colmillos caninos del Alfa rozando su piel lo volvía loco. Sus instintos primarios estaban superando cada parte de su mente, llevándolo a una intensidad febril.

—Por favor —suplicó—. Necesito...

—¿Qué? —Phoenix tomó su pequeña barbilla en su mano, inclinando la cabeza de Lars hacia arriba para mirarlo mientras se ponía de pie. Luego comenzó a quitarse el uniforme, revelando su músculo cicatrizado debajo—. Expresa tu necesidad, Omega.

—Haz que esto pare.

Los ojos de Lars cayeron sobre el bulto en los pantalones de Phoenix. Quería lo que había allí, lo quería dentro de él. *Necesitaba* la liberación. Sentir el miembro de un Alfa llenándolo, derramando su semilla profundamente en él. Extendió la mano aturdido, buscándolo a tientas. Falló y agarró un puñado de tela mientras caía hacia adelante contra las piernas de Phoenix. Estaba ebrio por la intensidad de la oleada de químicos que inundaban su cerebro, estimulados por las feromonas de los dos Alfas viriles. Cuando respiraba, sus pulmones se llenaban con el aroma de Phoenix, increíblemente potente por la proximidad a su miembro.

Lars se puso a cuatro patas y esta vez tuvo éxito en su intento de quitarle los pantalones al Alfa. Cayeron hasta sus tobillos, exponiendo todo. Lars miró hacia arriba con ojos abiertos y pupilas dilatadas, sintiendo la energía corriendo a través de él mientras contemplaba la vista del enorme miembro erecto sobre su rostro. Su glande estaba brillante e hinchado, listo para tomarlo. El olor era suficiente para hacer que Lars gimiera hambriento; era el aroma potente de un macho Alfa lobo en celo.

Griffin también se quitó la ropa, quedándose solo con su collar dorado. Su bíceps izquierdo estaba tatuado con un símbolo que Lars reconoció incluso en su estado de celo profundo, la luna creciente sobre dos montañas superpuestas que era la marca de la nación de Maitran, un pequeño reino al oeste que se había convertido en colonia de Xyletia treinta años atrás. Su atención al tatuaje fue fugaz, reemplazada rápidamente por una aguda punzada de placer cuando Griffin deslizó su lengua por el agujero rezumante de Lars.

Inhaló profundamente el aroma del Omega, deleitándose con el olor de su fertilidad. Lars estaba resbaladizo por la excitación, su ano lubricándose de la manera en que solo el de un Omega podía hacerlo. Griffin observó cómo Lars arañaba las piernas de su hermano, lamiendo su carne, adorando su miembro pero aparentemente asustado de tomarlo en su boca. Era obviamente inexperto, operando por instinto.

Griffin estaba en posición para tomar al Omega por detrás, mientras que Phoenix lo penetraría por delante. Griffin tenía menor rango, pero fuera del ejército las cosas eran diferentes. Ambos habían acordado desde la infancia que lo que hicieran, lo harían el uno por el otro. Lucharían codo con codo. Matarían el uno por el otro. Compartirían una pareja. Tenían que hacerlo. Siempre habían entendido que sería la única manera de ascender, de lograr su propósito final.

Lars movía las caderas al ritmo de la lengua de Griffin. Observaba cómo temblaba el cuerpo del príncipe mientras lo lamía, saboreando sus deliciosos fluidos. Casi era la hora. El momento cumbre estaba cerca, cuando el Omega estaría en el nivel más profundo de su ciclo de celo.

Phoenix tomó su miembro con la mano y lo inclinó hacia abajo, ladeando la cabeza de Lars al agarrarle el pelo.

—Chupa —ordenó, y empujó su miembro hacia adelante para que la punta presionara contra los labios del Omega, untándolos con su espeso líquido preseminal. Observó cómo el Omega lo aceptaba voluntariamente, abriendo la boca y tomando el enorme órgano en su interior. Phoenix

gimió cuando el calor lo envolvió. Sintió la pequeña lengua de Lars moviéndose alrededor de la punta de su miembro, saboreándolo. Se adentró más hasta que se formaron lágrimas en sus ojos.

—Más adentro —gruñó Phoenix.

Lars no creía poder tomarlo más profundo, pero lo intentó de todos modos. Sentía un profundo impulso de complacer al hombre, a este extraño que acababa de conocer hacía apenas unos minutos. Quería hacer felices a los Alfas.

El zumbido dentro de él ahora pulsaba como un motor a toda potencia. Engulló el gigantesco miembro de Phoenix, sin siquiera pensar en lo que estaba haciendo. Estaba impulsado por su necesidad de ser tomado, su instinto de ser apareado.

Fue entonces cuando sintió los gruesos dedos de Griffin deslizarse por su entrada, empujando hacia adentro, estirándolo. Gritó pidiendo más, gimiendo sobre el miembro de Phoenix, con la saliva goteando de su boca llena. Sentía que iba a morir si no era penetrado en ese instante, como si cada segundo que un miembro no llenara su interior fuera un momento de tortura insoportable.

Entonces finalmente llegó lo real. El miembro del Alfa presionó contra él, y Lars movió las caderas hacia atrás en un intento de aceptarlo en su interior. Pero era enorme y Lars era pequeño y nunca había sido penetrado antes por nada excepto sus propios dedos. Se abrió lo más posible, sus gemidos ahogados mientras Phoenix agarraba su cabeza y embestía profundamente en su garganta. Se atragantó y se ahogó, y lo disfrutó. Él, el príncipe heredero de Ekdol, estaba disfrutando de esta desgracia. Pero en ese momento, era lo único que parecía existir en todo el universo. Estaba consumido.

El tamaño era casi demasiado para soportar. Lars lloró y gimió mientras lo llenaba hasta que finalmente llegó hasta la empuñadura. El dolor persistió solo por unos segundos hasta que su cuerpo lo convirtió en placer y satisfacción. Griffin movió las caderas, iniciando el empuje como de pistón que enviaba oleadas dichosas de placer pulsando a través del cuerpo de Lars.

Tenerlos a ambos dentro de él lo estaba llevando a otro plano de éxtasis. Su miembro palpitaba y dolía mientras las embestidas de Griffin golpeaban su punto sensible. Se empujaba contra el Alfa, igualando sus embestidas, intentando aceptarlo más y más profundo en su vientre Omega.

Todo se estaba desvaneciendo. La guerra, su título, su país... Nada de eso importaba. Ese Lars había desaparecido. Ahora, todo lo que quedaba era una versión primaria de sí mismo que

solo se preocupaba por una cosa, y era ser preñado con la semilla Alfa más fuerte posible.

Llevó su mano hacia abajo y se dio placer vigorosamente, la punta de su miembro cubierta con la humedad que había fluido desde su entrada. Phoenix lo miraba desde arriba, sus ojos llenos de fuego y deleite, su boca entreabierta en una mueca de éxtasis. La mano de Griffin agarraba su cintura, gruñendo mientras se enterraba en él. El zumbido dentro del cuerpo de Lars alcanzó otro pico mientras una oleada de felicidad básica lo recorría.

Les estaba complaciendo, y eso era todo lo que quería hacer.

Ese fue el pensamiento que llevó a Lars al límite. Sintió el clímax; estalló desde la vibración zumbante que cantaba dentro de él. Lo arrastró como una ola, ondulando en cada parte de su cuerpo y haciéndolo apretarse alrededor del miembro de Griffin. Su propio miembro derramó un chorro de semen caliente sobre las sábanas mientras su cuerpo continuaba temblando con el orgasmo. Pero los dos Alfas no habían terminado con él. Continuaron follándolo hasta que sus rodillas temblaban como gelatina, apenas capaces de sostenerlo.

Griffin lo sostuvo firmemente por la cintura, agarrándolo con ambas manos para mantenerlo erguido.

—Voy a hacer que te corras de nuevo —murmuró entre dientes, golpeando su miembro dentro de él, retirando sus caderas para permitir que toda su longitud se clavara cada vez.

El hechizo sobre Lars aún no se había roto; su cuerpo todavía esperaba el nudo de un Alfa. No pasó mucho tiempo antes de que su miembro estuviera listo y preparado de nuevo, y estaba gimiendo a todo pulmón, sonidos primarios que provenían de la sensación cruda de ser ordeñado más allá del primer orgasmo. Su cuerpo perdió todo control y se desplomó sobre la cama, su pecho deslizándose sobre el charco de fluidos que había creado en las sábanas. A través de todo esto, logró continuar chupando el miembro de Phoenix, sin vacilar nunca en su atención hacia él.

No pasó mucho más tiempo para que Griffin se corriera. Sus embestidas explotaron con más fuerza, sintiendo como si fueran a destrozar el cuerpo mucho más pequeño de Lars, apretando sus caderas tan fuertemente que los moretones comenzaron a formarse de inmediato. Sus gruñidos se convirtieron en rugidos primarios y embistió una última vez, introduciéndose lo más profundo posible. Lars sintió que la niebla se disipaba de su mente cuando el nudo de Griffin se expandió dentro, asegurando su miembro en su lugar, y su boca se abrió en un grito silencioso. Entonces sintió el fuerte chorro de semen dentro de él, llenándolo con cada pulsación del miembro del Alfa.

Phoenix retrocedió, apartando su miembro del agarre de Lars. Este se encontró estirando la mano, tratando de recuperarlo, furioso porque algo tan preciado le había sido arrebatado. No podía moverse, anclado en su sitio tanto por las poderosas manos de Griffin como por el nudo asegurador de su pene. Lars permaneció así durante un rato, mientras el orgasmo de Griffin disminuía lentamente, aún pulsando dentro de él. Phoenix se mantuvo a un lado, acariciándose, pareciendo un depredador esperando su turno para atacar a la presa.

Cuando el nudo finalmente se liberó y Griffin se retiró, su cálida semilla se derramó y goteó por los testículos de Lars hasta las sábanas. Phoenix se acercó. Sujetando la base de su erección, agarró la cintura de Lars y tiró del Omega hacia él. Lars gritó, echando la cabeza hacia atrás. Le invadió una sensación intensa y feroz, la satisfacción de ser montado dos veces. Su cuerpo adoraba ser compartido por dos Alfas, que ambos hombres hubieran dejado su marca en él, invisible a la vista pero detectable para cualquier Alfa que se acercara lo suficiente para olerlo.

Griffin había sido gentil en comparación con la forma en que Phoenix lo follaba. El comandante era todo fuego y furia, gruñendo y bramando como un animal salvaje mientras sus embestidas producían sonoros golpes de carne por toda la habitación. Lars se aferraba a las sábanas con fuerza menguante. Podía sentir la increíble sensación del miembro de Phoenix bombeando la semilla de Griffin más profundamente en su interior. Estaba llegando al límite, al punto en que ya no podría aguantar más. Su mundo se estrechaba a su alrededor mientras sus ojos se ponían en blanco, los pulsos de placer le arrebataban toda capacidad de pensar o incluso de sentir algo que no fuera el tortuoso deseo de seguir siendo follado. Pero entonces todo eso se desvaneció, y pronto estaba llegando al clímax de nuevo, gritando contra las sábanas mientras cada músculo de su parte inferior se flexionaba y contraía por el orgasmo.

Esto fue suficiente para desencadenar a Phoenix. Presionó su mano contra la nuca de Lars mientras su pene se anudaba en su interior. Sus músculos se tensaron, hinchándose furiosamente. Su rugido fue ensordecedor, y Lars sintió el cálido chorro de su semen en lo profundo, mezclándose con el de su hermano. Se quedó allí, su miembro anudado manteniendo el potente semen en su lugar mientras jadeaba y gruñía. Cuando hubo depositado todo, arrancó su pene bruscamente. Lars gimió al sentir el flujo del final cascading fuera de él. Había tanto, y el impulso primario que sentía era no desperdiciar ni una sola gota. Se encontró dándose la vuelta, arañando las piernas de Phoenix como un mendigo a los pies de un rey. Usó su lengua para limpiar los últimos rastros de fluido nacarado de su palpitante miembro antes de finalmente desplomarse de lado sobre la cama, con la mirada vidriosa.

Desnudo, Griffin se sentó en la silla frente a la cama y observó con una expresión oscura y

seria.

El Omega les pertenecía ahora.

Tres

Cuando Lars despertó no tenía idea de dónde estaba, pero el estado de su cuerpo le dio el primer recordatorio. Seguía desnudo y todo le dolía. Podía sentir la fría y pegajosa presencia del semen de los hermanos aún en sus piernas, empapando las sábanas de la cama. Era un desastre. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente?

Miró a su alrededor. Al estar bajo tierra, no había indicación de cuánto tiempo había pasado. Había un reloj en la pared, pero no había notado la hora antes de que todo sucediera.

Todo...

Una extraña sensación lo invadió: asco e ira que rápidamente fueron reemplazados por *necesidad*. Los odiaba, pero los deseaba tanto. ¿Dónde estaban? Se sentía vacío sin su presencia. ¿Cómo podía sentir tal anhelo por dos hombres que ni siquiera conocía? Por dos enemigos. Dos monstruos.

Porque ahora era su pareja.

Les pertenecía.

El aroma que flotaba en el aire era denso y potente, y solo intensificaba el deseo. Pensó que el apareamiento habría eliminado los intensos antojos que lo habían golpeado en su presencia, pero se había equivocado. Persistía, junto con una vibración zumbante en lo profundo de su ser. Tocó su vientre, preguntándose si esa extraña sensación alguna vez disminuiría.

Lars siempre había sido una persona meticulosa. En su protegida residencia en los terrenos reales, tenía un pequeño equipo de personas para cuidarlo y proporcionarle baños y tratamientos de spa cada vez que se le antojaba, miembros de confianza de la corte que, por supuesto, habían estado con él desde su nacimiento. Se enfocaba en su apariencia, se mantenía limpio y pasaba

mucho tiempo decorando espacios alrededor de la residencia, porque como Omega realmente no se le exigía mucho más.

Pero en este momento, a Lars no le preocupaba el estado de su cuerpo. No tenía deseo de lavar el aroma a sexo que se aferraba a su piel. Sentía que quería mantenerlo en sí mismo tanto tiempo como fuera posible, quería acurrucarse en la cama donde era más potente.

Se alejó de las sábanas sucias, haciendo una mueca por el dolor que palpitaba allí abajo. Sus piernas no podían sostener su peso y se desplomó sobre el frío suelo de concreto. Se sentía como si lo estuvieran jalando en dos direcciones mientras la pequeña voz que había estado enjaulada en el fondo de su mente lograba momentáneamente dominar la niebla embriagadora y omnipresente que ahora lo aferraba, desencadenando sus deseos básicos e incapacitando todo lo demás. Y ese pequeño momento fue suficiente para enviarlo a un shock tembloroso. Se hizo un ovillo, envolviendo sus brazos alrededor de sus piernas mientras todo su cuerpo temblaba por los sollozos.

—Soy el Príncipe Lars Lyandri de Ekdol —susurró para sí mismo—. Príncipe Lars Lyandri de Ekdol...

Lo repitió una y otra vez hasta que las lágrimas se detuvieron. Se sintió un poco más fuerte entonces y se puso de pie. Estaba vivo. Eso era lo más importante. Estaba vivo y emparejado con dos poderosos oficiales del ejército xyletiano, hombres que no parecían tener intención de entregarlo al Emperador o de acabar con su vida.

¿Por qué lo estaban protegiendo? ¿Qué ganaban manteniendo su existencia en secreto del líder del Imperio? Sus muertes serían casi seguras si la verdad saliera a la luz. Hombres como ellos podían elegir a cualquier Omega, así que si el apareamiento era el único objetivo... ¿Por qué tomarían un premio tan peligroso?

Lars se acercó al escritorio e intentó abrir el cajón donde había sido guardado su colgante. Estaba cerrado con llave. Tiró con más fuerza, repentinamente impulsado por una necesidad loca de recuperarlo. Esa era su última conexión con su familia, su nación, su vida, aparte de lo que guardaba en sus recuerdos, y estos parecían estar escapándosele. Las lecciones sobre lo que podía esperar como Omega no habían logrado transmitir adecuadamente cuán increíblemente poderosa sería la experiencia del apareamiento.

Buscó en la superficie del escritorio algo que pudiera abrir el cajón, hurgando entre las capas de mapas y papeles militares, cuando sus dedos tocaron el frío beso del acero pulido. Era un

abrecartas, su mango envuelto en cuero rojo, la hoja estampada con el emblema del cráneo de los Colmillos Feroces. Lo sostuvo en la palma de su mano, sus ojos recorriendo el brillo de la hoja hasta su punta. Se olvidó del colgante. Dejó de pensar en todo excepto en lo que podría hacer con la herramienta que tenía en su mano...

La puerta se abrió y Lars se dio la vuelta, ocultando el abrecartas detrás de su espalda. Phoenix y Griffin entraron, una vez más vestidos con sus uniformes xyletianos. Griffin llevaba una bandeja con raciones cocinadas, y Phoenix traía consigo una bolsa de lona abultada que arrojó junto a la cama.

—Bien —dijo Phoenix—. Estás despierto.

Griffin se acercó al escritorio y colocó la bandeja de comida encima. Lars apretó el abrecartas con más fuerza contra su espalda baja, esperando que no lo vieran.

Como si simplemente se estuviera quitando una chaqueta, Phoenix se despojó de la parte superior de su uniforme hasta quedar con el torso desnudo. Inmediatamente el hambre volvió a golpear a Lars, y su agarre se aflojó en el abrecartas. Sus pupilas se dilataron y el sudor le brotó en el cuerpo mientras una oleada de calor le recorría. No había urgencia ni compulsión por ocultar su propia desnudez de los dos; el pensamiento ni siquiera se le pasó por la mente. Ya se sentía normal mostrarse ante ellos.

—Primero te bañarás —dijo Griffin—. Luego comerás.

—No quiero —dijo Lars, moviendo sus ojos de Griffin a Phoenix, sin entender por qué el Alfa se estaba quitando la ropa.

Griffin lo fulminó con la mirada. —No te estaba preguntando si querías. Te lo estaba ordenando.

—No soy uno de sus soldados para que me dé órdenes —su voz era débil, pero ganó algo de fuerza mientras continuaba—. Soy el Príncipe Lars Lyandri de...

La palma del Alfa se cerró sobre su boca, ahogando las palabras. Lars aferró la herramienta detrás de su espalda. Desde esta distancia podría clavársela en el brazo, o en el pecho, o tal vez incluso en el cuello.

—Cállate —gruñó Griffin—. Eres nuestro Omega, y harás lo que se te diga —acercó su

rostro hasta que sus frentes se tocaron. Lars se encogió. Al principio se sintió abrumado por el miedo, y luego por la excitación, esa sensación que nublaba la mente de querer *desesperadamente* complacer a su Alfa.

Entonces Griffin lo besó, su lengua caliente jugueteando con sus labios. Su mano se deslizó por el pecho de Lars, pasando por sus pezones hasta su abdomen, luego hacia sus muslos donde el espeso semen aún se adhería a su piel. Pasó dos dedos por encima, recogiéndolo, y luego los llevó de vuelta a la boca de Lars. Él no objetó, no lo negó. Separó los labios y aceptó los dedos del Alfa, lamiéndolos hasta dejarlos limpios.

Phoenix abrió una puerta en el extremo opuesto de la habitación, revelando un baño privado con una ducha. —Ven aquí, Omega —dijo.

Griffin bajó la mano de la boca de Lars y la deslizó alrededor de su espalda hasta donde estaba escondido el abrecartas y tomó la hoja en su mano. Lars, con la respiración pesada y su miembro endureciéndose, lo soltó y se lo entregó. Griffin no dijo nada y lo colocó de vuelta en el escritorio. Luego pasó su brazo alrededor de los hombros de Lars y lo guio hacia el baño.

Lars avanzó. Su cuerpo no haría nada más. Tenía que obedecer. Las lágrimas llenaron sus ojos. Su destino estaba sellado y no había nada que pudiera hacer. Era tan débil, tan impotente.

La ducha era un área abierta sin lujos en la esquina del baño, con una boquilla de acero en una manguera conectada a una tubería de cobre que sobresalía de la pared de concreto. En el centro del suelo había un pequeño taburete de madera. Era un lugar de aspecto sombrío, iluminado por una sola bombilla. Parecía una cámara de tortura, y Phoenix estaba dentro, completamente desnudo. El hombre llevaba su desnudez tan cómoda y confiadamente como su uniforme.

Phoenix señaló el taburete. —Siéntate.

Griffin estaba detrás de él, bloqueando su salida. Comenzó a quitarse su propio uniforme.

—¿Qué van a hacerme? —preguntó Lars, aunque estaba seguro de que ya lo sabía. Sintió esa sensación retorcida y opresiva mientras su mente quería una cosa pero su cuerpo, otra. Sus ojos fueron atraídos por la carne desnuda de Phoenix, devorándola una vez más. Se sobresaltó sorprendido cuando la mano de Griffin empujó contra su espalda baja en un toque sorprendentemente gentil para instarlo a avanzar.

—*Siéntate*, Omega —dijo Phoenix, su tono rozando el límite de perder la paciencia.

Lars se sentó. Griffin estaba desnudo ahora, y los dos hermanos se pararon a cada lado de él. Los miró hacia arriba, esperando que usaran su boca para el placer, pero ambos estaban sin excitación. Phoenix abrió el agua y la habitación inmediatamente se llenó de vapor caliente. Lars jadeó cuando fue empapado por la cascada de agua hirviendo. No era doloroso, sin embargo. Siempre había disfrutado de los baños calientes; la residencia real tenía un extenso complejo de piscinas geotermales que eran para su uso exclusivo. Su cuerpo se ajustó a la temperatura, y abrazó esa sensación purificadora mientras eliminaba los restos de los pecados de la noche.

Griffin se arrodilló en el concreto desnudo frente a él, con el agua cayendo sobre su espalda y hombros. Tomó el brazo de Lars con una mano y, para sorpresa del Omega, comenzó a frotar suavemente su piel con la otra mano, lavándolo. Phoenix estaba ahora detrás de él, y enjabonó el cabello de Lars con un jabón de aroma floral.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Lars, atónito por lo que estaba sucediendo. Este era el tipo de trato al que estaba acostumbrado toda su vida, pero ahora se sentía mal. Después de lo que habían hecho, ¿realmente lo estaban *atendiendo*?

—Te estamos bañando —dijo Phoenix mientras vertía un cubo de agua sobre la cabeza de Lars para enjuagar el jabón de su cabello—. ¿No es obvio? —Extendió más jabón por los hombros de Lars, pasando la botella a Griffin, quien hizo lo mismo en su pecho y piernas. La noche anterior, su toque había sido brutal y dominante. Ahora, parecía casi tierno. Casi cariñoso.

—Créanlo o no, soy capaz de bañarme solo —dijo Lars—. No tenía asistentes haciendo *todo* por mí. No todo el tiempo.

Phoenix se rio entre dientes. —¿Es eso lo que piensas que es esto? Omega, no estamos haciendo esto por la bondad de nuestros corazones.

—Por favor. Mi nombre es Lars...

—*Omega* —dijo Phoenix. Su voz retumbó enojada, pero su toque permaneció gentil.

Lars bajó la cabeza. Continuaría esa batalla en otro momento. —¿Entonces por qué están haciendo esto? —preguntó, esperando a medias otra reprimenda.

—¿Hermano? ¿Por qué estamos haciendo esto?

—Las tradiciones deben mantenerse —dijo Griffin—. Sin importar qué.

Phoenix se inclinó, envolviendo su mano jabonosa alrededor del cuello de Lars. Sus dedos casi podían rodearlo por completo. —Ahí lo tienes —dijo al oído de Lars—. ¿Feliz? Ahora cállate y déjanos terminar. Hay una guerra a la que debemos regresar.

La audacia de Lars se mantuvo. —¿Tradiciones? No sabía que Xyletia tuviera tradiciones, aparte del asesinato en masa.

Griffin apretó con fuerza su mano alrededor del muslo de Lars, donde lo había estado enjabonando. Lars se sobresaltó por la repentina presión. Una sombra cruzó el rostro de Griffin. —No. No Xyletia —dijo.

¿No Xyletia? ¿Qué quería decir? La mirada de Lars cayó sobre el tatuaje en el bíceps de Griffin. El agua se deslizaba por su piel y sobre la tinta negra que formaba la luna creciente brillando sobre dos montañas. —Maitran —dijo Lars, casi susurrando.

La presión en su muslo se liberó. Griffin parpadeó, pareciendo sorprendido. Por un momento, el hombre agachado frente a él no parecía el mismo temible comandante Alpha que había ejecutado a uno de sus propios hombres sin pensarlo dos veces. Se veía más suave, de alguna manera. El toque de Phoenix pareció cambiar en ese instante también. Solo un destello. Luego desapareció, dejando a Lars preguntándose si lo había imaginado.

Griffin lo estudió. —No muchos conocen este símbolo —dijo, y continuó lavándolo—. Teníamos una tradición allí. Un Alpha es responsable de bañar a su Omega de esta manera una vez que se ha completado el primer vínculo, usando la esencia de la flor silvestre de la montaña qui. No crecen qui en Ekdol, así que lo sustituimos con otra cosa. Pero es importante que mantengamos esta tradición. —Recogió el cubo de agua y lo volcó sin ceremonias sobre la cabeza de Lars. Cerró el agua—. Levántate.

La temperatura en la habitación bajó rápidamente ahora que la ducha estaba apagada. Aparte de la piel de gallina, los dos Alphas parecían no verse afectados por el frío. Sin ningún reconocimiento hacia él, volvieron a la habitación. Lars los siguió, temblando como un perro mojado. Se secaron y se pusieron sus uniformes mientras él permanecía de pie abrazándose, tratando de mantenerse caliente. Griffin recogió la bolsa del lado de la cama y se la arrojó.

—Vístete. O no. Es tu decisión. Te vas de este lugar.

Dentro de la bolsa había una pequeña toalla y un conjunto de ropa gris sencilla, solo pantalones y una camisa. Parecía un uniforme de prisión.

—¿Irme? ¿Adónde?

—A tus aposentos.

Lars miró alrededor de la habitación a la que de alguna manera se había encariñado, a pesar de haber estado allí por tan poco tiempo. Sus ojos se detuvieron en la cama, donde las sábanas aún estaban revueltas y usadas. Se sentía atraído a ella. Se sentía segura. ¿Era porque era donde había tenido lugar el apareamiento? Fuera lo que fuese, odiaba la idea de separarse de ella. Se sentía tan doloroso como dejar su propio hogar.

Phoenix debió haber visto la expresión en su rostro. Se rió. —Estos son *mis* aposentos, Omega. No soportaría tenerte durmiendo en ellos todas las noches.

—Y yo no soportaría pasar otra noche con ninguno de ustedes —dijo Lars, esperando que su expresión no lo traicionara. Se secó y se puso la lúgubre ropa, que era una talla demasiado grande y colgaba suelta en su cuerpo.

Phoenix abrió la puerta. —Fuera.

—Espera —dijo Lars—. Por favor. Mi colgante. Es lo último que tengo de mi familia, y...

—¡*FUERA!* —rugió Phoenix.

Lars tropezó hacia el pasillo y los dos Alphas lo siguieron, Griffin llevando la bandeja de comida que había dejado en el escritorio. Un soldado que pasaba se puso firme, saludando a los dos hombres antes de continuar.

El pasadizo era un túnel excavado apresuradamente con paredes de roca desnuda. Bombillas colgaban a lo largo del techo conectadas por ondas de cables que se entrecruzaban sobre tubos de ventilación que bombeaban oxígeno al pasaje. Nubes de polvo y trozos de tierra se desprendían del techo, sacudidos por la baja vibración de un vehículo que pasaba en el nivel del suelo.

¿Dónde estaba exactamente este lugar? Era extraño pensar que aún estaba en su propio país natal. El Imperio se había atrincherado profundamente, como una garrapata alimentándose.

¿Cuántas bases ya estaban establecidas en todo el país? ¿Cuál era el estado de la ciudad real ahora?

Griffin puso su mano en el hombro de Lars y lo guió por el pasillo. Pasaron otra puerta con un cartel impreso que decía: *CORONEL GREER*. Otros dos soldados se detuvieron para saludarlos rápidamente, pareciendo absolutamente aterrorizados por su presencia.

Pasaron un número de puertas sin marcar y finalmente se detuvieron frente a una que Griffin abrió, revelando una habitación oscura y sombría iluminada por una sola lámpara. Sin decir otra palabra, Griffin deslizó la bandeja de comida por el suelo y cerró la puerta, dejando a Lars encerrado, completamente solo.

Lars golpeó la puerta hasta que sus manos y brazos quedaron en carne viva y magullados. Nadie respondió. Golpeó su hombro contra ella con una desesperación frenética, hasta que ya no tuvo fuerza para continuar. Se deslizó hasta el suelo y se arrastró hacia el catre de lona en la esquina de la habitación, que era su único mueble. Demasiado adormecido para llorar, Lars se acurrucó en el catre y miró fijamente la pared mientras el zumbido continuaba dentro de él.

¿Por qué estaba sintiendo estas cosas? ¿Por qué los aposentos de Phoenix se sentían tan cómodos? ¿Cómo podía haber echado raíces tan profundas en su corazón? ¿Cómo podía extrañar un lugar así tan profundamente? Si acaso, debería haberlo despreciado. Simplemente no tenía sentido.

Y ellos dos. Su cuerpo anhelaba por ellos. Ansiaba verlos.

Se sentía enfermo.

Pasaron las horas, excepto que esta vez no había sueño para suavizar el tortuoso paso del tiempo. Todo lo que podía hacer era repetir su nombre para sí mismo en un esfuerzo por mantener quién era y no dejar que estos extraños e indeseados anhelos borraran completamente todo.

Él era el Príncipe Lars Lyandri de Ekdol. Los dos Alphas pueden haber dejado su huella en él, cambiándolo para siempre, pero él seguía siendo el Príncipe Lars Lyandri y nunca olvidaría eso ni a su familia.

Lo que más le asustaba y perturbaba era cómo se manifestaban los recuerdos de Griffin y Phoenix en su mente. Pensando en cuando lo tomaron, apenas podía recordar el miedo o el

disgusto, casi como si no hubiera habido ninguno en absoluto. Solo recordaba la increíble sensación de sus cuerpos contra el suyo, su calor, el olor de su carne y su sexo. La forma en que se sentían dentro de él. *Cómo quería más*.

Cualquier disgusto que surgió pareció ser rápidamente contrarrestado por los dulces recuerdos del ritual del baño. No debería haber disfrutado tanto como lo hizo. No debería estar saboreando los recuerdos, repitiéndolos en su mente, reviviendo su suave toque en su cuerpo, el olor del jabón floral que habían usado.

Ahora llegaban las lágrimas, solo unas pocas que trazaban líneas por el costado de su nariz y su mejilla.

Su estómago rugió. Su última comida parecía haber sido hace una eternidad: solo un pequeño paquete de raciones secas que había comido mientras se escondía en la parte trasera del camión.

La bandeja de comida se había enfriado, pero de todos modos se llevó el contenido insípido a la boca, casi atragantándose mientras lo hacía.

¿Por qué lo harían su pareja? Se habían esforzado en realizar ese ritual, y sin embargo lo habían abandonado así. ¿Qué querían de él?

Lars se quedó helado.

¿Podría haber otros? ¿Otros Omegas encarcelados detrás de las otras puertas sin marcar? ¿O era él el primero de muchos?

Recordó lo que Griffin le había dicho. —*Ahora eres un activo del Imperio Xyletiano.*

Se sintió enfermo. *Esta guerra era una lucha por recursos de reproducción*.

La comida volvió a subir y salpicó la bandeja. Gimió y se dio vuelta en el catre, paralizado por una abrumadora sensación de desesperación.

Cuatro

Lars estaba abatido cuando regresaron a recogerlo. Yacía inmóvil en el catre, febril y frío. Phoenix lo miró fijamente. ¿Había un atisbo de verdadera preocupación en su mirada? ¿O solo estaba preocupado por la condición de su propiedad?

—Omega —gruñó—. ¿Qué te pasa?

Se sentó en el borde del catre y rodeó con sus brazos el cuerpo de Lars, levantándolo para que se recostara contra su pecho. Colocó su mano en la frente de Lars, que estaba húmeda al tacto.

El aroma de Phoenix llenó los pulmones de Lars, y algo de luz volvió a sus ojos.

—¿Hermano? —Phoenix miró a Griffin, que estaba de pie en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Es como te lo dije, Phoenix. El vínculo no puede ser descuidado. Nunca prestaste mucha atención durante las lecciones, ¿verdad?

Phoenix resopló.

—Eso fue hace casi dos décadas. ¿Qué debería recordar de las enseñanzas de un viejo sacerdote decrépito? Tú siempre fuiste el académico. —Se volvió hacia Lars, presionando su frente contra la suya y frotando sus sienes con sus enormes pulgares—. Oye. Vuelve con nosotros —retumbó.

Lars gimió y se aferró al abrigo de Phoenix. Sus ojos estaban vidriosos y delirantes. Miró al Alfa, su boca moviéndose como si estuviera tratando de decir algo.

—Se nos enseñó que los Omegas forman un vínculo con el lugar donde fueron apareados —dijo Griffin—. Se convierte en su guarida.

Phoenix gruñó.

—¿Y cuando nuestro puesto cambie? No permaneceremos aquí por mucho más tiempo.

—Deberíamos mantenerlo cerca. En todo momento.

—Eso sería imprudente. —El comandante curtido en batalla apretó los dientes y luego pasó sus dedos por el cabello de Lars, echándolo hacia atrás. Sostuvo la parte posterior de su cabeza, acunándola para poder mirar el pálido rostro del Omega—. Pero si es lo que nuestro Omega requiere, entonces supongo que no tenemos otra opción. Compartiremos cuartel, entonces.

—Sí —dijo Griffin.

Con un suspiro, Phoenix levantó a Lars en sus brazos.

Lo llevó de vuelta a su habitación y lo depositó en la cama. Las sábanas habían sido cambiadas, pero el aroma del apareamiento aún parecía persistir. Esto devolvió más vida al cuerpo y a la mente de Lars. Se hundió en la ropa de cama, rodeándose con ella, murmurando felizmente.

Un soldado llegó para notificar a Phoenix de un asunto urgente que necesitaba ser atendido en la superficie.

—Coronel —le dijo a Griffin—. Encárguese de las cosas aquí. Cuide del prisionero.

—Sí, señor —respondió Griffin con un saludo.

Lars entraba y salía de la consciencia, afectado por la falta de sueño, la falta de comida y, sobre todo, los síntomas de abstinencia que lo habían golpeado después de ser arrancado de la guarida de apareamiento.

—¿Qué me pasa? —susurró, temblando. Se envolvió en las mantas y hundió su rostro en la firme almohada, bebiendo los aromas que se aferraban a ella. Cada vez que cerraba los ojos parecía que pasaban horas. Su mente estaba volviendo lentamente a él. A través de una visión borrosa, la forma de Griffin entró en foco. Estaba sentado en el escritorio, mirando algo en la

palma de su mano. Pareció detectar la mirada de Lars y miró hacia él. Colocó lo que fuera que estaba sosteniendo en el cajón del escritorio y lo cerró rápidamente.

Lars estaba húmedo de sudor, con las sábanas apretadas hasta su barbilla. No quitó los ojos de Griffin mientras este se levantaba de su silla y se acercaba a la cama. Tenía una bandeja de comida en la mano.

—Come —dijo.

—No tengo hambre —dijo Lars con voz delgada y ronca.

—Tonto. Estás muriendo de hambre.

—Hay comida en la cocina —murmuró—. Los cocineros prepararon jarrete de ternera con salsa de trufa...

Griffin lo miró fijamente.

—Ciertamente eres un príncipe —murmuró, recogiendo un trozo del pastel de carne de la bandeja—. Esto es del comedor de oficiales. No lo desperdicies.

El olor de la comida pareció traer a Lars de vuelta a la realidad. Sus ojos se enfocaron y se volvieron hacia el tenedor con carne flotando frente a su cara. Abrió la boca y lo aceptó. Lo devoró rápidamente y extendió la mano para tomar el utensilio de la mano de Griffin, pero este lo apartó.

—Despacio —dijo Griffin—. Si vomitas esto, habrá consecuencias. ¿Estás presente? ¿Puedes pensar con claridad? —Pinchó más del pastel de carne, que era más pastel que carne, y lo sostuvo frente a la boca de Lars como un padre alimentando a un niño.

Lars lo miró con enojo.

—Puedo alimentarme solo.

Griffin resopló, lo que probablemente era lo más cercano a una risa que el hombre podía lograr. Su rostro pétreo parecía incapaz de cualquier cosa que no fuera un ceño fruncido.

—Bien. Entonces has vuelto. —Le entregó el tenedor y la bandeja a Lars, quien retrocedió a

la esquina opuesta de la cama, protegiendo su comida como un animal callejero. No quitó los ojos de Griffin mientras comía.

—Lars Lyandri —dijo Griffin.

Lars casi escupió toda la comida que tenía en la boca por la cama, sorprendido al escucharlo decir su nombre.

—¿Por qué estás diciendo mi nombre?

—¿No querías que te llamara por tu nombre?

—Antes te negaste a hacerlo.

Griffin volvió al escritorio, la silla de madera crujiendo bajo su peso. —Entonces te llamaré Omega.

—¡No! —exclamó Lars—. No. Mi nombre es Príncipe Lars Lyandri.

—*Eras* un príncipe. Aquí no lo eres.

—*Soy* un príncipe —dijo Lars.

Griffin agarró un montón de papeles del escritorio y los arrojó sobre la cama frente a Lars. Era un mapa del continente, con Ekdol y gran parte de las naciones circundantes sombreadas en azul, el color del Imperio. El símbolo del Imperio Xyletiano, un lobo bípedo flanqueado por un colmillo, una espada y un sol, estaba estampado sobre cada región. —Tu familia está muerta —dijo, con voz baja—. Tu casa, derrumbada. Tu nación, conquistada. No eres príncipe de nada. —Su forma de hablar era calmada y monótona. No había animosidad, solo la declaración de hechos —. Agradece. Sigues vivo para ver el mañana.

—Mi gente —dijo Lars—. Cuentan conmigo para liderarlos.

—Tu gente ni siquiera conoce tu existencia. Ahora están en manos de Xyletia. Mientras obedezcan, ellos también vivirán para ver el mañana. Se les cuidará. Y tal vez algún día, un joven Alfa de Ekdol se convierta en oficial del ejército xyletiano.

Lars lo miró, terminando el resto de la comida. —Como... usted. Usted y su hermano son de

Maitran.

—Somos tus Alfas. Te referirás a él por su nombre. Phoenix.

—...Phoenix —repitió Lars, en voz baja.

Griffin resopló. —Maitran solía llamarse Adosh, en la época de nuestro padre y antes.

—Lo sé. Antes de que Xyletia lo conquistara —dijo Lars.

—Entonces conoces tu historia.

—Soy un príncipe. Se esperaba que supiera estas cosas, aunque sea un Omega.

Griffin no lo corrigió ni lo desafió esta vez. —Bueno —dijo, con voz grave—. He pasado gran parte de mi vida adulta en Xyletia. Nunca conocí a muchos que reconocieran el emblema de Adosh.

—Es un país pequeño —dijo Lars—. Más pequeño que Ekdol, si recuerdo bien mi geografía. Y hermosas aves, si recuerdo mi ornitología.

—Sí —dijo Griffin, con un ligero toque de sorpresa—. Las tiene.

Se miraron fijamente.

—¿Por qué sigo vivo? —preguntó Lars—. ¿Por qué me... Por qué me llevaron?

Griffin se puso de pie. Se acercó a la cama y le quitó la bandeja vacía de las manos a Lars, arrojándola al suelo. Luego lo besó. Su lengua se deslizó contra los labios de Lars, separándolos. Sus lenguas se tocaron.

—No —jadeó Lars, tratando de retorcerse para escapar de su toque—. Aléjese. Por favor, pare.

Griffin comenzó a quitarse el uniforme, saboreando el cuello del Omega mientras lo hacía. —Soy tu Alfa —gruñó—. No puedes darme órdenes. Esto es por ti. —Presionó su cuerpo desnudo contra Lars y volvió a posar sus labios sobre los suyos, silenciando cualquier otra protesta—. Necesitas este contacto, o sino volverás a sentir la abstinencia. Y no te mientas a ti

mismo. —Tomó el rostro de Lars entre sus manos y lo miró profundamente a los ojos—. Lo deseas.

La mano de Griffin se metió por el frente de los pantalones de Lars, donde el miembro hinchado del Omega esperaba. Lars echó sus brazos alrededor del cuello de Griffin, incapaz de controlar su propio cuerpo. Dejó escapar un pequeño grito, un sonido que era tanto de placer como de dolor al sentir que sus defensas se desintegraban una vez más. Se sacudió contra su agarre, deseando más de lo que Griffin le estaba dando. Griffin se bajó los pantalones y se recostó en la cama, su miembro erguido. Pero cuando Lars se movió para montarlo, lo detuvo.

—No.

—¿Qué? —dijo Lars. Alcanzó y tiró de la erección de Griffin, jalándola desesperadamente hacia su entrada goteante—. Por favor, Griffin. Por favor.

—No soy tu único Alfa. No te penetraré a menos que Phoenix esté aquí para compartirte, como él haría lo mismo por mí.

Lars gimió. Su cabeza daba vueltas. El zumbido había alcanzado de nuevo un crescendo doloroso, como un resorte demasiado tenso, suplicando liberación.

Griffin deslizó su mano por la nuca de Lars y lo atrajo para besarlo. —Puedes satisfacer tus ansias por otros medios —murmuró—. Bebe hasta saciarte de mí.

Se deslizó de Griffin para arrodillarse al lado del Alfa. Luego, como si se inclinara en adoración, Lars bajó la cabeza y tomó el miembro del hombre en su boca.

El Alfa tenía razón. Todo su cuerpo había estado exigiendo esto, y ahora todo se sentía tan correcto.

Lo odiaba, y lo amaba.

A ambos hermanos les gustaba dormir en su forma de lobo. Lars yacía entre las dos bestias que roncaban, como una pequeña oveja que se hubiera tropezado en la guarida equivocada. Pero

no había ningún otro lugar al que pudiera ir. Necesitaba estar cerca de ellos, o si no su cuerpo comenzaba a experimentar los antojos de la abstinencia. Se sentía a la vez aterrorizado y extrañamente seguro.

Los dos se despertaron temprano para atender sus deberes militares, y Lars se despertó cuando Phoenix dejó caer sus pesadas botas al suelo cerca de la cabeza de Lars. Se incorporó de golpe, aferrándose a la sábana que cubría su cuerpo.

—Vendrás con nosotros, Omega —dijo Phoenix, abotonándose el uniforme y abrochando su collar dorado alrededor del cuello—. Estate listo en un minuto o te arrastraré desnudo a la superficie.

Lars miró a Griffin.

—Arriba —gruñó—. No hablarás con nadie. Serás invisible, ¿entendido? Te mantendrás cerca de nosotros, pero siempre detrás. Y si requerimos un servicio de ti, lo llevarás a cabo sin demora. Si te comportas fuera de lugar, nos veremos obligados a castigarte.

—Sí, de acuerdo —accedió Lars a regañadientes—. Entonces, ¿es por eso que me han traído? ¿Para ser su sirviente?

Ninguno de los dos respondió.

Se situó detrás de ellos en el montacargas de carga, incapaz de ver por encima de sus enormes cuerpos. Estiró el cuello para mirar a través del enrejado metálico, donde la luz de la superficie se hacía cada vez más intensa. Pronto, tuvo que cerrar los ojos y cubrirlos con el dorso de la mano. No había visto el sol en días, y sus rayos le calentaban la piel y penetraban profundamente en su visión, grabando las siluetas de Griffin y Phoenix.

El ascensor resonó y se estremeció al llegar a la cima, y Lars respiró una bocanada de aire fresco que le hizo abrir los ojos a pesar del resplandor de la luz del día. Era el aroma familiar de Ekdol. Podía oler los olivos y el polen dulce y penetrante de las flores meitu. Estaba el aroma de los mil Lagos Sentol al este, con sus deliciosas aguas cristalinas y el olor límpido de la nieve fresca en las Montañas Dientes de Sabueso más allá. Lo recogió todo en una sola respiración, y eso trajo claridad a su mente.

Corre. Escapa. Libérate.

Pero ¿cómo?

Poco a poco, sus ojos se adaptaron a la luz. La vista que tenía ante sí le causó una gran tristeza. Estaban dentro del bosque, pero en una zona que había sido talada y arrasada para hacer espacio a la base militar xyletiana. Maquinaria pesada y armas de guerra se arrastraban por el suelo chamuscado, con orugas tintineantes y eructos de humo caliente. Una serie de baterías de cañones estaban sentadas con sus cañones apuntando hacia el bosque en un saludo amenazador. La bandera xyletiana ondeaba en un mástil.

Dos soldados que llevaban el emblema de los Colmillos Salvajes abrieron las puertas del ascensor y saludaron cuando salieron los dos Alfas. Lars los siguió como le habían dicho, y los soldados ni siquiera reconocieron su existencia.

Caminaron por los terrenos, pasando junto a un círculo de soldados que observaban a dos lobos practicando combate. Sus gruñidos y aullidos feroces provocaron un escalofrío instintivo en la columna de Lars. Este era un territorio peligroso para un Omega, y se encontró caminando más cerca de Phoenix y Griffin.

Aterrorizado, pero seguro. Esa era la contradicción que lo atormentaba.

También notó a otros que vestían el mismo uniforme gris apagado que él, algunos caminando en su forma de lobo cargando suministros en sus espaldas, pero la mayoría siguiendo a los oficiales como perros obedientes. ¿Eran también Omegas? Algo le decía que no. Pero eran otros prisioneros de guerra. ¿Eran todos ekdolianos?

El edificio de mando era una estructura de dos pisos que parecía poder montarse y desmontarse en cuestión de días. Sin decir palabra, Griffin se separó de ellos. Lars comenzó a seguirlo, pero Phoenix chasqueó los dedos.

—Conmigo, Omega.

Lars lo siguió.

—¿Adónde va él?

—¿No se te advirtió? No hables hasta que se te hable.

—Usted me habló —dijo, con un toque de descaro sin contener—. Estaba respondiendo.

Phoenix se dio la vuelta y golpeó la pared con el puño, pasando cerca de la cabeza de Lars. El aglomerado expuesto se agrietó por el impacto.

—No pongas a prueba mi paciencia, Omega, o descubrirás rápidamente cuán poca hay.

Lars se encontró devolviéndole la mirada. Estaba asustado, pero tal vez ver el cielo y respirar el aire de su hogar le había dado algo de confianza.

—Mi hermano tiene otros asuntos que atender —dijo Phoenix después de una larga pausa. Se dio la vuelta y se alejó. Lars se apresuró a seguirlo—. Créeme, yo no habría elegido hacerme cargo de ti.

—¿Por qué lo hizo?

—¿Eres lento? Porque Griffin no puede.

—Podría haberme dejado en la habitación.

—¿Es eso lo que quieres?

Habría preferido eso a pasar tiempo con los dos, aunque sabía lo que pasaría sin su presencia.

—Supongo que ver el sol y sentir la brisa era más favorable.

Phoenix resopló.

—Te habrías marchitado sin estar cerca de nosotros. Deberías agradecer a mi hermano por su compasión, convenciéndome de dejarte dormir en mi cama.

—Sé que usted y su hermano son responsables de miles de muertes. ¿Mostraron compasión con alguno de ellos?

—Hacemos lo que debemos para mantener el orden.

—Es usted una persona horrible. Un monstruo.

—Eso dicen.

—¿Soy algo más que un simple sirviente? ¿Es por eso que me aparearon?

Phoenix se rió; fue un sonido fuerte y ladrante que resonó por el pasillo.

—*Debes* ser lento. Te apareamos por la misma razón que todos los Alfas se aparean: para dejarte embarazado. Para crear un heredero, o tantos como seas físicamente capaz.

Lars se sintió enfermo. Por supuesto que lo sabía, su propio cuerpo lo había estado pidiendo. Tal vez, de alguna manera, se había convencido a sí mismo de que ese no sería su destino, pero ahora escuchar las palabras le daba realidad.

—Ahora, basta —dijo Phoenix—. Estoy cansado de hablar contigo.

Esta vez, Lars no respondió.

Continuaron por el edificio, subiendo al centro de mando principal. Lars volvió a ser golpeado por un latigazo de emociones. La sensación de malestar pronto fue reemplazada por excitación, y su imaginación ardía con pensamientos de las formas en que los dos podrían tomarlo. Luchó por mantener el control, por mantener las fantasías a raya, pero el calor crecía entre sus piernas y su miembro se hinchaba hasta endurecerse.

Pasaron junto a soldados y oficiales que se detenían para saludar a Phoenix, y Lars estaba seguro de que cada uno de ellos podía oler su excitación. Tal vez Phoenix lo estaba disfrutando, sabiendo que si uno solo de ellos hacía un movimiento equivocado hacia su Omega, estaría en su derecho de desafiarlo a combate.

Lo peor de esa realización era que lograba excitar aún más a Lars. Cuán bajo habían caído los refinados. Estaba perdiendo el rumbo, deslizándose más lejos de la elegancia y sofisticación de su crianza hacia esta locura carnal.

—¿Qué te pasa? —preguntó Phoenix, cuando caminaban solos—. No, déjame adivinar. ¿Estás disfrutando la idea de mi semilla dentro de ti? ¿De un bebé creciendo en tu vientre? ¿Mi bebé? ¿El bebé de Griffin? ¿Eso te pone duro y mojado, Omega?

Lars no quería comprobarlo, pero sentía que su excitación había empapado sus pantalones. Estaba seguro de que la tela gris debía estar moteada con manchas grises en la entrepierna y entre los muslos debido a su humedad.

—Lars —dijo en voz baja—. Mi nombre es el Príncipe Lars Lia-

Phoenix lo agarró por la nuca y lo arrojó a una oficina vacía, cerrando la puerta de golpe tras él. Se desabrochó los pantalones y sacó su prodigiosa virilidad, que ya estaba dura como una roca, y lanzó a Lars sobre el borde del escritorio que estaba contra la pared. Luego agarró los pantalones de Lars y los bajó hasta el suelo.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Lars. Miró por encima del hombro a Phoenix mientras se aferraba a los lados del escritorio. Se encontró ampliando su postura para él, dándole acceso para penetrarlo. Estaba goteando, por los muslos y los testículos.

—Te dije que serías castigado si me ponías a prueba.

Phoenix le dio una palmada en el trasero, enviando un fuerte chasquido por la habitación. Lars gritó, tensándose. Phoenix lo golpeó de nuevo, y esta vez un gemido escapó de los labios de Lars. —Para —suplicó.

—No hasta que hayas aprendido tu lección, Omega.

Phoenix lo sacó del escritorio y lo empujó de rodillas frente a él, y Lars lo miró con ojos nublados. El deseo de apareamiento lo había dominado de nuevo, embriagándolo. Phoenix balanceó su pesado miembro frente a sus labios, y el fuerte aroma del Alfa llenó sus pulmones. Abrió la boca y lo engulló con avidez hasta la empuñadura. Su propio miembro estaba dolorosamente duro, suplicando liberación. Pero cuando Lars intentó tocarse, Phoenix agarró sus pantalones descartados y los usó para atarle las manos detrás de la espalda.

—Esto es un castigo —gruñó—. Ahora tómalo. —Tomó su miembro y lo empujó de vuelta a la boca expectante de Lars.

Luchó por respirar mientras Phoenix lo golpeaba, embistiendo en su garganta. El Alfa lo miraba con ojos serios y abiertos. No estaba tomando placer en esto. Como había dicho: esto era un castigo. Esto tenía que hacerse, porque Lars lo había presionado demasiado, no había escuchado las advertencias de su Alfa.

Phoenix rugió y su miembro se hinchó, expandiéndose en la base de su cabeza en un nudo. Su fluido caliente se derramó por la lengua de Lars y bajó por su garganta. Phoenix se mantuvo allí, palpitando mientras Lars tragaba cada gota que le daba. Las lágrimas corrían por sus

mejillas, un reflejo de atragantarse con su enorme miembro. Finalmente, Phoenix se retiró. Incapaz de sostenerse con las manos atadas, Lars cayó de lado, pero fue atrapado por la enorme palma de Phoenix antes de golpear el suelo. Miró aturdido al Alfa, tosiendo para respirar. Su cuerpo dolía. Necesitaba que sus Alfas lo liberaran de la presión.

—Por favor —susurró Lars—. Hazme llegar.

Negó con la cabeza y sostuvo el mentón de Lars con el pulgar y el índice. —No, Omega. —Su voz era severa, pero suave—. Esto es un castigo. No me desobedezcas. ¿Entiendes? —Se inclinó hacia adelante y besó el lado de la boca de Lars, donde quedaba una perla de semen. Lars rápidamente giró la cabeza, queriendo resistirse a esa extraña muestra de afecto. Phoenix desató las manos de Lars y dejó caer el par de pantalones en el suelo frente a él.

Salieron de la oficina. Lars mantenía las manos presionadas sobre su entrepierna en un intento de ocultar la erección que sobresalía en sus pantalones. Aún podía saborear el sabor de Phoenix persistente en su boca. Aún podía sentir el ardiente deseo de ser llenado por él. Haber recibido ese sabor y negado la liberación de ser tomado era verdaderamente el castigo máximo.

———

Una larga mesa ocupaba el centro de la sala de mando, su superficie era una pantalla iluminada que mostraba un mapa parpadeante de la región marcado con la ubicación de tropas y armaduras. Los hombres alrededor de la mesa se pusieron firmes, saludando a Phoenix mientras entraba en la habitación con Lars siguiéndolo. Todos excepto uno, un hombre mayor con pelo escaso que llevaba un traje gris con un alfiler con el símbolo de Xyletia en la solapa. Lars notó que no había collar de rango alrededor de su cuello: no era militar.

—Comandante Phoenix Greer —dijo el hombre, extendiendo una mano—. Marqués Vin Delefont.

Phoenix estrechó su mano. —Marqués. ¿Es esta una visita oficial? No lo esperaba.

—No, no —dijo Delefont—. Su Majestad el Emperador me prometió una parcela de tierra al este de aquí. Un hermoso lugar para una finca de vacaciones. La abundancia de tierras frescas esperando ser aprovechadas es mi parte favorita de la guerra. —Pasó su mano sobre el mapa—. Siempre he oído hablar mucho sobre los legendarios Colmillos Salvajes. Han capturado un gran

número de victorias para el Imperio, Comandante. Cuando supe que estaba estacionado aquí, tuve que aprovechar la oportunidad para venir y conocerlo en persona.

La expresión sombría en el rostro de Phoenix permaneció inmutable. Era obvio que no le agradaba el hombre. —Estoy seguro de que aquellos que han pagado el precio máximo estarían complacidos de escuchar sobre su casa de vacaciones, Marqués —dijo.

El hombre pareció no escucharlo. Metió las manos detrás de la espalda y caminó por la habitación, inspeccionando las cosas como si estuviera en una tienda de regalos. Hubo un breve momento en que Lars lo atrapó mirándolo, y cuando sus ojos hicieron contacto, el anciano sonrió y apartó la mirada. Lars sintió un extraño escalofrío recorrerlo. Había algo desagradable en esa mirada. Su erección había disminuido, pero estaba seguro de que el aroma de su excitación aún permanecía, y este anciano estaba atento a ello.

Una pared de la sala de mando estaba cubierta de ventanas que daban a los terrenos de la base abajo, con una vista del borde del bosque. En la distancia más allá, Lars podía ver las formas de las montañas y sabía exactamente dónde estaban. Al pie de esas montañas estaba la ciudad capital de Ekdol.

—¿Tiene territorios reclamados en Ekdol, Comandante? —preguntó Delefont.

—No los tengo —dijo Phoenix. Un oficial le ofreció un portapapeles y hojeó los papeles adjuntos, pareciendo que intentaba ignorar la existencia de Delefont.

—Un hombre como usted debería tenerlos. Se lo merece. Los Colmillos Salvajes rompieron la defensa de Ekdol. También tomaron Carthonia y la Isla Delas. He oído que sus espías incluso se infiltraron en los territorios neutrales. ¿Es eso cierto?

—Podría decírselo, Marqués. Pero entonces tendría que arrancarle la lengua y cortarle las manos. Información clasificada. Usted entiende.

Lars se preguntó si estaba bromeando en absoluto. Ciertamente parecía serio, pero Delefont se rio, aún ajeno a la irritación de Phoenix. —Por supuesto, por supuesto. Bueno, un patriota merece elegir territorio fresco. Puedo mover algunos hilos por usted si tiene la mira puesta en algo en Ekdol.

—Solo hay un territorio que me concierne.

—¿Oh? ¿Y cuál es ese?

Phoenix ignoró su pregunta. De repente pareció pensativo, mirando por la ventana. —¿Alguna vez ha sabido lo que es ser encargado de restaurar el honor, Marqués? ¿El honor de una nación entera?

—Hm. ¿Se refiere a llevar al Imperio a ser la gran potencia que es hoy? —Se rio—. Me temo que no soy *tan* viejo, Comandante, aunque pueda parecerlo.

Después de un momento, Phoenix se apartó de la ventana. —Apreciamos su visita, Marqués, pero la guerra continúa y estoy ocupado. Haré que alguien lo escolte si desea recorrer la base. No puedo hacerlo yo mismo.

—Ciertamente, lo entiendo, Comandante. Tiene una gran tarea por delante. El honor de toda la nación, por así decirlo.

—Teniente Luna —dijo Phoenix a uno de los guardias junto a la puerta—. Acompañe al Marqués a la salida.

Delefont caminó hacia la salida y se detuvo al pasar junto a Lars. La nariz del hombre se crispó, como si estuviera olfateando el aire. —¿Este es su sirviente, Comandante Greer? ¿Dónde encontró un Omega tan... *fino*? Nunca había visto uno tan hermoso antes, ni siquiera en la capital. ¿Es de Ekdol?

—Él pertenece a mi hermano y a mí —dijo Phoenix, con voz peligrosamente baja.

Por supuesto, el hombre no prestó atención. Se movió alrededor de Lars, inspeccionándolo. Lars se quedó quieto, haciendo lo posible por ocultar su disgusto y enojo.

—Teniente, no es necesario que me acompañe —dijo Delefont—. Este puede mostrarme los alrededores. —Sonrió a Lars—. Estoy seguro de que estará bien, ¿Comandante?

Los ojos de Phoenix eran como bolas de fuego. —Ciertamente que no. Este es mi Omega.

—Bueno, no pasa nada. Todos podemos compartir sirvientes. ¿Qué tal esto? Le pagaré por dejarme usarlo. —Delefont agarró la muñeca de Lars. La reacción fue inmediata. Lars se apartó de él como si el toque del hombre le hubiera quemado la piel, gruñéndole como un animal salvaje. La sensación de zumbido que ocurría con Phoenix y Griffin de repente se invirtió,

convirtiéndose en lo que parecía una alarma estridente y chillona que envió oleadas de frío rechazo por su cuerpo. Entonces, de repente, Phoenix avanzaba como una montaña en movimiento. Los ojos de Delefont se ensancharon cuando el hombre gigante lo agarró por la camisa y lo estrelló contra la pared.

—No *toques* a mi pareja. No lo mires, ni siquiera *pienses* en él.

—S-su pareja —tartamudeó Delefont—. Yo... no lo sabía.

—Lo sabías —gruñó Phoenix, con voz asesina—. Cualquier Alfa podría oler mi marca. Simplemente te has olvidado de ti mismo. Bueno, déjame recordártelo. Estoy perfectamente en mi derecho como Alfa de destruirte por tocar a mi pareja. Ningún estatus, dinero o rango puede protegerte.

El hombre asentía frenéticamente con la cabeza. —Lo siento. ¡Por favor, por favor, perdóneme! ¡No lo sabía!

Lentamente, Phoenix soltó la camisa de Delefont. —Debe ser su nariz decrépita. Ya no funciona.

—Sí. Sí, eso es. —Inhaló bruscamente—. Siempre está tan congestionada estos días.

Phoenix retrocedió, y Lars se encontró moviéndose detrás de él, refugiándose cerca de su cuerpo. Su corazón latía con emoción.

Delefont se enderezó el traje y, sin decir otra palabra, salió apresuradamente de la sala de mando.

—Asegúrese de que encuentre el camino fuera de la base de manera segura —gruñó Phoenix al teniente, quien saludó y rápidamente salió tras el Marqués.

Ninguno de los oficiales en la sala pestañeó ante el incidente. Todos continuaron con lo que estaban haciendo como si nunca hubiera ocurrido. Lars había leído sobre los desafíos de apareamiento, pero desde el aislamiento de los terrenos reales nunca lo había experimentado o presenciado en persona.

Lars se preguntó qué habría pasado si la guerra nunca hubiera ocurrido. Durante su existencia aislada, nunca había sentido mucho anhelo por conocer el mundo exterior. Era ignorante de todo

y perfectamente feliz de serlo. Quizás habría permanecido como un pájaro enjaulado, eventualmente entregado a un Alfa que también lo habría mantenido encerrado.

Odiaba a Phoenix, pero esta muestra de posesividad solo había avivado aún más el fuego del deseo primario dentro de él. Le perturbaba tener que recordarse a sí mismo quién era el hombre y lo que le había hecho. ¿Cuán fuertes eran estos instintos que podían borrar los recuerdos de cosas que habían sucedido hacía solo minutos? ¿Que podían convertir el disgusto en lujuria? El entrenamiento de los consejeros y sanadores ciertamente no lo había preparado para esto. Mirando hacia atrás, no le habían enseñado mucho sobre estar emparejado.

El poder del vínculo era intoxicante y potente. Sabía que lo estaba cegando, cambiando la forma en que su mente veía las cosas, y sin embargo había muy poco que pudiera hacer. Si se presentara una oportunidad de escape, ¿sería capaz siquiera de aprovecharla?

Lars se mantuvo a un lado, ignorado e invisible mientras Phoenix discutía la estrategia de combate con los oficiales sobre el mapa de la mesa. Observaba a Phoenix. Sus ojos eran atraídos hacia él como polillas a la llama, y su mente destellaba con recuerdos de las cosas que le había hecho, una presentación de diapositivas de depravación. Se estaba excitando de nuevo, ahora imaginando todo lo que Phoenix y Griffin le harían. Todavía le dolía por el castigo, no solo por haber sido golpeado en el trasero sino por la falta de liberación. Su cuerpo ansiaba más. Estaba sediento de su semilla, necesitando ser saciado por sus miembros.

Su mirada embelesada fue interrumpida por una visión que, de no ser por sus ojos agudos, no habría estado seguro de haber presenciado en absoluto. En el lapso de menos de un segundo, Phoenix extendió su mano y deslizó un trozo de papel en la mano del oficial que estaba junto a él. No hubo otro reconocimiento entre los dos, y el oficial escondió el papel en un bolsillo tan rápida y suavemente que apenas parecía haber sucedido.

¿De qué se trataba todo eso?

La reunión terminó y los oficiales volvieron a sus puestos. Phoenix chasqueó los dedos.

—Omega. Conmigo.

Se dio la vuelta para marcharse y Lars lo siguió. Por un momento consideró mencionar lo que acababa de ver, pero luego recordó lo que pasaría si lo hacía. Y tal vez sería peor; después de todo, estaba seguro de que lo que había presenciado no estaba destinado a ser visto.

Griffin los encontró abajo.

—Coronel —dijo Phoenix—. La Zona E requiere nuestra atención inmediata. He organizado que hagamos una inspección conjunta, ya que no podemos dejar a este atrás. —Sus ojos se dirigieron hacia Lars.

—Entendido.

Salieron y se movieron por los terrenos. Cuando estuvieron aislados y lejos del edificio de mando, Griffin dijo en voz baja:

—El paquete fue entregado con éxito.

—Excelente —dijo Phoenix—. Al igual que el mío. Finalmente está en marcha, entonces.

Una vez más, los ojos agudos de Lars captaron una visión inesperada: el más mínimo indicio de una sonrisa en los labios de Griffin.

—Sí, hermano —dijo Griffin—. Hemos esperado toda nuestra vida para esto. El honor será restaurado.

Cinco

Durante la invasión, la Zona E fue una de las posiciones ofensivas que el Imperio había tomado para asaltar la capital y cortarle el suministro de trenes. Abarcaba un pequeño pueblo y una parte del bosque vecino, y ahora que la capital había sido conquistada y Ekdol había caído, permanecía como un puesto defensivo y de control para aquellos que entraban a la capital desde los territorios del sur.

Viajaban en caravana, los tres en la parte trasera de un transporte blindado que iba precedido y seguido por dos vehículos de asalto que llevaban un destacamento de tropas.

—¿Puedo hablar ahora? —preguntó Lars, sabiendo que había un ligero tono de insolencia burlona en su voz.

Phoenix le lanzó una mirada fulminante, y Lars sintió que su corazón daba un vuelco. ¿Se enfrentaría a otro castigo? ¿Acaso *deseaba* ser castigado?

—¿Qué quieres? —gruñó el Alfa.

—¿Adónde vamos?

Phoenix lo ignoró y miró por la ventana, con la barbilla firmemente apoyada en la palma de su mano.

—La Zona E solía ser la zona más sangrienta de la guerra —dijo Griffin—. Las cosas se han calmado considerablemente en la última semana. Apenas se notaría que hubo alguna lucha. La sangre ha sido lavada de las calles y tus soldados han depuesto las armas. La gente del pueblo ondea banderas xyletianas desde sus ventanas. Será así en todo el país.

—No voluntariamente —dijo Lars—. La gente estará soñando con la rebelión. Y cuando

llegue la oportunidad, se levantarán y recuperarán Ekdol.

—Lo olvidarán, Omega —dijo Phoenix—. Una vez que el Imperio ponga comida en sus mesas y dinero en sus bolsillos cuando se levanten los bloqueos, todos olvidarán. En una generación, cualquier lealtad que hubieran tenido habrá desaparecido.

—Yo no habré olvidado —dijo Lars, enojado.

—¿Y qué harás exactamente? —preguntó Phoenix, divertido.

—Lo que pueda —respondió Lars.

—Mantén esa rabia, Lars —dijo Griffin—. Me complace ver tal determinación en mi Omega.

Los ojos de Phoenix se desviaron por un momento, pero por lo demás no reaccionó al hecho de que su hermano usara el nombre de Lars.

La caravana rodó a través de Estria, el pueblo que estaba contenido dentro de la Zona E. Excepto por la carretera principal que pasaba por el centro del pueblo, la mayoría de las calles eran empedradas. Los edificios eran viejos, hechos de ladrillo agrietado y piedra, y algunos cubiertos de hiedra. La estructura más grande era el salón de banquetes, que servía como lugar de reunión para el consejo del pueblo, alojamiento para dignatarios y realeza visitantes, y donde se celebraban las fiestas. La taberna y la posada del pueblo estaban justo al lado.

Este era el verdadero Ekdol. Lars miraba por la ventana, observando una manada de lobos que guiaba un rebaño de ovejas por las calles. Soldados xyletianos, tanto en forma humana como de lobo, patrullaban con armas y colmillos al descubierto mientras los ciudadanos de Ekdol que pasaban mantenían la cabeza baja. Un par de cachorros saltaban y jugaban en el barro mientras un anciano sentado en un porche observaba. Sus ojos se desviaron hacia la caravana y la siguieron hasta que se perdió de vista. Lars se preguntó si el hombre podría verlos a través del cristal tintado. Por supuesto, nadie sabría quién era él. Nadie sabía siquiera que existía.

Pasaron de Estria al bosque, donde las señales de la guerra se volvieron vívidas. Enredados rollos de alambre de púas oxidado bordeaban el camino como un arbusto de espinas vicioso, la tierra embarrada y llena de cráteres más allá, salpicada de trampas para lobos con púas y los restos astillados de árboles.

Una fila de lobos se sentó en posición de firmes cuando los hermanos descendieron del

vehículo. Lars los siguió, sin embargo, esta vez no se sintió invisible. Los ojos lo seguían y lenguas húmedas y babeantes colgaban de sus hocicos. Estos no eran los mismos soldados de élite de la base que conocían a Phoenix y Griffin y su reputación. Eran soldados rasos ordinarios, jóvenes e indisciplinados, fácilmente excitados por el potente olor de un raro Omega fértil, marcado o no.

—Comandante Greer. —Uno de los lobos, un capitán, se transformó en su forma humana y saludó.

—Capitán Luna —dijo Phoenix.

El capitán les indicó que lo siguieran, informándoles sobre alguna situación que estaba ocurriendo en la Zona. Lo único que Lars pudo entender de la conversación fue que se quedarían en la Zona E por algún tiempo. Fueron a la tienda del capitán, donde ofreció tazas de café a los hermanos.

—No esperaba que trajeran un invitado —dijo Luna.

—Es nuestro compañero —dijo Phoenix, tomando el café. Había algo en la forma en que lo dijo, como si hubiera algo más detrás de las palabras. Fuera lo que fuese, Luna pareció entenderlo. Asintió.

—Es peligroso traer un Omega a la Zona.

—No teníamos otra opción —dijo Griffin.

Luna asintió.

—Bueno, he llegado hasta aquí. Confío en su juicio.

—Todo cobrará sentido —dijo Griffin.

El capitán miró a Lars, acariciándose la barbilla. Parecía que estaba a punto de preguntarle algo, pero decidió no hacerlo. Se volvió hacia su café y dio un sorbo.

—Estamos jugando un juego peligroso.

—Las piezas están en su lugar —respondió Griffin—. Y pronto, todas las preguntas serán

respondidas. —Puso su taza de café sobre la mesa y, junto con ella, deslizó un papel doblado. El capitán lo recogió rápidamente y lo guardó en el bolsillo interior de su abrigo. Nerviosamente, se ajustó el cuello dorado. Al salir, después de saludar a los hermanos, Luna añadió una reverencia rápida y formal. A Lars le recordó el tipo de reverencias que él y sus padres recibían de los miembros de la corte. Profunda, con una ligera flexión en la rodilla trasera, la mano derecha cubriendo el corazón.

Los tres fueron conducidos a sus aposentos, una espaciosa tienda de oficiales. En lugar de una cama, había una lujosa piel para dormir extendida por el suelo, un arreglo común para dormir en forma de lobo.

—Estáis tramando algo —dijo Lars, sentándose en la piel para dormir—. ¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?

Ninguno de los hermanos respondió. Griffin se desabrochó el cinturón de combate que llevaba alrededor de la cintura y el pecho, que sostenía su pistola y la vara de des-transformación, y lo colgó en un estante.

—Díganmelo —exigió Lars—. Te vi pasando un papel a un oficial hoy —le dijo a Phoenix —. Igual que hiciste con el capitán.

Phoenix sonrió con suficiencia. Se inclinó y agarró la barbilla de Lars con su mano.

—No hagas eso —dijo Lars, apartándose.

—Te sientes valiente —dijo Phoenix, riendo. Su sonrisa se convirtió en una mueca. Sus caninos brillaron, y Lars sintió que su cuerpo reaccionaba ante la visión de ellos, con excitación pulsando hasta su entrepierna. Su deseo básico de lobo quería que esos dientes lo sujetaran por la nuca, que lo inmovilizaran mientras era montado por detrás. Phoenix lo agarró de nuevo, con más fuerza esta vez—. No se nos negará.

Entonces Phoenix lo atrajo hacia un beso. Lars se estremeció de placer, incapaz de evitar devolverlo con entusiasmo. Mordió el labio de Phoenix y tiró de él. Era desafiante pero sorprendentemente juguetón. Phoenix gruñó y lo empujó para que cayera de espaldas sobre la piel, sonriendo mientras se tocaba el labio hinchado.

Griffin se acercó, quitándose el abrigo y la camisa.

—¿Qué más has visto?

—Nada —dijo Lars. Su pecho subía y bajaba con cada respiración pesada. Intentó desconectarse, como había hecho todas las veces anteriores, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Los hombres simplemente tenían demasiado poder sobre él. ¿Y no era esto lo que su cuerpo había estado anhelando todo el día, desde que había sido castigado en la oficina vacía esa mañana? ¿No había estado esperando el momento en que los dos Alfas finalmente lo saciaran?

—¿Estás mintiendo, Omega? —gruñó Phoenix en su oído.

—No lo estoy —respondió, temblando mientras los labios de Phoenix tocaban su cuello.

Griffin estaba en su otro lado, mordisqueando su hombro con sus caninos. Le quitó la camisa a Lars y le rodeó el pecho con el brazo, atrayéndolo hacia su regazo. Phoenix agarró los tobillos de los pantalones de Lars y se los arrancó del cuerpo. Luchó contra Griffin, pero el Alfa lo mantuvo allí, inmovilizado contra su pecho. Griffin irradiaba calor, tan grande como un horno. Phoenix se puso de pie, abrió el cierre de sus pantalones y expuso su erección frente al rostro de Lars.

El poderoso aroma de Phoenix era un afrodisíaco para él. El zumbido cantaba por todo su cuerpo, una nota resonante que solo podía armonizar con estos dos Alfas. Y ahora estaba armonizando, produciendo una sensación de absoluta felicidad. Todo lo demás comenzó a perder importancia. Las preguntas perdieron su importancia, y luego su significado por completo. Todo lo que quedaba era su urgencia de aparearse.

Embarazado. Necesitaba quedar embarazado.

Extendió la mano y agarró el miembro de Phoenix, murmurando que lo quería dentro de él.

Negándole sus deseos, Phoenix retiró las caderas. Lars gruñó y gimoteó, pero aun así Phoenix se lo negó.

—Móntalo —dijo el Alfa—. Quiero ver la cara que pones cuando el pene de Griffin entre en ti.

Griffin se recostó sobre la piel para dormir y observó cómo Lars tiraba de sus pantalones, tratando apresuradamente de quitárselos para llegar al premio que había dentro. Phoenix estaba de pie con las manos en las caderas, observando complacido cómo su Omega obedecía su orden.

Lars bajó los pantalones de Griffin hasta los tobillos y se apresuró a posicionarse sobre su pilar erecto. Alcanzó entre sus propias piernas y confirmó lo mojado que estaba, luego agarró el miembro del Alfa, manteniéndolo quieto mientras se bajaba sobre él.

Liberación. La sensación de contacto, de penetración, rompiendo su sello y moviéndose más y más profundo... Era como rascar una picazón profunda que había estado sufriendo durante horas. Lo que sintió al principio ni siquiera fue placer sexual, fue solo alivio. Apretó los dientes y se mordió el labio mientras lágrimas salpicaban las esquinas de sus ojos. Podía *sentir* el miembro de Griffin dentro de él; la energía distinta y única de este. Era el pene de su Alfa, y sabía que el de Phoenix provocaría la misma reacción.

Lars cayó sobre sus rodillas y Griffin lo agarró por la cintura y comenzó a empujar sus caderas hacia arriba dentro de él. En el momento en que la boca de Lars se abrió para dejar salir un gemido, Phoenix dio un paso adelante y la llenó con su erección esperando.

La voz lo llamaba débilmente en el fondo de su mente, diciéndole que se detuviera, que recuperara el control. La ignoró. O tal vez era más que no tenía el poder de hacerle caso. En estos últimos días, su voluntad había sido puesta a prueba y quebrantada. Había querido creer que era fuerte. Después de todo, ya había sufrido tanto y sobrevivido. Había escapado del incendio de los terrenos reales. Había huido con solo una guardia de tres Alfas, esquivando puestos de control y escondiéndose de las patrullas de lobos de búsqueda. Había mantenido la cabeza fría a través de todo eso, a pesar de no haber experimentado nunca un momento de peligro en toda su vida. Pero estos dos... Habían encendido su celo y lo habían cautivado hasta el punto de no poder rechazar sus deseos.

Cuando Griffin llegó al clímax, Lars sintió el bulto de anclaje de su nudo dentro de él, presionando contra su punto. Con un bramido tenso, rodeó a Lars con su brazo, apretándolo contra su pecho mientras enterraba su rostro en la parte posterior de su cuello y lo mordía. Lars gritó sorprendido. Nunca lo habían agarrado así antes. El dolor dio paso a una abrumadora sensación de calma. Sus ojos se pusieron en blanco mientras su cuerpo se aflojaba. Podía sentir el pulso rítmico del miembro de Griffin dentro de él, llenándolo con su semen.

Phoenix retrocedió, acariciándose mientras esperaba su turno.

Griffin soltó a Lars de su mordisco y lo levantó de su miembro. Lars apenas podía mover sus extremidades; su cuerpo aún estaba sedado por el agarre del Alfa.

Unas manos poderosas lo voltearon de modo que quedó en cuatro sobre Griffin, con el trasero levantado, presentándose y esperando recibir a Phoenix. Un agarre de hierro en sus caderas, un tirón hacia atrás, y esa misma sensación de alivio que arqueaba su espalda recorrió su cuerpo al ser llenado. Agachó la cabeza y ocultó su rostro mientras se balanceaba hacia adelante y hacia atrás con cada embestida del miembro de Phoenix.

—Mírame —dijo Griffin—. Mira mis ojos mientras te toma.

—No —gimió Lars, pero miró de todos modos. La mirada del Alfa penetró la suya con una energía dominante, manteniéndolo cautivo. Phoenix lo embestía profundamente, quebrando su voluntad con cada empuje. Y cuanto más profundo se hundía Phoenix en él, más fuerte lo apretaba, reteniéndolo dentro, invitándolo a terminar dentro de él.

El clímax golpeó a Lars primero, enviando tensión a través de todo su cuerpo. Su entrada se apretó alrededor del miembro de Phoenix; nunca quería que se retirara. Phoenix rugió, la repentina estrechez abrazadora induciendo su orgasmo. Se anudó, sellando y bloqueándose dentro del canal de Lars mientras ola tras ola de semen se disparaba profundamente en su interior.

El Alfa estaba temblando, su rostro contraído en una mueca tensa. Sus dedos se clavaron dolorosamente en la carne de Lars, manteniéndolo firmemente en su lugar. Su miembro palpitó de nuevo y Lars sintió otro chorro caliente de su semilla en lo profundo. Había demasiado; estaba lleno hasta el borde, y ni siquiera el agarre de anclaje del nudo podía contener el exceso que brotaba. Lars gritó al sentir su calidez escapar de su agujero, deslizándose por sus muslos y sus testículos. Su cuerpo reaccionó visceralmente ante la pérdida de la potente sustancia, y su mano se disparó entre sus muslos en un intento de rescatarla con su palma.

Griffin seguía manteniendo su mirada. El Alfa tomó su rostro entre sus manos, sus enormes palmas acunando sus mejillas. —Tienes suerte de que te hayamos encontrado —rugió—. ¿Sabes por qué?

Lars luchó por hablar. Apenas podía mantenerse erguido. Sus brazos temblaban. Las sacudidas del orgasmo continuaban chispeando a través de él, enviando espasmos a sus músculos, enroscando sus dedos de los pies y sacudiendo sus extremidades. —Mi suerte... —logró decir—. No he tenido nada de ella. No desde que comenzó la guerra.

Phoenix, con su miembro clavado profundamente dentro de él, rodeó a Lars con sus brazos. Sosteniéndolo con fuerza, se acostaron de lado sobre la piel para dormir. Con Lars en el centro,

los dos hermanos formaron una especie de nido protector a su alrededor. Lars sintió el calor de sus cuerpos rodeándolo, sintió el pulso perezoso del nudo de Phoenix, sintió sus latidos. Inhaló profundas y hambrientas bocanadas de su aroma, bañándose y deleitándose en él. La resonancia, la armonización; era perfecta. Se sentía increíblemente *correcto*, y él absolutamente detestaba el hecho de que así fuera.

Phoenix lamió su cuello donde Griffin lo había mordido, rozando suavemente sus labios contra la herida. Una sensación de hormigueo se extendió por su piel, reemplazando el dolor crudo.

—Danos un hijo fuerte —dijo Phoenix—. Y entenderás lo afortunado que eres.

Mientras el fervor de su excitación se despejaba lentamente, Lars enterró su rostro en las pieles en un intento de esconderse de la situación y de sus dos captores, de consolarse. Pero, con cruel ironía, solo el aroma y la presencia de los Alfas podían proporcionarle eso.

———

Durante los días siguientes, Lars fue arrastrado por uno u otro hermano y a menudo por ambos mientras cumplían con sus deberes en el campamento del bosque en la Zona E. Las reglas siempre eran las mismas: No hablar a menos que le hablaran. Ser invisible. Ya había pasado el período de adaptación en el que su cuerpo sufriría por estar fuera de su presencia durante demasiado tiempo, pero los soldados aquí eran salvajes y no se podía confiar en ellos. No había habido una escaramuza importante en más de una semana, pero los hombres habían estado allí durante meses sin mucho alivio y estaban hambrientos de sangre y de parejas.

Lars era más una mascota que una pareja o incluso un sirviente. Seguía en silencio y se sentaba a distancia, a veces en su forma de lobo, observando y escuchando los procedimientos. Ya no había más intercambios secretos, ni más susurros o reuniones inusuales. No había mucho de nada.

Se inquietó ante el primer pensamiento intruso de realmente esperar con ansias volver a la tienda con Griffin y Phoenix. Lo que le asustaba era que era su propio pensamiento, no uno impulsado por antojos sobre los que no tenía control.

Una parte de él quería correr. Escapar más allá del alambre de púas donde sabía que pronto

encontraría su fin, ya fuera por una trampa para lobos o por las minas que aún quedaban. Pero esa parte de él fue rápidamente silenciada. También era solo un pensamiento intruso. No tenía derecho a quitarse la vida. Le había prometido a sus padres que viviría. Le había prometido a su gente que regresaría y los vengaría. Y lo intentaría.

Y estaba la realidad que lentamente comenzaba a aceptar: *Quedaría* embarazado pronto. Tal vez ya estaba sucediendo ahora, la potente semilla de uno de los hermanos abriéndose paso hacia su vientre Omega y fertilizándolo. Y después de dar a luz a ese primer hijo, lo embarazarían con otro. Y otro más. Quizás eso sería lo que su existencia significaría por el resto de su tiempo en este planeta: Solo una máquina para crear un legado para estos dos hombres malvados.

¿Se le daría la oportunidad de criar a sus propios hijos? Si era así, entonces tal vez ese era el camino. Podría susurrarles, contarles historias secretas, plantar en ellos las semillas de la revolución. Podría decirles la verdad.

En un intento por desviar su mente de las oscuras incógnitas del futuro, Lars enfocó su atención en los árboles, buscando señales de pájaros escondidos en sus ramas. Estaba en su forma de lobo, tumbado fuera de la tienda donde Griffin se reunía con un grupo de oficiales. Phoenix estaba en algún lugar reuniéndose con algunos dignatarios que habían venido de Xyletia. Cada día entraban más y más en Ekdol para tratar de ocupar posiciones en el nuevo gobierno y asegurar nuevos territorios y riquezas para sí mismos. Una vez que Ekdol estuviera asegurado, avanzarían hacia el oeste para invadir las naciones de Lios y Lyre, continuando su expansión hasta que todo el mapa fuera del azul xyletiano.

Su atención fue captada por un destello de plumas amarillas revoloteando entre las hojas. Sus orejas se irguieron en busca de un llamado. Entonces llegó, un silbido que subía y bajaba. La calidez se acumuló en su corazón mientras su mente regresaba al consuelo de tiempos mejores. —El Cantor Real de Ekdol —le había dicho su madre—, es el único pájaro en este país cuyas plumas cambian de color cuando está en cautiverio. Y si es liberado, entonces cambian una vez más.

Había convencido a su madre de liberar al cantor que tenían en el aviario, y los dos lo habían dejado ir juntos. En las semanas siguientes, continuaría observando un solo cantor azul entre los dorados en los árboles que rodeaban los terrenos. Luego, un día, el pájaro azul no se veía por ninguna parte. En su lugar había uno con el plumaje rojo y naranja más brillante que Lars había visto jamás.

Una presencia detrás de él desvió su mirada del pájaro. Se sorprendió al encontrar a Griffin

acercándose silenciosamente, caminando hacia él en su forma de lobo. El Alfa se sentó a su lado. Lars no dijo nada. Odiaba haberse entregado ahora tan completamente a sus reglas, pero había encontrado los castigos demasiado difíciles de soportar. Ser montado y tomado por ellos cada noche ya era una experiencia lo suficientemente abrumadora sin tener que lidiar con el dolor tortuoso del deseo insatisfecho durante horas y horas además.

—Nunca he visto ese tipo de pájaro —dijo Griffin suavemente. Su voz era profunda y áspera al filtrarse a través de su garganta de lobo—. ¿Qué es?

—Cantor Real de Ekdol —respondió Lars fríamente.

—Es hermoso. Tenemos cantores en Xyletia. Ninguno tan hermoso como este. Y ninguno ni remotamente tan hermoso como los de Adosh. Se reunían en los árboles cerca de mi casa de la infancia. Plumas de arcoíris brillantes que cambiaban de color con la luz del sol. Phoenix y yo los observábamos durante horas.

Lars no dijo nada. Los dos hermanos no parecían del tipo que observara pájaros en silencio. Más bien del tipo que les arroja piedras o los derriba de las ramas con armas.

Griffin asintió con la cabeza hacia el cantor. —¿Es un pájaro raro en Ekdol?

Lars seguía guardando silencio.

—Bueno, ¿qué? Responde a mi pregunta cuando te hablo, Lars —ladró Griffin. El pájaro revoloteó fuera de la rama y desapareció en el bosque. Lars retrocedió ligeramente.

—¿Qué te pasa? —preguntó Griffin, mostrando sus colmillos.

—Me asusta —dijo vacilante.

—Bien. Un Omega debe temer a su Alfa.

Lars apartó la mirada, bajando la cabeza sobre sus patas. Exhaló bruscamente, levantando una pequeña nube de polvo. Podía sentir la mirada de Griffin sobre él, esos malditos ojos de brasas ardientes. Odiaba cómo su cuerpo reaccionaba ante ellos.

—Yo... lo siento. No era mi intención asustar al pájaro.

Volvió a mirar a Griffin, sorprendido. Era la primera vez que el Alfa se disculpaba, que usaba ese tipo de voz con él.

—¿Solo al pájaro, entonces? —preguntó Lars.

Griffin ladró de nuevo, esta vez con desdén. —¿Esperas que me disculpe por eso también?

—Si soy tu Omega, esperaría ser tratado con... quizás algo de dignidad. Soy más un esclavo para ustedes dos que una pareja.

—Me complace oír que reconoces lo que eres —dijo Griffin.

—¿Tu esclavo?

—No. Nuestro Omega. Es bueno oír que lo aceptas.

—No es que lo acepte. La marca fue hecha, ¿qué otra opción tengo en el asunto? Soy tu prisionero.

—Juegas un papel muy importante —dijo Griffin—. Eres importante.

—Porque voy a dar a luz al heredero de uno de ustedes —respondió Lars. Lo había escuchado suficiente—. Y aun así ninguno de ustedes me dice más que eso.

—No hay nada más que necesites saber. No en este momento. Pero lo descubrirás.

Esta era la vez que cualquiera de ellos había hablado más abiertamente con él. Lars aprovechó la oportunidad para hacer otra pregunta, la que había estado pesando en su mente.

—Entonces, después de que quede embarazado, después de que dé a luz... ¿Qué pasará conmigo? ¿Seguiré siendo su prisionero?

Griffin se levantó.

—Eso está por determinarse. Sígueme. Volvemos a la tienda. Phoenix será transferido al pueblo y tú irás con él esta noche.

—¿Usted no viene? —preguntó Lars.

—Estaré allí en un día. No te preocupes.

—No lo estoy —murmuró, sintiéndose inmediatamente asqueado consigo mismo. Había preguntado porque si Griffin no estuviera cerca, significaba que no podría ser satisfecho. El zumbido crecería y crecería hasta que doliera, amenazando con desmoronarlo desde adentro. Ninguno de los hermanos lo tomaría sin que el otro estuviera presente, y él *necesitaba* su sexo.

———

Aunque la bandera xyletiana ondeaba por toda Estria, todo era tan ekdoliano como lo había sido antes de la invasión. La arquitectura, la decoración, los muebles... Su habitación sobre el salón de banquetes estaba ricamente decorada, como era de esperar de los alojamientos para dignatarios y visitantes reales, y por primera vez en semanas, Lars se encontró en un lugar verdaderamente familiar. Se sentía como si pudiera haber sido una habitación en el palacio. Los muebles estaban tallados con los mismos motivos ornamentados que veía en las habitaciones de las residencias reales. Incluso las cortinas parecían ser las mismas, con sus intrincados encajes. Y las sábanas, estaban hechas de seda ekdoliana, la misma que había tenido en su propio dormitorio.

Nada de eso le brindaba consuelo. Solo servía para recordarle el mundo que una vez fue y que ya no existía. Estaba en Ekdol; esta era su gente y no estaba haciendo nada para ayudarlos. Pero, ¿qué podía hacer?

¿Cómo podría escapar de esto?

El miembro de Phoenix palpitaba en la mano de Lars mientras lo acariciaba, señalando su inminente final. El Alfa rugió y empujó su miembro de vuelta a la boca de Lars, donde derramó su semilla caliente por su garganta. Lars la tragó, y se derrumbó hacia atrás cuando Phoenix se apartó, su miembro aún goteando semen. Lars se hundió en el suelo, jadeando por aire.

—Me temo que no obtendrás más que eso hasta que Griffin regrese —dijo Phoenix, caminando hacia la ventana. Abrió las persianas y la luz del sol inundó su cuerpo desnudo, llenando la habitación.

—Lo sé —tosió Lars. El sabor del semen de su Alfa persistía en su boca, y se encontró

lamiéndose los labios.

—Toma —gruñó Phoenix. Lars levantó la mirada y vio que el hombre le ofrecía un vaso de agua.

—No lo necesito —dijo Lars, apartándose.

Phoenix lo miró de reojo y bebió el agua él mismo.

—Bien. Disfrutas mi sabor.

Lars ignoró el comentario y se acercó a la ventana. En la calle de abajo, una fila de personas esperaba para recoger raciones mientras soldados en forma humana y de lobo patrullaban. Lars observó cómo los lobos se tomaban su tiempo para detenerse e investigar a personas al azar, invadiendo bolsos y chaquetas con sus narices.

—¿Qué están haciendo? —preguntó.

—Buscando contrabando —dijo Phoenix.

Lars contuvo la respiración sorprendido al sentir los brazos del Alfa deslizarse alrededor de su cuerpo y su rostro presionarse en el lugar de su cuello donde Griffin lo había mordido. Podía sentir el miembro de Phoenix contra él, provocándolo.

—Puedo oler tu deseo por mí —gruñó en el oído de Lars—. Por nosotros.

Lars cerró los ojos. Su miedo a Phoenix estaba en un nivel diferente al de Griffin. Era impredecible y no parecía tener ni una pizca de compasión en él. Todo lo que Lars podía hacer era dejarse llevar, flotar lejos.

Phoenix lo soltó y se alejó. Lars liberó el aliento que había estado conteniendo y tocó su cuello donde los labios del hombre habían estado.

—Necesito irme —dijo Phoenix. Lars no se apartó de la ventana, mirando fijamente la bandera xyletiana que ondeaba en los aleros del edificio al otro lado de la calle. Escuchó al Alfa moverse por la habitación y el crujido de la ropa mientras se vestía.

Esta habitación sería otra prisión. ¿Cuántas experimentaría?

Los pasos pesados de Phoenix se acercaron de nuevo, y Lars se preparó para lo que pudiera venir. Sintió la suave caída de tela sobre sus hombros, y cuando miró hacia abajo se sorprendió al ver que Phoenix le había dado un abrigo. Era una prenda bien hecha, nada parecido al sombrío uniforme de sirviente que había sido su única vestimenta.

—Toma esto —dijo Phoenix—. Hay más en el armario.

—¿Para qué? —preguntó Lars.

—Siento tu apatía. Necesitarás ropa adecuada para salir y estirar las piernas.

—¿Afuera? ¿Te refieres a... allá afuera?

—¿Dónde más? Si te quedas encerrado en estas habitaciones, no hay manera de que estés en condiciones de darnos el hijo fuerte que necesitamos.

—¿Debo ir solo?

—No puedo estar siempre cerca. Por supuesto, solo. O puedes quedarte encerrado aquí. Es tu elección.

Lars estaba atónito, inseguro de si Phoenix solo le estaba tomando el pelo.

—¿Y si huyo?

La risa del Alfa resonó, haciendo que Lars se sonrojara de vergüenza. Phoenix terminó de abrocharse el cinturón. Sacó la vara desactivadora y la probó antes de deslizarla en su funda. El chisporroteo de electricidad púrpura que momentáneamente salió del extremo hizo que Lars saltara.

—Si huyes, te encontraré. Te encontraré sin importar a dónde vayas. *Siempre* seré capaz de encontrar tu aroma, Omega. Pero no huirás. No puedes irte. Ambos sabemos lo que necesitas, y sé que solo se ha vuelto más fuerte —se puso el abrigo y se dirigió a la puerta—. Sal afuera. O no. Puedes tomar esa decisión. Pero no siempre tendrás tanta autonomía. Pero una cosa: si le dices tu verdadero nombre a alguien... ni Griffin ni yo podremos detener lo que te pueda pasar.

Luego se fue, cerrando la puerta de un portazo detrás de él.

Lars permaneció inmóvil por un tiempo, con el corazón acelerado. Estaba esperando que algo sucediera, que Phoenix volviera a entrar de repente. Nada ocurrió. Caminó hacia la puerta y probó la manija. Estaba abierta.

Dentro del armario había varios atuendos, nada extravagante, pero ropa real. Y todos parecían estar empapados con el aroma de Phoenix; cada pieza que sacaba olía como si hubiera estado en contacto con el cuerpo del Alfa. Tal vez esa era su forma de recordarle a Lars a quién pertenecía.

Se cambió la ropa gris de sirviente y se puso unos pantalones de lana, una camisa roja de tejido de punto y el abrigo que Phoenix había puesto sobre sus hombros. Luego volvió a la puerta.

Después de debatirlo un poco, la abrió. ¿Sería castigado por esto?

No, Phoenix le había dado permiso para salir. Tan impredecible como era, tan horrible como podía ser, Phoenix nunca había mentido. Ambos hermanos siempre cumplían su palabra y siempre hablaban con claridad. Le preocupaba descubrir un lado aún más sádico de Phoenix, pero la idea de recuperar aunque fuera una pizca de su libertad superaba al miedo.

Salió al pasillo. Cuando bajó las escaleras, pasó junto a soldados que no le prestaron atención. Nadie venía tras él para detenerlo, nadie lo vigilaba. Atravesó el vestíbulo del salón de banquetes, que estaba decorado a ambos lados con estandartes y banderas xyletinas, dirigiéndose hacia las puertas dobles de la entrada. Pronto pasó también por ellas, la última barrera. Escuchó el sonido y el bullicio de la calle y sintió el cálido aire de la tarde en su rostro. Estaba afuera.

Se apresuró por la ciudad, manteniendo la cabeza baja y oculta de los grupos de soldados que pasaban. Se mezclaría entre la multitud y dejaría la ciudad para ser libre. Podría ir lejos, a algún lugar fuera del alcance del Imperio. Había países al oeste, al otro lado del océano, que no habían sido tocados por la guerra. Podría ir allí. Los hermanos no podrían encontrarlo.

Un camión que pasaba dio un volantazo y tocó la bocina, evitando por poco a Lars cuando este pisó la calle. Tropezó hacia atrás y casi se cayó sobre un lobo vagabundo que caminaba detrás de él, con un saco de pertenencias atado a su espalda.

—Fíjate por dónde demonios vas —gruñó el lobo.

—Me disculpo —dijo Lars rápidamente, retrocediendo hacia la seguridad de la acera. Nunca antes había caminado solo por una calle. De hecho, nunca había caminado por una calle en absoluto. Las veces que había viajado por la capital siempre había sido en un convoy de vehículos, con escolta. Las calles siempre habían estado tan vacías, y nunca se había molestado en preguntarse por qué.

Intentó recordar el camino por el que habían entrado a la ciudad, pero rápidamente se dio cuenta de que estaba fuera de su elemento. No sabía cómo orientarse. Así que caminó en línea recta, siguiendo el escaso tráfico de personas y lobos que caminaban en la misma dirección.

Un sentimiento abrumador de curiosidad se apoderó de él. Estos eran los ciudadanos de Ekdol, *su* gente. Había oído hablar de ellos toda su vida y nunca antes había conocido a un ekdoliano de clase común. Quería hablar con ellos. Conocer a las personas que ocupaban tanto su corazón y su mente.

—Disculpe —le dijo a una mujer mayor que llevaba un gran baúl bajo un brazo.

—Sí, podría usar algo de ayuda —respondió ella, suspirando aliviada—. Por los sabuesos del infierno, empezaba a preguntarme si alguien tendría la cortesía de ayudar a una anciana.

—Ah...

Ella dejó caer el baúl en el suelo.

—Eres un joven amable. Una raza rara en estos días.

Lars no había tenido la intención de ofrecerse a cargar su equipaje, pero lo hizo de todos modos. Sus ojos se abrieron de par en par cuando levantó la bolsa; la cosa parecía contener todo lo que ella poseía.

—Solo voy hacia el punto de control —dijo ella—. Si puedes ayudarme hasta donde vayas en esa dirección, te lo agradezco mucho.

—Yo también voy allí —dijo él.

—Bueno, perfecto.

—¿Conoce el camino?

Ella rio.

—Bueno, eso espero. Sería terrible si olvidara cómo salir de un pueblo con una sola calle principal.

—¿Está dejando Estria? —preguntó él.

—En efecto. Podría haber oportunidades para un joven como tú... —Se detuvo y olfateó—. ¿Eres un Alfa o un Beta? Mis sentidos se han debilitado y no puedo distinguirlo tan fácilmente estos días.

—Eh... un Beta —dijo él.

—Bueno, hay muchos Alfas llegando ahora que el Imperio está en control. No es tan bueno para una vieja Beta como yo. Esta Estria ya no es el lugar pacífico que una vez fue, como seguramente sabes. Pero de nuevo, tal vez en todas partes de Ekdol sea igual ahora.

—Yo también me voy —dijo Lars. Sentía como si estuviera tratando de convencerse a sí mismo.

—¿A dónde te diriges?

—Fuera del país —respondió, sintiéndose extraño.

—¿Tiene usted autorización? —preguntó ella.

—¿Autorización?

—Estaba en la transmisión informativa. Han cerrado las fronteras. Nadie entra ni sale sin una autorización especial.

¿Autorización? ¿Qué tipo de autorización necesitaría? ¿Realmente podría seguir adelante con esto?

Llegaron al punto de control, que estaba congestionado con una fila de personas esperando para pasar. Los guardias dieron paso a un convoy de camiones xyletianos, y soldados en forma de lobo inspeccionaban a quienes salían. Se tensó cuando dos guardias lobo se acercaron por la

fila, olfateando el suelo. Se detuvieron un momento frente a él, alzando sus hocicos al aire. Lars se ajustó el abrigo, esperando que el olor de Phoenix ocultara adecuadamente que era un Omega. No quería llamar la atención extra. Obviamente, no había pensado bien este plan. Los lobos continuaron su camino.

Él y la mujer se acercaron al frente de la fila. Ella metió la mano en su chaqueta y sacó un fajo de papeles, y cuando llegaron al oficial de inspección, este extendió su mano.

—Papeles, por favor —exigió, y ella se los entregó. El oficial se volvió hacia Lars—. Baje el equipaje y tenga sus papeles listos. ¿Algún equipaje, señora?

—Solo el que lleva mi amigo aquí. Puedes dejarlo en el suelo, joven.

Lars se quedó paralizado. Observó cómo el oficial desplegaba los papeles de la mujer. Estaban marcados como identificación, con una fotografía de ella, huellas dactilares, una marca de pata y una señal amarilla que indicaba su estatus de Beta.

—Ah... Necesito... —Lentamente bajó el baúl—. Olvidé mis...

Cuando nadie le prestaba atención, abandonó la fila. Caminó rápidamente, rezando para que el oficial no enviara a alguien tras él.

Estúpido.

¿Cómo podría irse? Se sentía estúpido por pensar que sería posible. No tenía forma de navegar este mundo; apenas podía encontrar el camino a la frontera de un pueblo de una sola calle. No tenía protección, ni escoltas, ni poder. Era un Omega, y llevaba la marca de olor permanente de los hermanos Greer. Eventualmente, alguien lo descubriría, si no era secuestrado antes. Era un tonto ingenuo al pensar que sería tan fácil.

Rápidamente se metió en una calle lateral, necesitando calmar su corazón acelerado. Se asomó de vuelta por la esquina y se sintió aliviado al ver que nadie lo seguía.

La peor verdad era que Phoenix tenía razón. Por supuesto que la tenía. Incluso si de alguna manera hubiera logrado salir del pueblo, llegar a kilómetros de aquí, habría terminado enfermando por los dos Alfas. Su cuerpo nunca le permitiría dejarlos. Su cuerpo siempre estaría atado al de ellos, sin importar cuánto su mente tratara de alejarse y protegerse. Realmente estaba indefenso. ¿Cómo esperaba ayudar al pueblo ekdoliano? ¿Qué podría haber hecho realmente? Ni

siquiera podía salvarse a sí mismo.

Se negó a llorar, aunque estaba a punto de estallar. Era doloroso, pero al menos era una decisión que aún podía tomar por sí mismo.

Cuando sus nervios se calmaron, Lars regresó al camino para volver al edificio del banquete. Sentía como si una capa de piedra se hubiera asentado alrededor de su corazón, envolviéndolo. Se preguntó qué habría pasado si nunca hubiera sido capturado por los hermanos Greer en primer lugar, y se dio cuenta de que la situación probablemente no habría sido tan diferente. Le habían dicho que la zona neutral había sido comprometida, que Xyletia ya controlaba el gobierno allí. Quizás su destino siempre había sido permanecer en las sombras, encerrado para existir como poco más que un criador para cualquier Alfa de alta cuna que lo hubiera reclamado para legitimar su derecho al trono de Ekdol. Tal vez habría sido lo mismo incluso si Ekdol nunca hubiera sido invadido.

—¡Me dijeron que podría obtener una porción más de ración! Por favor, mi madre necesita esto... —Un joven se mantenía desafiante frente a un grupo de soldados que operaban un carro de raciones de alimentos. Sostenía un paquete de raciones bajo el brazo y agitaba un fajo de papeles de identificación con la otra mano. Lars disminuyó el paso al pasar.

—Entonces tu madre debería estar aquí —dijo el soldado—. Muévete, chico.

—Está enferma. ¡Tengo sus papeles aquí! ¡Dijeron que podría recoger otra ración si tenía sus papeles!

—¡Cállate de una vez y lárgate, te dije! —El soldado se giró y golpeó al chico en el costado de la cabeza con el dorso de su mano. El muchacho trastabilló y cayó al suelo, soltando su paquete que se abrió, esparciendo galletas de ración secas por las piedras. Gimió y se apresuró a recogerlas, pero uno de los soldados le aplastó el costado con su bota. Rodó sobre sí mismo, tosiendo. Los soldados procedieron entonces a aplastar las galletas hasta convertirlas en polvo con sus talones. La fila de personas fingió no ver, cada uno recogiendo sus paquetes y alejándose rápidamente.

El chico se agarró el estómago con lágrimas en los ojos y se movió para recoger lo que pudiera salvar de las raciones pulverizadas mientras los soldados observaban, burlándose.

Lars no pudo contener su ira. Esta era su gente, a quienes se suponía que debía apoyar y proteger. No podía simplemente dejar que esto sucediera. Tal vez no tenía poder para hacer nada

al respecto, pero no estaba pensando en eso ahora. Avanzó, reaccionando sin pensar.

—Denle a este niño lo que necesita —exigió, poniéndose entre el chico y los guardias—. No tienen derecho a negárselo.

Los guardias se rieron. —Lárgate, a menos que quieras que te derribemos.

—No lo haré —dijo, alzando la voz—. Dos paquetes de raciones para este chico, *ahora*.

—Escúchenlo —dijo el guardia líder—. ¿Quién se cree que es? ¿El Emperador?

La gente ahora observaba, hablando en voz baja entre ellos. Se estaba formando una multitud. Algunos parecían asustados, pero otros estaban enojados. Todos habían sufrido por la invasión, y ahora que alguien estaba alzando la voz, sus frustraciones estaban saliendo a la superficie, envalentonados.

—Soy ekdoliano —dijo—. Al igual que cada persona que está aquí conmigo. Ahora, alimenten a este niño y a su madre, o esta transgresión será llevada ante el Comandante Phoenix Greer. —Odiaba invocar al Alfa, pero no se le ocurría otra manera de ayudar al niño.

Los soldados se miraron entre sí, indecisos, pero el líder simplemente se rio. —¿Por qué un Comandante te escucharía a ti? —Era solo un soldado común, no uno de los Colmillos Feroces. Puede que nunca hubiera encontrado a Phoenix en persona antes.

La multitud creció, llenándose de rostros enojados.

—¡Denle los paquetes! —gritó alguien.

—¡Silencio! —gritó el soldado líder, sacando su pistola.

Lars buscó en lo profundo de su mente y llamó a su forma de lobo. Estaba listo para transformarse, para atacar y defender a estas personas con su vida si fuera necesario.

—Oye —dijo uno de los otros soldados, poniendo frenéticamente su mano en el brazo del líder—. Esto no es bueno.

El soldado líder pareció finalmente darse cuenta de que la situación se estaba saliendo rápidamente de control. Apretando los dientes, hizo un gesto a los dos soldados que distribuían

las raciones. Estaban con los ojos muy abiertos, sus manos flotando sobre sus fundas. —Denle lo que necesita —gruñó—. Apúrense.

Sacaron dos paquetes de su camión y se los dieron al niño.

—Recuerden la misericordia del Imperio —gritó el soldado líder, enfundando su pistola—. Todos vuelvan a sus asuntos.

Lars se apresuró a alejarse, sumergiéndose en la multitud. Estaba conmocionado por la experiencia, pero se sentía animado. Puede que no tuviera la fuerza para hacer mucho, pero al menos la voluntad de ayudar a su gente no había sido comprometida por el miedo y la duda.

Se acercaba al salón de banquetes cuando de repente se encontró rodeado por tres soldados lobo, dos flanqueándolo a ambos lados y uno cerrándole el paso por detrás. —Vendrás con nosotros —dijo el de su derecha; era el soldado de la fila de raciones—. No intentes huir.

Lo empujaron por una calle lateral vacía y volvieron a su forma humana. Lars abrió la boca para protestar, pero no pudo pronunciar una sola palabra antes de ser golpeado en la cara por el puño del líder. Cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza contra los adoquines. Su visión se convirtió en un campo de estrellas antes de dar paso a la vista de un talón de bota que se acercaba. Intentó concentrarse lo suficiente para sacar a relucir su forma de lobo, para al menos tener algún tipo de oportunidad de defenderse, pero inmediatamente se encontró con el extremo de una vara de des-transformación. La energía atravesó su cuerpo, enviándolo a convulsiones. Uno de los soldados lo pateó en el estómago, sacándole el aire de los pulmones. Tosió y escupió y finalmente vomitó. Sus intentos de protegerse fueron en vano. Pronto, fue incapaz de hacer nada en absoluto.

¿Lo matarían? ¿Iba a morir aquí?

En el delirio del momento, encontró que su mente llamaba a sus Alfas. Debía ser un mecanismo de defensa automático, porque nunca habría querido recurrir a esos dos en busca de ayuda. Pero ahora todo lo que podía ver era a ellos.

Todo lo que veía estaba encapsulado en un túnel oscuro que se estrechaba lentamente en el centro, como un iris que se cerraba. Vio aparecer una figura oscura al final de la calle, solo una silueta. *¿Era ese...?*

—Disculpen —dijo una voz distante y resonante—. Pero voy a tener que pedirles a todos que

se detengan.

—Date la vuelta y ocúpate de tus asuntos, ciudadano —ladró uno de los soldados.

El hombre se acercó, y en la bruma de su visión empapada de sangre, Lars vio que no era quien esperaba. El Alfa era un extraño. Estaba vestido con un traje bien confeccionado y llevaba una sonrisa juguetona en su apuesto rostro. —No me gusta lo que estoy viendo aquí.

—Lo lamentarás si no te largas de aquí.

—Me temo que no puedo hacer eso, señor. Y me temo que no puedo simplemente ignorar esto sin llevarlo a la atención de sus superiores durante la reunión de esta noche. No, creo que serán ustedes tres los que lo lamentarán. No puedo esperar que a su comandante le agrade saber que tres de sus hombres han golpeado a su compañero casi hasta la muerte.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—¿Seguramente sabían quién era este Omega antes de poner sus botas sobre él?

Los soldados no dijeron nada.

—No me digan que ni siquiera se dieron cuenta de que era un Omega. ¿Qué pensaría su emperador? Destruyendo propiedad del Imperio.

—¿Quién eres tú, de todos modos? —preguntó el líder, con un deje de miedo en su voz.

Fue en ese momento que la oscuridad envolvió a Lars, arrastrándolo al pozo negro de la inconsciencia.

Seis

La consciencia llegó en oleadas. Lars escuchaba la voz atronadora del Alfa, furiosa y exigente, aunque no podía entender de qué gritaba, o simplemente era incapaz de retener los recuerdos. Vio el rostro preocupado del extraño que lo había defendido.

Podía sentir la presencia de Phoenix y su tacto. Lo alcanzaba, encontrándolo en la oscuridad como un rayo de luz solar ardiente que atraviesa aguas turbias. Lars lo vio sentado junto a su cama, con la mirada de Phoenix fija en él como un guardia vigilante.

Despidió con impaciencia a los sanadores que atendían a Lars tan pronto como terminaron con sus tareas básicas, sin querer que nadie estuviera cerca de su Omega más tiempo del necesario. Insistió en que él sería quien cambiaría sus vendajes; nadie debía tocar a Lars excepto él. Aplicó los ungüentos curativos él mismo, maldiciendo por lo bajo por haber permitido que esto sucediera.

Lars lo escuchaba y sentía todo, aunque nada de ello realmente se quedaba. Todo lo que sabía era la sensación de seguridad cuando Phoenix estaba allí, como una manta cálida en un día frío. Luego sintió la presencia de Griffin y supo que él también estaba allí. Su cuerpo reaccionó inmediatamente, como si de repente estuviera conectado a una fuente de energía curativa. Podía oír el trino vacilante de un zorzal real.

¿Dónde estaba*?*

La neblina que rodeaba su mente comenzó a disiparse. Y por un breve momento, cuando recuperó completamente la consciencia, pensó que estaba de vuelta en su habitación de la residencia real. Luego la ilusión se desvaneció rápidamente y la realidad lo saludó. Estaba en la cama de la suite VIP del salón de banquetes.

Haciendo una mueca, levantó lentamente la cabeza. La primera capa de cortinas finas estaba

parcialmente cerrada para difuminar la brillante luz del sol, pero la ventana estaba entreabierta y ondeaban suavemente con la brisa fresca. Oyó de nuevo el sonido del zorzal. Logró incorporarse. Griffin estaba de pie junto a la ventana, con las manos entrelazadas detrás de la espalda. A su lado, dentro de una gran jaula, había un brillante zorzal real azul.

El Alfa se giró, sintiendo que había despertado.

—Lars —dijo, acercándose para arrodillarse junto a su cama—. ¿Cómo te sientes?

—¿Qué pasó? —preguntó Lars débilmente. La lucidez completa aún no había regresado.

—Tres soldados xyletianos te golpearon brutalmente —dijo Griffin. Un destello de furia cruzó su rostro—. El embajador Longfang lo presenció todo, incluida la situación con las raciones.

—Tu ejército está lleno de bestias salvajes —murmuró Lars—. No tienen control. Me duele saber que esto está sucediendo en todo Ekdol. En todo el mundo.

—No hay lugar para tal comportamiento en mi ejército —dijo con gravedad—. Mi hermano está de acuerdo. Te prometo que esto no siempre será así.

Lars se rio y se apartó, un dolor agudo le atravesó el pecho por el esfuerzo.

—Eso no me consuela.

Griffin usó el dorso de su mano para acariciarlo, rozando suavemente el cabello y el hombro de Lars de una manera que se sentía sorprendentemente afectuosa, y eso hizo que Lars se quedara inmóvil. Su cuerpo quería abrirse a Griffin, derretirse en su toque y empaparse de cada momento, pero su mente y corazón estaban confundidos por la sospecha.

¿Afecto? No podía ser. E incluso si lo fuera, él no *querría* recibir afecto de ese hombre. O, al menos no debería quererlo.

Griffin dejó la cabecera de la cama y regresó a la ventana.

—Te alegrará saber que se ha hecho un ejemplo con ellos. Yo mismo jalé el gatillo.

—No me alegra —dijo Lars, pero era una mentira. Lo llenaba de un regocijo enfermizo que

no había conocido antes—. Parece que disfrutas asesinando a tus propios hombres.

—No dudaré en impartir justicia a quienes lo merezcan. Ni dejaré de recompensar a quienes demuestren su lealtad. —Griffin parecía una estatua. Le recordaba a Lars una de esas estatuas imponentes que solía admirar en el Salón de los Héroes. Dominante. Poderoso. Intenso—. Te traje esto —dijo—. Un Zorzal Real de Ekdol.

Griffin acercó la jaula a la cabecera de la cama de Lars. El pájaro saltaba en la percha, acicalando sus plumas de zafiro.

—¿Por qué? —preguntó Lars, genuinamente perplejo por este regalo.

—Eres mi Omega —dijo Griffin simplemente.

La puerta se abrió y Phoenix irrumpió, llenando la habitación con su energía ferviente. El zorzal, asustado, revoloteó por la jaula.

—Este fue mi error —dijo Phoenix—. Nunca debí dejarte fuera de mi vista.

El tono de Griffin era calmo y parejo.

—Hermano... Deberías...

—No, Griffin. Nunca debería habérsele permitido salir. Te dije que no era prudente, ¿y mira lo que pasó? Casi lo *matan*. —Sus ojos estaban llenos de fuego. Cruzó la habitación y pateó la puerta, cerrándola de golpe y tirando un cuadro de la pared en el proceso. Cayó al suelo, el cristal rompiéndose fuera del marco. Lars observó la rabia de Phoenix con una mezcla de asombro y ligero terror.

—Phoenix —dijo Griffin.

—Los resucitaría para matarlos otra vez. Los castigaría por toda la eternidad por lo que le hicieron a nuestro Omega. ¿Acaso no estás enfadado? Nunca más se apartará de mi vista. Él *jamás*...

—*Phoenix* —retumbó Griffin. No estaba gritando, pero su voz llenó la habitación, dominándolo todo. Esto pareció devolver a Phoenix a la realidad. Balbuceó, incapaz de pronunciar más palabras.

—Esto no es culpa tuya —dijo Griffin, suavizando su voz—. Ni tampoco suya. No te castigues, ni lo castigues a él. No es nuestro prisionero, es nuestro Omega.

Phoenix se enfureció, caminando de un lado a otro. —Me disculpo, hermano —dijo—. No era mi lugar alzar la voz contra ti.

Griffin asintió.

Lars estaba atónito ante la muestra de humildad que estaba presenciando: la forma en que Phoenix inclinaba ligeramente la rodilla y la cabeza ante Griffin en señal de sumisión. Al ser de un rango superior, el equilibrio de poder siempre parecía fluir en dirección a Phoenix, al menos según la observación de Lars. Luego, para hacer las cosas aún más confusas, Phoenix se volvió hacia Lars. —Nunca más permitiré que nadie te haga daño. Perdóname por no haberte protegido.

Solo pudo responder con un asentimiento.

—Llamaré a alguien para que limpie este desastre —dijo Phoenix. Antes de salir de la habitación, se detuvo y dijo—: Me alegro de que estés bien, Lars.

—Mi hermano tiene la costumbre de dejar destrucción a su paso —dijo Griffin—. Le ha servido bien en su carrera.

Griffin sirvió un vaso de agua de una jarra de acero y se lo llevó a Lars, sentándose a su lado en la cama. Cuando Lars intentó beber, derramó agua sobre su pecho. Estaba atónito: el Alpha había usado su nombre.

Sonó un golpe en la puerta. —Adelante —dijo Griffin.

Lars reconoció inmediatamente al hombre que entró, aunque no sabía su nombre. Era alto y delgado, con un rostro anguloso y atractivo, de apariencia suave y cuidada que sugería aristocracia. —Buenos días, Coronel. Escuché algo de conmoción desde mi habitación y quería asegurarme de que todo estuviera bien. —Se percató del cristal roto en el suelo. Luego sus ojos se posaron en Lars y se iluminó—. ¡Ah! Lars. Estás despierto. Me alivia saber que te estás recuperando bien. Estabas en mal estado cuando te traje aquí. Te encontrabas muy mal.

—Embajador Longfang —dijo Griffin, asintiendo—. Buenos días.

—Usted detuvo a esos soldados —dijo Lars, esforzándose por incorporarse más.

—Por favor —respondió, levantando la mano—. No te esfuerces. Mi nombre es Pym Longfang. Soy un embajador de Ete.

—Ete —repitió Lars.

—Mm. ¿Estás familiarizado con él?

—Sí. Ha venido desde muy lejos. Gracias por salvarme la vida, señor Longfang.

—Me alivia haber estado en el lugar correcto en el momento adecuado, solo desearía haber llegado antes. Te reconocí como el compañero del buen Comandante y el Coronel. Verás, me estoy hospedando en la habitación a dos puertas de distancia. Presencié el final de tu heroísmo con el joven. Admirable, señor, que arriesgaras el cuello por esta gente.

—Bueno, son mi gente —dijo Lars. Captó un destello en los ojos de Griffin y deseó haber contenido su lengua, pero se le había escapado.

—Oh. ¿Eres ekdoliano? —No sonaba sorprendido—. Quizás no sea mi lugar preguntar, pero ¿dónde conociste al Comandante y al Coronel? Un emparejamiento dual es bastante raro, ¿no es así?

—Tienes razón —dijo Griffin—. No es tu lugar preguntar.

Pym asintió. —Mis disculpas, no pretendía ofender. —Tomó la mano de Lars y la estrechó —. Me alegra mucho ver que estás bien, Lars. Que tengan un buen día ambos.

Lars observó al hombre marcharse. Con su carismática jovialidad, Pym era el completo opuesto de los dos hermanos. Le recordaba a Lars los Alphas sobre los que había leído en su juventud, los príncipes encantadores de los cuentos que habían ocupado sus fantasías durante las tranquilas noches en la extensa biblioteca de la residencia real, y más tarde por la noche en su dormitorio.

¿Podría Griffin detectar sus pensamientos erráticos? El Alpha lo miraba fijamente, su ardiente mirada capturando a Lars como un imán. Podía sentir su cuerpo reaccionando, su piel volviéndose húmeda y hormigueante mientras pensamientos sobre el tacto de Griffin llenaban su mente. Era hipnótico, la forma en que todo parecía oscurecerse excepto sus ojos. *Esos ojos...*

Ambos hermanos tenían una manera de mirarlo que podía causar instantáneamente que los pensamientos más oscuros y lascivos se apoderaran de su imaginación. Estaba sucediendo ahora, como si estuviera usando algún poder silencioso para recordarle a Lars quién era dueño de su cuerpo y alma, que *ellos* eran sus Alphas y siempre lo serían.

Se sentía embelesado. No podía apartar la mirada, aunque quisiera. Su corazón se aceleró, haciendo que su respiración se agitara. Sintió la sangre corriendo hacia abajo, hinchando su miembro y haciéndolo gotear. Solo había dolor cuando intentaba mover su cuerpo golpeado, pero eso no le impedía desear que Griffin y Phoenix estuvieran dentro de él.

Griffin apartó la mirada y su control sobre Lars se desvaneció, dejándolo sudoroso.

La luz brillante del sol llenó la habitación cuando Griffin corrió las cortinas. —¿Tienes hambre? —preguntó.

Lars tragó el nudo en su garganta. El zumbido había comenzado de nuevo.

Sí tenía hambre, pero no de comida. ¿Cómo podía el Alpha hacerle eso y luego fingir que nada había ocurrido?

—No —respondió Lars.

—Deberías comer. Necesitas recuperarte.

—Sabes que no quiero comida.

—¿Qué quieres? —El desgraciado lo estaba provocando.

Lars se mordió el interior de la boca con frustración, sin querer pronunciar las palabras.

La puerta se abrió. Era Phoenix, de vuelta con un asistente para limpiar el desastre. —Coronel —dijo.

—Señor —respondió Griffin, poniéndose firme. El tono había cambiado: el rango militar había tomado precedencia nuevamente.

—Nos necesitan abajo.

Griffin asintió, y los hermanos se dispusieron a salir. —Descansa —le dijo Phoenix a Lars—. Alguien vendrá periódicamente a ver cómo estás. —Luego desaparecieron de la habitación.

Lars se quedó sentado en la cama, mirando fijamente la puerta mientras se cerraba. La habitación quedó en silencio, salvo por el tintineo del vidrio mientras el asistente barría los fragmentos en un recogedor de madera.

No, no era afecto lo que sentían por él. Era solo su deseo de control.

———

Estaba adolorido y magullado, pero nada se había roto en el ataque, así que al día siguiente Lars ya podía levantarse de la cama y moverse. Se sentó junto a la ventana y observó al canario acicalarse. Era más joven que el que su madre había tenido una vez en el aviario; todavía conservaba algo del plumón luminiscente de un juvenil. Abrió la pequeña puerta de la jaula y metió la mano lentamente. Para su sorpresa y deleite, el pájaro saltó a su palma. No pesaba casi nada, sus pequeñas garras le pinchaban la piel.

Griffin y Phoenix estaban ocupados con sus deberes militares y apenas habían vuelto a la habitación, pero ambos le habían dicho a Lars que era libre de salir del edificio si lo deseaba. Esto tomó a Lars por sorpresa; había esperado que Phoenix quisiera mantenerlo bajo llave, o al menos bajo supervisión. Pero incluso con la capacidad de moverse libremente, Lars dudaba en hacerlo. Sus primeros pasos en el mundo sin que alguien lo manejara habían terminado en desastre, y lo había asustado. ¿Era este su destino? ¿No estaba destinado a vivir en libertad?

Pero después de reunir algo de valor, Lars decidió intentarlo de nuevo.

Salió de la habitación y caminó hacia el balcón que daba al atrio central del edificio. Se asomó por la barandilla, cinco pisos abajo hasta la planta baja. Un grupo de personas deambulaba por el vestíbulo, algún tipo de reunión oficial por la forma en que todos estaban vestidos. ¿Estarían Phoenix y Griffin allí abajo entre ellos? No podía imaginarlos soportando la compañía de burócratas y dignatarios.

Lars bajó las escaleras hasta el siguiente piso, cuyas paredes estaban adornadas con grandes y exquisitas pinturas al óleo de escenas épicas de la historia antigua y la mitología común de los cambiaformas. Caminó alrededor, mirando todas las obras de arte, cuando llegó a un espacio

vacío al final de la sala. Podía ver que faltaba una pintura; la pared estaba decolorada en la forma del marco que alguna vez colgó allí.

—Por orden del Imperio, todas las imágenes del antiguo partido gobernante deben ser destruidas.

Lars se dio la vuelta sorprendido. Pym Longfang estaba detrás de él, frotándose la barbilla mientras miraba el espacio en blanco en la pared. —Señor Longfang —dijo Lars.

—Lo siento. ¿Te asusté?

—No —dijo Lars, negando con la cabeza. Se volvió hacia la pared—. Entonces, quiere decir que la pintura que estaba aquí era de...

—En efecto. El rey y la reina de Ekdol, Sus Majestades Reales Anthy y Lionel Lyandri.

Su madre y su padre. Lars miró fijamente la pared, tratando de evocar sus rostros en su mente. Quizás era mejor que la pintura hubiera sido removida. No sabía si podría haber soportado verlos. Pero quería hacerlo. Los extrañaba, especialmente a su madre.

—Entonces, ¿todas las pinturas de la realeza ekdoliana fueron destruidas? —preguntó Lars.

—Eso es lo que dice la orden. Ha sido así desde el principio, desde que empezó esta locura hace medio siglo. Borrar el recuerdo del pasado de las mentes de la gente y asimilarlos lo más rápido posible. Afortunadamente, mi país está en posición de aliarse con el Imperio. Demasiado remoto para que una invasión sea deseable.

—No le gusta el Imperio —dijo Lars.

Pym sonrió. —¿Se nota? —Se llevó el dedo a los labios—. Shh. No se lo digas a tus compañeros.

Lars se rio, quizás por primera vez desde que el Imperio cruzó las tierras ekdolianas. —No te preocupes. Tu secreto está a salvo conmigo.

—He estado en una misión aquí durante la última semana y media —dijo Pym—. Estar atrapado en este edificio durante tantos días me puso inquieto. Hay muchas habitaciones aquí, algunas más ocultas que otras, pero me permití explorar lo que pude encontrar. —Se inclinó de

manera conspirativa—. Y tengo otro secreto que contarte. ¿Quieres saberlo?

Lars sintió que su corazón daba un salto. —No lo sé. ¿Quiero saberlo?

—Creo que sí.

—Entonces dímelo.

—La pintura no fue destruida. Al menos, no todavía. La encontré en una de las habitaciones de aquí.

Lars trató de ocultar su reacción. —¿Es así?

—¿Te gustaría verla?

—Sí —respondió sin dudar—. Sí, me gustaría verla.

Pym inclinó la cabeza. —Ven conmigo.

Llevó a Lars un piso más abajo, pasando junto a un par de soldados en el pasillo. No reconocieron a Pym, pero ambos se detuvieron y se pusieron firmes cuando Lars pasó junto a ellos, mostrándole el mismo respeto que a un oficial superior. Lars los miró desconcertado.

—Por aquí —dijo Pym, abriendo una puerta.

Lars se dio cuenta de por qué los soldados habían actuado así. Sabían quién era él, y le tenían miedo. O más bien, tenían miedo de lo que pasaría si hacían algo para molestar al compañero del Comandante y el Coronel. Tres hombres habían muerto por su causa.

De nuevo, esa extraña sensación surgió dentro de él, de poder oscuro y justo. Tres hombres estaban muertos, y sentía que lo merecían. Eso era lo que pasaba cuando dañabas a un príncipe. Y eso era lo que pasaba cuando dañabas al compañero de dos poderosos alfas.

La habitación en la que habían entrado parecía haber sido alguna vez una sala de reuniones que se había apropiado como área de almacenamiento general. Sillas de madera estaban esparcidas por todas partes, y había filas de cajas de raciones militares y suministros.

—Por aquí —Pym abrió otra puerta que conducía a una pequeña habitación oscura. Accionó

un interruptor y una tenue araña parpadeó. El interior estaba lleno de libros desparramados por el suelo, pilas de papeles y montones de obras de arte dañadas.

El cuadro destacó de inmediato, como si brillara entre el caos. Lars cruzó la habitación hasta donde estaba apoyado contra la pared y se agachó para mirar la imagen de su madre y su padre. Se cubrió la boca, tratando de contener un sollozo. Extendió la mano y tocó el lienzo. La piel pálida de su madre se veía exactamente como había sido en vida y en sus recuerdos, pero su cabello carecía de las mechas blancas que había tenido antes de morir. Su padre también parecía más joven, su frente sin las muchas arrugas y surcos que recordaba. Era una hermosa pintura, probablemente hecha antes de que Lars naciera. O...

Contuvo un respiro asombrado al ver lo que su madre tenía en la mano. El colgante, su colgante, uno y el mismo.

Era él. Al menos, estaba destinado a simbolizarlo. Debido a que lo habían mantenido oculto desde su nacimiento, en secreto, no podía aparecer físicamente en ninguno de los retratos e imágenes reales. Pero sus padres siempre habían intentado incluir algún tipo de referencia simbólica a él: un pájaro, una piedra blanca o, en este caso, el colgante que siempre llevaría, el símbolo de su linaje real.

El colgante que le habían arrebatado.

Antes de que Pym pudiera verlo, Lars rápidamente se limpió una lágrima de la comisura del ojo y se puso de pie.

—Es una pintura hermosa. Eran personas hermosas. Gracias por mostrármela.

—Por supuesto.

—Creo que... creo que volveré a mi habitación ahora.

—Ciertamente. Te acompañaré hasta el pasillo.

Lars echó una última mirada por encima del hombro a la pintura antes de que Pym apagara las luces.

Se sentó solo en su habitación, con el corazón latiéndole con fuerza mientras los rostros de sus padres ardían intensamente en su mente. Recordó su carga, su deber familiar, y sintió

zarcillos fríos arrastrándose dentro de su pecho, hundiéndolo en un profundo océano de impotencia.

Cuando los dos Alfas regresaron a la habitación, Lars hizo algo que nunca había hecho antes. No esperó a que lanzaran sus hechizos sobre él, que lo sedujeran con sus órdenes y su mesmerismo. Fue hacia ellos.

Los ojos de Phoenix brillaban con el fuego habitual, pero las llamas de su lengua se apagaron antes de que tuvieran la oportunidad de brotar. Lars se acercó a él, quitándole silenciosamente el abrigo al Alfa. Ahora era *su* mirada la que guiaba y dirigía, sus manos las que movían sus cuerpos y llevaban sus labios a los suyos. Sus sentimientos hacia sus captores no habían cambiado, pero al menos podía recuperar algo de control sobre su destino.

Lo llenaron una y otra vez, enterrando sus miembros profundamente en él, dejándolo sin aliento y pidiendo más.

Más.

Más.

Empujó a Griffin sobre la cama, tragándose el dolor que recorrió sus huesos magullados, y montó al Alfa. Apretó el miembro de Phoenix con su mano, tirando de él ávidamente hacia sus labios.

Él iba a decidir cómo sucedería esto.

Griffin rugió, sus músculos ondulando mientras otro orgasmo se apoderaba de su cuerpo y Lars exprimía cada gota de su miembro. Phoenix lo agarró por la cintura y lo arrancó de encima de Griffin, dándole la vuelta para ponerlo a cuatro patas. Cuando intentó montarlo, Lars dejó escapar un gruñido feroz, pateó hacia atrás con su pierna y lo golpeó en el muslo. Había sido una reacción completamente refleja, y por un segundo, esperó que la respuesta de Phoenix fuera violenta. Pero el Alfa pareció excitarse con ello. Sonrió y se mantuvo atrás como un depredador esperando el momento adecuado para atacar.

Y Lars, como una presa perfecta, presentó su vientre para el ataque. Se dio la vuelta sobre su espalda y se abrió para Phoenix, quien cargó hacia adelante y se hundió profundamente dentro de él.

Lars gruñó pidiendo más. Estaba descendiendo a un frenesí animalístico más salvaje y desenfrenado que cualquier cosa que hubiera experimentado antes.

Phoenix rugió al llegar al clímax, embistiendo una última vez. Cuando salió, su nudo rozó el punto interior de Lars y desencadenó su propio clímax explosivo. El miembro de Lars se sacudió, expulsando una línea de semen al aire que salpicó su propio pecho y la mejilla de Phoenix. El Alfa se lo limpió con dos dedos y los acercó a la boca de Lars. Este los abrió y los lamió hasta dejarlos limpios.

Se dijo a sí mismo que este entusiasmo no provenía del afecto por los Alfas. Venía de bajar la guardia, de finalmente permitirse entregarse completamente a su conexión primaria.

Después, se transformaron en forma de lobo y se acurrucaron en la cama, los dos Alfas enroscándose a su alrededor para formar una guarida protectora con sus cuerpos. El calor de su pelaje lo rodeaba, bañándolo en oleadas de su aroma saturado de feromonas.

———

En los días siguientes, Lars encontró el valor para salir del edificio y explorar Estria de nuevo. Al ser una ciudad de control, no había mucho que ver, solo algunos pequeños negocios, edificios oficiales y pequeñas cafeterías que atendían al tráfico de viajeros que entraban y salían de la capital.

Lars se encontró buscando cosas ekdolianas: el arte y los símbolos que el Imperio había pasado por alto al retirarlos en su apresurada toma de control del lugar. Esperaba encontrar más pinturas ocultas de su madre y su padre, más pequeños indicios de las cosas que fueron. Mientras pudiera seguir encontrando pedazos de su antigua vida, ya sea en el mundo que lo rodeaba o en su corazón, tal vez podría aceptar plenamente esta existencia.

Los soldados aún reaccionaban ante él con temor. Parecía que todos y cada uno de ellos conocían su rostro. Pero también notó que la gente del pueblo, los ciudadanos ekdolianos, también lo reconocían. La gente murmuraba sobre él, le hacía gestos con la cabeza, lo miraba con asombro. Se había corrido la voz sobre él, un Omega ekdoliano capturado por los perros demoníacos del Imperio que había defendido a un niño hambriento. ¿Acaso la gente caminaba ahora con la cabeza más alta? ¿Parecían tener un destello de confianza restaurada en sus ojos? Deseaba poder hacer más, pero si su presencia inspiraba algún tipo de confianza en su gente,

entonces estaba satisfecho con eso.

De vez en cuando se cruzaba con Pym Longfang en sus salidas diarias, a menudo sin intercambiar más que una sonrisa al pasar el uno junto al otro en el vestíbulo del salón de banquetes.

Un día, Lars salió de la habitación un poco más tarde de lo habitual por la mañana. Los hermanos lo habían devastado desde el momento en que se habían levantado, matando sus erecciones matutinas mediante el uso de sus agujeros. Había quedado completamente agotado y tuvo que tomarse unas horas para descansar después de que se fueran. Su cuerpo ya no sufría los intensos síntomas de abstinencia que había experimentado semanas atrás, pero descubrió que realmente extrañaba a los Alfas. Echaba de menos cuando lo llevaban a todas partes, manteniéndolo bajo su vigilancia como si fuera su mascota. Simplemente extrañaba su presencia.

Pero se negaba a hacerles esa petición. No cedería tanto. Si lo llenaban cada noche en el dormitorio y siempre lo dejaban goteando con tanta de su semilla que era una presencia constante dentro de su vientre, entonces eso sería suficiente para satisfacerlo.

Cuando salió de la habitación, encontró a Pym en el pasillo abriendo su puerta.

—Buenas tardes, señor Longfang —dijo al pasar junto a él. No sabía si era su imaginación, pero creyó sentir los ojos del hombre sobre él mientras caminaba, ¿o acaso deseaba que Pym lo mirara? ¿Esperaba atraer su atención?

—Oh, Lars —lo llamó Pym—. Justo iba a almorzar. ¿Estás ocupado? ¿Te gustaría acompañarme?

Lars se detuvo y se dio la vuelta. Se preguntó si el hombre podía oler el aroma de su Alfa en él. ¿Podría darse cuenta de que acababa de ser follado? ¿Que el semen de Phoenix y Griffin aún goteaba de su cuerpo?

—¿Es una buena idea? —preguntó Lars.

—¿Por qué no habría de serlo? Ambos necesitamos comer, bien podríamos hacerlo juntos. —Sonrió—. No te preocupes, sé quiénes son tus Alfas. Puedo cuidarme solo. Además, no hay nada de malo en una comida casual.

Lars lo pensó por un momento y luego asintió.

—Te esperaré aquí mismo.

Después de asearse en su habitación, Pym regresó y los dos subieron juntos a la cafetería.

El salón de banquetes recibía ese nombre debido al gran auditorio del edificio en el primer piso, donde se celebraban banquetes oficiales, reuniones y mítines. Fuera de esos eventos especiales, a los huéspedes alojados en el salón se les servían comidas de una pequeña cafetería y restaurante en el piso superior.

La sala estaba casi vacía, salvo por unos pocos funcionarios xyletianos sentados en una mesa que refunfuñaban sobre algún problema mientras bebían copas de vino tinto. Lars y Pym se sentaron en una mesa y comieron una modesta comida de gallina de caza asada con una guarnición de patatas hervidas y saladas. Incluso la comida había sido reemplazada para adaptarse al gusto xyletiano, eliminando las potentes especias por las que se conocía la cocina ekdoliana.

—Tus Alfas son ciertamente hombres reconocidos en Xyletia —dijo Pym—. Veo el respeto que imponen.

—¿Es respeto o es miedo? —preguntó Lars.

—Quizás ambos. Sus hombres son extraordinariamente leales. Ha habido una afluencia de oficiales de alto rango aquí en los últimos días, me imagino que en preparación para cuando el Emperador haga su visita oficial a la capital.

—¿El Emperador? ¿Viene a Ekdol?

—¿No lo sabías? Habría pensado que te lo habrían dicho. Sí, por supuesto, viene a inspeccionar su nuevo premio. Pronto los últimos conflictos de la invasión habrán terminado y Ekdol será completamente suyo. Sin duda pasará por Estria para una inspección. —Pym sacó una pitillera de plata—. ¿Te molesta?

Lars negó con la cabeza, y Pym encendió un cigarrillo con un pequeño encendedor de plata. Aspiró una larga bocanada y luego exhaló el humo por la comisura de la boca.

—Afortunadamente, ya me habré ido de aquí mucho antes de que eso suceda —dijo.

—¿A dónde irás? —preguntó Lars.

—De vuelta a casa, a Ete. Mi comisión en tu hermoso país está llegando a su fin. De hecho, tengo la intención de retirarme. He visto suficiente de esta guerra y de la indiferencia de Ete en su participación. —Dio otra calada al cigarrillo.

—Tienes suerte de poder simplemente alejarte de todo esto.

—¿Tú te alejarías? —preguntó Pym.

Lars se rio. La pregunta le pareció tan absurda que al principio pensó que estaba bromeando.

—Ni siquiera se me había pasado por la cabeza —dijo—. Me temo que nunca podré alejarme de esto. La guerra me acompañará toda la vida.

—Me disculpo. No pretendía sonar insensible.

—Mi padre solía decirme que incluso el árbol más fuerte se romperá si lucha contra el viento. Son los que se doblan los que resisten la tormenta. —Sonrió—. Así que estoy aprendiendo a doblarme.

—Eres un prisionero aquí, lo sé —dijo Pym en voz baja—. No viniste con estos hombres por voluntad propia. ¿Eras... eres de alta cuna?

Lars levantó la mirada, sobresaltado. Sintió que su corazón latía con fuerza.

—¿De qué estás hablando?

—He pasado mi vida rodeado de nobles y sé que no eras simplemente un Omega común que encontraron y emparejaron. Eres alguien importante. O al menos, vienes de una familia importante. ¿Estoy en lo cierto?

Ahora el miedo se apoderó de él. Lars miró a su alrededor, preocupado de que alguien pudiera escuchar.

—Estás equivocado —dijo. No temía por sí mismo, temía por Pym. Si de alguna manera lo que estaba diciendo llegaba a oídos de Griffin y Phoenix, probablemente lo matarían.

—Un Omega debería tener la libertad de elegir a su pareja. Lo que está ocurriendo aquí, lo que el Imperio está haciendo en todo el mundo, es inconcebible. Lo que te ha sucedido es inconcebible.

—¿Y qué haría usted al respecto, señor Longfang?

—Te daría el poder de elegir.

—No entiendo por qué diría algo así. Aquí no hay elección. Son mis parejas. Soy su Omega. Mi cuerpo solo responderá a ellos. Estoy seguro de que debe saber todo esto; usted es un Alfa —se puso de pie—. Gracias por su compañía, señor Longfang.

—Espera —dijo Pym.

Lars se detuvo.

—Si pudieras elegir, ¿lo harías?

—Tengo que irme —dijo Lars—. Que tenga un buen día, señor Longfang.

Pym no dijo nada. Se recostó en su silla, con un pálido humo saliendo de sus fosas nasales mientras observaba a Lars salir de la habitación.

Lars bajó apresuradamente las escaleras, agitado. ¿Por qué le hablaría así? ¿Cuál era el punto de recordarle sus circunstancias? Era exasperante. Cerró la puerta de golpe tras de sí. De vuelta a su santuario. Su prisión.

De repente, Lars fue golpeado por una intensa ola de náuseas, como si la comida que acababa de ingerir se hubiera agriado en su estómago. Bebió un vaso de agua, pero no ayudó. Se cubrió la boca al sentir que el contenido de su estómago se revolvía. Arcadas. Corrió al baño. Vomitó.

Algo se sentía diferente, y le tomó un tiempo darse cuenta de qué era. Se había acostumbrado tanto al zumbido constante que resonaba en lo profundo de su cuerpo que simplemente se había convertido en parte de su existencia, un recordatorio constante de su necesidad. Pero ahora el zumbido se había silenciado. En su lugar había una sensación como el resplandor de un sol distante concentrado en algún lugar dentro de su núcleo.

Estaba sudando, mareado. Se dirigió a una silla y se sentó, agarrándose el vientre. Cuando

cerró los ojos, casi podía verlo; una tenue bola de luz flotando en la oscuridad.

Lars no necesitaba que le explicaran esta sensación; la entendía instintivamente. Podía sentirlo en sus huesos, en su propio ser. Una parte de él había permanecido convencida de que era imposible que sucediera. El embarazo era algo tan extraño y ajeno que era casi inconcebible de imaginar. Había intentado prepararse para cómo se sentiría cuando supiera que un hijo de uno de los hermanos estaba creciendo dentro de él, pero le había resultado imposible. Tal vez era para protegerse a sí mismo, una armadura para preservar su cordura.

Ahora Lars sentía una abrumadora sensación de calma. Recorrió la habitación, respondiendo a un impulso compulsivo de ordenarla. Reposicionó meticulosamente los objetos sobre la mesa, asegurándose de que estuvieran correctamente colocados. El canario piaba frenéticamente mientras Lars movía su jaula tres pulgadas a la derecha. Se apartó, examinó su posición en relación con la cama y lo movió otra pulgada más.

Luego fue a la cama y arrancó las sábanas. Hizo este trabajo con un enfoque singular; todo lo demás había desaparecido. Las cosas que Pym había dicho ya no importaban; de hecho, apenas las recordaba. Cuidadosamente, volvió a colocar las sábanas de modo que quedaran arrugadas y amontonadas. Se metió en ellas, inhalando profundamente mientras lo hacía. Luego se transformó en su forma de lobo y usó su hocico para ajustar aún más la tela, pero todavía no estaba bien. Cavó en el colchón con sus patas y desgarró las almohadas con sus colmillos hasta que las plumas flotaron por el aire. Olfateó, estudió, pinchó, ajustó y reajustó de nuevo.

Cuando Griffin y Phoenix regresaron, encontraron la habitación oscura, con un resquicio en las cortinas corridas que proyectaba un rayo de luz del atardecer a través de un rastro de plumas de almohada en el suelo hasta el nido de mantas en la cama donde Lars dormía. Estaba mayormente oculto por el nido, solo se veía un atisbo del pálido pelaje de su espalda subiendo y bajando con su respiración. Luego, al escuchar su llegada, se movió. Su cabeza se alzó, y por un momento la luz destelló en sus iris y los hizo arder, como los de una criatura salvaje en la noche.

Phoenix cerró la puerta lenta y cuidadosamente. El instinto animal se había activado: sabían instantáneamente qué era esto y qué significaba. Por primera vez, los dos Alfas pisaban con suavidad. Lars estaba en un estado bestial vulnerable y volátil. Un movimiento en falso y podría atacar, potencialmente dañándose a sí mismo y al niño que ahora llevaba dentro. Solo ellos podían acercarse a él, y necesitarían hacerlo para traerlo de vuelta.

Se transformaron. Con las cabezas bajas y las colas planas, se acercaron cautelosamente a través de la habitación hacia el nido. Lars dejó escapar un gruñido bajo, sus labios se retrajeron

para revelar sus colmillos. Los dos disminuyeron la velocidad pero no dejaron de moverse. Griffin se adelantó a su hermano, su poderosa nariz saboreando el fuerte aroma que flotaba en la habitación. Se mantuvieron a la vista de Lars, asegurándose de que pudiera verlos a ambos en todo momento.

Griffin subió a la cama, primero solo con dos patas, esperando permiso para entrar en el espacio. El gruñido de Lars se calmó y finalmente se detuvo. Griffin ofreció su hocico para que Lars lo oliera. El Omega lo lamió, y Griffin se levantó para unirse a él en el nido. Phoenix se acercó después, demasiado rápido y agresivamente. Lars gruñó de repente y lo mordió, sacando sangre del lado de la cara del Alfa.

Phoenix retrocedió, con los colmillos al descubierto. Lars se levantó, con el pelo erizado en todo su cuerpo. Griffin solo observaba; no podía interferir. Alfa y Omega se miraron fijamente. Lars estaba listo para atacar, con un frenesí salvaje en sus ojos. Después de un largo momento, Phoenix logró recuperar su autocontrol. Mantuvo la cabeza baja y lentamente se presentó ante su Omega.

Lars se calmó y se asentó. Luego lamió al Alfa, limpiando su herida. Phoenix resopló y se acurrucó junto a Lars. Entonces él y Griffin comenzaron a acicalar a Lars, lamiendo su cara, sus orejas, sus ojos, todo. Esto no era algo que les hubieran enseñado a hacer, era puro instinto. Y mientras sus Alfas lo acicalaban, Lars volvió en sí. Durante un rato no dijo nada y simplemente se dejó llevar por el momento.

¿Cuándo fue la última vez que se sintió tan seguro?

Se volvió hacia sus Alfas y les murmuró aturdido:

—Creo que estoy embarazado —entonces su cuerpo volvió a su forma humana. Yacía desnudo, acurrucado en el nido entre los dos lobos.

Permanecieron en silencio juntos durante un tiempo. Griffin rompió el silencio.

—Mañana por la noche nos acompañarás a una reunión. Mantendrás esto en secreto. Contarle a alguien sobre esta reunión y lo que aprenderás allí significará una muerte segura.

—¿Muerte? —preguntó Lars.

—Sí. Para todos nosotros. Y muchos otros.

—¿De qué se trata esto?

—No hagas tantas preguntas —gruñó Phoenix—. Querías saber cuál es tu propósito aquí. Ya lo aprenderás.

—¿Mi propósito? Darles herederos. Eso ya lo sé.

—Lo entenderás —dijo Griffin.

Los hermanos volvieron a su forma humana. Lars descubrió que, aunque el zumbido había disminuido, sus deseos no lo habían hecho. El ansia por su sexo solo se había vuelto más potente; su cuerpo aún les pertenecía. Así que se entregó y se sometió a ellos.

Algo parecía diferente en la forma en que lo tomaron. ¿Era Griffin más gentil que antes? ¿Sentía algo más que la simple necesidad de liberación carnal en el toque de Phoenix? No quería creer que ese pudiera ser el caso. Aunque lo hicieran gemir y suplicar por más, aunque pudieran conectar con sus necesidades más profundas y dejarlo jadeando y con el cuerpo temblando de placer, seguían siendo sus captores.

Siete

Griffin y Phoenix ya se habían ido cuando despertó a la mañana siguiente. Abrió las cortinas y tuvo la primera buena mirada al nido que había construido. Se sentía ligeramente extraño, como algo salido de un sueño. Lentamente, lo ordenó. Sabía que este era temporal, después de todo, este no era su hogar. Inevitablemente, habría muchos otros.

Recordó lo que le habían dicho.

Una reunión secreta.

Griffin había dicho que contarle a alguien sobre ello significaría una muerte segura para todos ellos, y para otros también. No podía imaginar lo que esto podría significar.

Descubrió la jaula del pájaro y el zorzal saltó alrededor bajo la luz del sol, piando emocionado. Se preguntó si la pequeña criatura se sentía sola. Cuando él tenía pájaros, estaban en el aviario con mucho espacio para volar y muchas otras aves alrededor.

Pero entonces, ¿no era un aviario solo otra jaula?

Un golpe en la puerta lo sorprendió; la habitación aún era un desastre y un nido no era algo para compartir con el mundo. Se apresuró a tratar de barrer las plumas en un montón y arreglar el desarreglado montón de sábanas en la cama. Entonces, un trozo de papel doblado se deslizó por debajo de la puerta. Cuando miró afuera, el pasillo estaba vacío.

Lars desdobló la nota, que tenía su nombre escrito en el exterior con una letra fina.

—Permítame ayudarle a elegir —decía la nota—. Encuéntrese conmigo en el cuadro al atardecer.

Frunció el ceño y arrugó el papel en su mano. Pym Longfang. Lars había pensado que era un caballero. ¿Acaso Pym no entendía lo terrible que lo había hecho sentir con lo que le había dicho? ¿Y dejar una nota así debajo de la puerta donde cualquiera podría encontrarla?

Lars hirvió de rabia. Al principio, arrojó la nota a la basura, pero luego decidió que sería mejor hacerla pedazos y esparcirla desde la ventana.

¿Qué estaba tratando de lograr ese hombre? Más aún, ¿quién se creía que era? Hablarle así, y luego hacer una petición tan directa. Apenas lo conocía.

Tal vez así era como operaban los Alfas. Cuando veían algo que querían, lo tomaban. ¿No era así como había llegado a esta situación? Sus Alfas simplemente lo habían tomado porque querían un Omega. ¿No había honor en este mundo?

Y sin embargo, Lars sentía curiosidad.

No pudo dejar de pensar en ello durante todo el día, al igual que no pudo dejar de pensar en la reunión secreta.

Encuéntrese conmigo en el cuadro.

Sabía a qué se refería esto, y tal vez si Pym le hubiera pedido que se encontraran en cualquier otro lugar, habría sido capaz de controlar su curiosidad. Pero era demasiado, y al atardecer Lars dejó la habitación y se apresuró a bajar las escaleras hacia la habitación donde se guardaba el cuadro de sus padres, esperando poder regresar antes de que Griffin y Phoenix volvieran.

Cuando abrió la puerta, Pym lo estaba esperando dentro.

—Ha venido —dijo, sonando gratamente sorprendido.

—Por favor, explique por qué me ha pedido que venga aquí —dijo Lars.

—Me disculpo por lo de ayer —dijo Pym—. No debí haberle hablado de esas cosas tan abiertamente.

—No... Y aun así, ¿me pide que nos reunamos en secreto? Entonces, por favor, explíquese.

—Le pedí que viniera aquí porque tengo una confesión que hacer.

—¿Qué quiere decir?

—Verá, en mi juventud, antes de entrar en relaciones exteriores con el gobierno de Ete, trabajé durante muchos años como agente de información. Un espía, a falta de un término mejor. Durante mi tiempo como agente, fui asignado a Ekdol. Hice muchas visitas al país, entré y salí de lugares ocultos recopilando información, incluyendo la casa real. Durante ese tiempo, me enteré de rumores sobre un miembro de la realeza oculto, un Omega que el rey y la reina habían mantenido en secreto y protegido.

El sudor le picó en la nuca a Lars. Sintió que su corazón se aceleraba.

—No es inusual que una familia real proteja el conocimiento de un heredero Omega —continuó Pym—. Lo que era inusual era la profundidad del secreto. Nunca pude penetrarlo, solo vislumbrar sombras de él que me convencieron de que no era solo un rumor. Lo más cerca que llegué a la verdad fue un nombre. Su nombre.

—Entonces, ¿está sugiriendo que yo soy ese Omega real? —preguntó Lars.

—Sé que es usted. Así que, dígame. ¿Cuál es su nombre completo?

El corazón de Lars latía tan furiosamente que podía escuchar cada latido tan fuerte como si estuviera sentado en la palma de su mano. Todo este tiempo había estado muriendo por recuperar el título que le habían quitado, y ahora no podía obligarse a pronunciarlo. ¿Sus Alfas habían logrado quitárselo con tanta facilidad? ¿Habían tenido tanto éxito en transformarlo?

Sintió el resplandor del niño dentro de él, una brasa de calor que era un recordatorio constante de a quién pertenecía.

—Puede decirlo —le instó Pym—. Está bien.

—Lars... Liandri. Príncipe heredero de Ekdol —Sintió como si se hubiera quitado un gran peso de encima y dejó escapar un suspiro—. Felicidades. Ya conoces el secreto. Por tu propia seguridad, probablemente sea mejor que no se lo digas a nadie. Aunque ya no importa. He perdido mi título. He llegado a aceptar que no hay nada que se pueda hacer.

—Siempre hay algo que se puede hacer.

—Estoy emparejado con Phoenix y Griffin Greer —dijo Lars, sintiendo que la ira crecía dentro de él—. Y estoy embarazado de su hijo.

—Sí, lo sé. Pero ¿y si te dijera que hay una manera de romper el vínculo de pareja? Que podrías liberarte de todo esto. Podrías quedarte con el niño, o no. Hay una manera.

Lars se quedó más sorprendido por esto que por el hecho de que Pym conociera su verdadera identidad. —¿Qué quiere decir?

—Me voy de Ekdol mañana —dijo Pym—. De vuelta a Ete. Tenemos un suero que puede eliminar el vínculo de pareja. Tu cuerpo ya no los anhelará. Y no podrán rastrearte. Si vienes conmigo, no habría forma de que pudieran encontrarte. Podrías vivir en Ete, donde la guerra nunca llegará. Un nuevo comienzo.

—¿Por qué harías esto por mí?

Pym sonrió. —Porque me he enamorado de ti. Y quiero ayudarte.

—No sea ridículo.

—Es cierto. Estoy enamorado de ti, Lars. Desde el momento en que te conocí.

Lars negó con la cabeza. —Yo... tengo que irme.

Pym extendió la mano y le agarró la muñeca, deteniéndolo. —Deja de huir. Hablo en serio.

Se soltó. —Yo también. Mis Alfas me están esperando.

—Tus Alfas —repitió Pym—. Escúchate, Lars. Te *secuestraron*. Has sido cegado por el vínculo de pareja. ¿No lo entiendes? Rompe el vínculo y podrás liberarte de todo esto. Por favor. Piensa en mi oferta. No te estoy pidiendo que te conviertas en mi pareja. Solo te ofrezco la opción de vivir tu propia vida.

Lars se quedó un momento, atrapado por la incertidumbre antes de darse la vuelta para irse. —Tengo que irme —dijo.

—El puesto de control —le gritó Pym—. Por favor, considera mi oferta. Esperaré una hora allí a medianoche mañana para tu respuesta.

———

Se sentó solo junto a la ventana, incapaz de calmar su corazón acelerado.

¿No debería haber sido una decisión sencilla? Quizás hace algún tiempo lo habría sido.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que lo habían secuestrado? El incendio de los terrenos reales parecía historia antigua. Los recuerdos de la fuga y su captura se sentían como un sueño. ¿Había sucedido todo esto hace solo un mes? ¿O había sido más tiempo?

Cuando intentaba imaginar marcharse, sentía un doloroso tirón en su cuerpo, como si estuviera anclado en su lugar. Sentía la energía cruda de Phoenix y la increíble intensidad de Griffin, y los deseaba. Simplemente no podía imaginar alejarse de ellos. Sentía que lo devastaría y lo dejaría con un vacío en su alma que solo podría llenarse con su presencia y lo que tenían para darle. Pero ¿era solo en su mente?

No podía decirlo. Su antigua vida, su antiguo *yo*, se sentía como un fantasma que se desvanecía. Apenas podía verlo ya. Todo estaba oscurecido por ellos, y ahora por el hijo que habían puesto en él.

Tal vez Pym tenía razón, y tal vez tenía que actuar sin pensar. Seguirlo, confiar en que tenía razón y que una vez liberado del vínculo, sabría que había tomado la decisión correcta.

Una luna llena se había elevado en un cielo despejado cubierto de estrellas. Desde algún lugar lejano, retumbaban ecos bajos como una tormenta que se acercaba. Lars sabía que no era el clima. La artillería estaba cayendo sobre algún campo de batalla distante. El país había sido capturado, pero la guerra aún continuaba, estallando como puntos calientes en un incendio.

Lars oyó botas en el pasillo y supo que sus Alfas finalmente estaban aquí. Se levantó.

—Bien —dijo Phoenix—. Estás listo. Nos vamos.

—Espera —dijo Lars.

Phoenix se detuvo y lo miró por encima del hombro. —¿Qué? —preguntó. Era obvio que no

estaba contento de que su Omega le dijera qué hacer.

Griffin estaba de pie en el pasillo, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su uniforme estaba limpio y planchado, su collar dorado pulido hasta brillar como un espejo. Phoenix también; los uniformes de ambos estaban en perfecto orden hoy, y Lars se encontró admirándolos. ¿Siempre había sentido que los dos eran tan hermosos? No, por supuesto que no. Antes les tenía terror. Incluso asco. Habían sido monstruos...

—¿Ustedes... me aprecian? —se encontró preguntando Lars.

Phoenix echó la cabeza hacia atrás y se rio, como si fuera lo más ridículo que hubiera escuchado jamás. —Nos vamos ahora —dijo—. Síguenos.

—Respóndeme —dijo Lars.

—No hay nada que responder —espetó Phoenix, alejándose.

Griffin inclinó la cabeza, gesticulando silenciosamente para que Lars los siguiera.

Se sintió como un tonto. ¿Qué esperaba escucharles decir exactamente?

El edificio estaba sin vida; todos se habían ido a casa o a dormir. Descendieron las escaleras hasta el primer piso y entraron en el gran salón de banquetes, que estaba oscuro y vacío. Había una luz encendida dentro de la cocina, y Lars siguió a los Alfas hasta allí.

La cocina era igual de vasta, con filas de estufas y encimeras de acero necesarias para preparar los tipos de festines masivos que se celebraban en el salón. En la parte trasera de la habitación había un ascensor de servicio que estaba siendo custodiado por dos soldados cuyos uniformes estaban adornados con el emblema de la unidad Feral Fangs. Saludaron y usaron una llave para desbloquear y llamar al ascensor.

Él y los Alfas descendieron y emergieron en un sótano húmedo, con el estrecho pasillo flanqueado por tuberías expuestas y suelos de hormigón mojado. Cuatro soldados más de los Colmillos Salvajes montaban guardia a lo largo del pasillo, incluyendo dos lobos. Los que estaban en forma humana iban fuertemente armados y parecían estar preparados para saltar a una batalla en toda regla en cualquier momento. Los soldados saludaron.

—Los están esperando, caballeros —dijo uno de ellos. Lars lo reconoció: era el hombre al

que Griffin había ascendido a capitán el día que lo capturaron. Abrió una puerta cerrada con llave para que los tres entraran.

En el interior había una sala de almacenamiento que se había transformado en una improvisada sala de conferencias. Un grupo de alrededor de una docena de hombres y mujeres, todos de la misma edad que los hermanos, estaban sentados alrededor de una mesa en el centro de la habitación, y todos se pusieron de pie cuando Phoenix y Griffin entraron. Todos eran oficiales militares xyletanos de alto rango; Lars podía verlo por las insignias de rango en sus cuellos. También notó algo más. Todos llevaban brazaletes con el símbolo de la luna creciente sobre picos montañosos: el emblema de Adosh. Reconoció a dos de los hombres: el capitán Luna y otro cuyo nombre no conocía. Eran a quienes Phoenix y Griffin habían dado mensajes secretos.

—Todos hemos corrido grandes riesgos —dijo Phoenix. Su voz dominante llenó la habitación, exigiendo el respeto y la atención de todos los presentes—. Y hemos hecho grandes sacrificios para proteger nuestra causa. Un momento de silencio por los caídos, los sacrificados y todos aquellos que merecen venganza.

Lars observó cómo todos inclinaban la cabeza. ¿Qué era esto exactamente?

—Comencemos la reunión. —Phoenix dio un paso atrás e hizo una profunda reverencia—. Mi hermano mayor, el Príncipe Heredero Griffin Greer de Adosh. ¡Restauremos el honor, volvamos al orden!

—Restauremos el honor, volvamos al orden —gritaron todos, inclinándose mientras Griffin tomaba asiento a la cabeza de la mesa.

Lars permaneció en un silencio atónito. *Hermano mayor*. *Príncipe Heredero de Adosh*.

—Siéntate —le dijo Griffin, señalando el asiento a su lado. Lars se dejó caer en la silla, y Phoenix tomó el asiento al otro lado de su hermano.

Griffin miró alrededor de la mesa a los rostros de los reunidos. —Hermanos y hermanas. Hijos de los conquistados. Hemos trabajado, sufrido y luchado para ascender a nuestras posiciones dentro del Imperio. Ahora, el momento con el que hemos soñado toda nuestra vida finalmente se ha presentado. Mi hermano y yo hemos tomado a un Omega: el mismísimo príncipe de Ekdol, Lars Lyandri. Y está esperando un hijo.

Murmullos se elevaron por la habitación. —¿Un príncipe? ¿Ekdol tenía un príncipe?

Lars de repente comprendió, aunque le resultaba difícil de creer. Esta era una reunión de rebeldes. Esta era una fuerza de resistencia, surgida desde lo más profundo del ejército xyletano por los hijos de la nación de Adosh, que había sido conquistada por el Imperio una generación atrás. Cargado de energía, se levantó de su silla, respondiendo al llamado de su credo. —Soy el Príncipe Lars Lyandri de Ekdol, hijo de Anthy y Lionel. Soy el heredero al trono de Ekdol. —Esperaba que los hermanos lo silenciaran como lo habían hecho tantas veces antes, pero no lo hicieron. En su lugar, todos en la habitación inclinaron respetuosamente la cabeza hacia Lars, un gesto de deferencia que era costumbre mostrar hacia la realeza.

—¿Ekdol tenía un heredero secreto? Esto es mejor de lo que podríamos haber esperado —dijo un hombre delgado con gafas circulares. Se las quitó y pulió los cristales con su manga—. El control sobre el trono será fuerte. Con otro miembro de la realeza como pareja, habrá menos problemas en el futuro.

—Pero si lo mantuvieron oculto, ¿cómo se probará su linaje? —preguntó una mujer de llamativo cabello rojo. Su cuello militar llevaba el rango de comandante, al igual que el de Phoenix.

—Una vez que se complete la misión y el Príncipe Griffin esté en control, ¿quién cuestionaría su palabra? —respondió el hombre de las gafas.

—Sería prudente asegurarse de que todo esté cubierto —dijo el Capitán Luna—. Después de todo, hemos llegado hasta aquí.

La sala murmuró en acuerdo.

Entonces Phoenix se levantó de su silla, su mano hundiéndose en el bolsillo interior de su abrigo. Cuando la sacó, estaba agarrando una cadena de oro de la que colgaba un colgante de piedra opalescente. Los ojos de Lars se abrieron de par en par: era suyo.

—Esto debería silenciar la duda de cualquier detractor —retumbó Phoenix—. El medallón real de Ekdol. —Lo sostuvo en alto para que todos pudieran verlo antes de volver a guardarlo en su bolsillo.

—Bueno, está decidido —dijo el hombre de las gafas—. Creo que podemos estar de acuerdo en que estamos listos para proceder.

—¿Qué pretenden hacer? —preguntó Lars.

Griffin se volvió hacia él. Una energía ardía en sus ojos, diferente del fuego latente que Lars conocía tan bien. Por un momento, parecía una versión mucho más joven de sí mismo, cargada de sueños imposibles y ambición. La severidad oscura había desaparecido momentáneamente, reemplazada por lo que parecía ser casi una alegría emocionada.

—Recuperaremos Adosh —dijo—. Vengaremos a nuestras familias. Restauraremos nuestro honor. *Mataremos* al Emperador.

Ocho

—La semilla fue plantada hace casi treinta años —dijo Griffin—. Cada hombre y mujer en esta sala era hijo o hija de la antigua corte de Adosh, miembros que inclinaron sus cabezas ante el Imperio y, por lo tanto, obtuvieron puestos en el nuevo gobierno de Maitran. El Rey y la Reina, nuestros padres, aceptaron la vergüenza de ser despojados de sus títulos a cambio de sus vidas y fueron reducidos a la condición de plebeyos. Se convirtieron en nada más que campesinos. Nadie olvidó ni perdonó, a pesar de someterse. Las tradiciones se mantuvieron en secreto, y cada uno de nosotros tuvo esta misión encomendada desde el nacimiento. Ascender por las filas del ejército del Imperio. Amasar un séquito de soldados leales que seguirían a sus líderes hasta la muerte. Y cuando llegara el momento, contraatacar a Xyletia desde dentro.

Lars estaba atónito.

—Y... nuestros hijos serán herederos del nuevo trono —dijo, encajando las piezas—. ¿De Adosh?

—El Nuevo Imperio de Adosh —dijo Griffin con orgullo—. Liberaremos a los países bajo el control de Xyletia. Los restauraremos a su antiguo gobierno o los incorporaremos al Nuevo Imperio de Adosh. Y a través de nuestro control, Ekdol será tuyo de nuevo.

Sentía como si el mundo se hubiera inclinado de lado. Lars apenas podía creer lo que acababa de escuchar.

—Todo esto depende de que la operación sea un éxito —dijo Phoenix—. Las piezas deben estar en su lugar. Si no está todo preparado, las fuerzas leales pueden fácilmente sobrepasarnos. Lo que nos falta en número, lo compensamos en habilidad. Debemos ser quirúrgicos: cortar todas las cabezas para que las serpientes no puedan atacar.

—Mis tropas están en posición —dijo la mujer pelirroja.

El resto de la sala se unió, cada hombre y mujer anunciando que su parte estaba cubierta. Todos tenían sus fuerzas posicionadas en ciudades clave a lo largo del Imperio, listas para moverse y tomar el control en el momento en que el Emperador fuera asesinado.

—Pero ¿cómo matarán al Emperador? —preguntó Lars.

—Él caminará hacia nuestra guarida —dijo Griffin.

Lars entonces recordó lo que Pym le había dicho: el Emperador venía hacia aquí, una parada en su camino hacia la capital.

—Entonces todo está en su lugar —dijo Phoenix—. Podemos comenzar la operación.

Hubo un murmullo de emocionado acuerdo.

—Yo mataré al Emperador —dijo Griffin—. Las unidades de los Colmillos Feroces y la Luna Creciente tomarán el control y nuestros agentes en la capital eliminarán a cualquier líder opositor. Enviarán un mensaje a través de una transmisión si la misión tiene éxito. En ese momento, el resto de ustedes debe actuar rápidamente para tomar el control del gobierno de Xyletia. Los perros del consejo inclinarán sus cabezas ante quien esté en el poder. No lucharán cuando sepan que el Emperador está muerto.

—Tendremos éxito o moriremos en el intento —dijo la Capitana Luna—. Por usted, su alteza.

—No lo hagan por mí —dijo Griffin con gravedad—. Háganlo por aquellos que fueron deshonrados. Por nuestras familias. Por nuestras madres y padres que tuvieron la fuerza para soportar la humillación que les fue impuesta. Por Adosh y su gente.

—¡Restaurar el honor, volver al orden! —gritó Phoenix, y todos los sentados en la sala hicieron eco de su voz.

Lars contuvo las lágrimas al pensar en sus padres, que habían elegido la muerte antes que postrarse ante el Imperio. *Madre, Padre,* pensó. *Serán vengados*. Sintió una gran liberación, como si estuviera ascendiendo a través de las nubes hacia los cielos. —Restaurar el honor, volver al orden —repitió.

Miró a Griffin y Phoenix. Sus Alfas se sentaban erguidos, poderosos, regios. Estaban absolutamente radiantes. ¿O los veía así porque algo dentro de *él* había cambiado? Lo imposible había sucedido: estaba lleno de orgullo de ser su Omega. Y algo más había florecido dentro de él: un profundo deseo por el sabor de la venganza. Muerte a Xyletia y a todos aquellos que se opusieran a sus Alfas y su Nuevo Imperio de Adosh.

———

—¿Ahora entiendes, Omega? —le dijo Phoenix a Lars. Los dos estaban afuera en el pasillo esperando a que Griffin terminara de dirigirse en privado a algunos de los oficiales.

—No me llames así.

Phoenix frunció el ceño y se dio la vuelta.

—...Lars —gruñó entre dientes.

Todo se sentía diferente ahora. Su conexión con Phoenix y Griffin se había extendido más allá de algo puramente primario. Los entendía. Ya no eran monstruos. Sabía por qué eran como eran porque él también conocía el dolor que habían soportado. Habían tenido que convertirse en bestias salvajes para sobrevivir y tener éxito.

Con cierta vacilación, Lars extendió la mano y la colocó suavemente en su espalda. Los músculos de Phoenix se tensaron, como un animal a punto de atacar. Lars no retiró la mano. Era la primera vez que lo tocaba de esta manera, ofreciendo intimidad sin ninguna lujuria o necesidad primaria detrás. Sintió la furia crepitante e intensidad de Phoenix, y no le asustó. Sabía de dónde venía, y no podía culparlo por ello.

—¿Por qué no me lo dijiste desde el principio? —preguntó Lars.

—¿Y arriesgarlo todo? No confiábamos en usted.

—¿Y ahora confían en mí?

Phoenix se rio de manera áspera y despectiva, apartándose del contacto de Lars. —No lo malinterpretes, Lars. Eres nuestro Omega porque necesitamos lo que puedes proporcionarnos.

—No te creo —dijo Lars, y Phoenix pareció como si le hubieran dado una bofetada. No estaba acostumbrado a que Lars le hablara de esa manera—. Pero lo entiendo. No necesitas decírmelo, porque esta noche aprendí todo lo que necesitaba saber. Mientras me honren como su Omega devolviéndome a mi gente y mi corona, siempre estaré al lado de ambos. Les daré herederos fuertes, tantos como mi cuerpo sea capaz. Haré todo lo que pueda para ayudarles a tener éxito en su misión.

Phoenix lo miró, su ceño fruncido tan indescifrable como siempre. Exhaló bruscamente, como si estuviera a punto de hacer lo más difícil de su vida, y metió la mano en el bolsillo de su abrigo.

—Tómalo. Es tuyo —dijo, extendiendo la mano frente a él. El colgante de piedra pendía de su agarre.

Lars lo tomó y lo acunó en sus palmas. Trazó con sus pulgares su forma, sintiendo su peso familiar en la mano. Las lágrimas surcaban sus mejillas, y rápidamente se deslizó la cadena alrededor del cuello.

—Ten cuidado a quién se lo muestras —Griffin había salido de la habitación y se dirigía hacia ellos.

Lars asintió y se metió el colgante bajo el cuello de la camisa.

Se dirigieron de vuelta a la habitación, con Lars siguiéndolos unos pasos atrás como siempre hacía. Tocó su camisa, sintiendo la forma de la piedra debajo, y se apresuró a caminar entre ellos. Era su Omega. Ya no iba a caminar detrás de ellos con la cabeza agachada como un esclavo.

Phoenix lo miró con el ceño fruncido, pero por lo demás no protestó. Griffin no reaccionó en absoluto.

Lars apenas podía creerlo, pero había felicidad en su corazón. Por primera vez que podía recordar, se sentía feliz.

—Entiende algo —dijo Griffin, ya en la habitación—. Sea lo que sea que esperes de nosotros, debes saber que no podemos dártelo. Phoenix y yo estamos malditos por esta misión que se nos ha encomendado. Es todo lo que conocemos. Si esperas que te mostremos amor, te sentirás eternamente decepcionado.

—No lo necesito —dijo Lars—. Un rey solo necesita suficiente espacio en su corazón y en su mente para su gente. Si pueden darme la oportunidad de salvar a mi gente, eso es todo lo que necesito.

Una sonrisa se extendió en los labios de Griffin, pequeña, pero era la primera sonrisa genuina que Lars había visto de él.

—Eso, podemos proporcionarlo —dijo.

—Y yo proporcionaré el apoyo que pueda —dijo Lars, acercándose a Griffin y deslizando sus manos bajo su abrigo. Lo empujó hacia atrás, y cayó de sus hombros al suelo—. A mis reyes.

Phoenix no esperó ayuda para desvestirse. Ya tenía el abrigo fuera y estaba desabrochándose la camisa. Se acercó a Lars por detrás y comenzó a quitarle la ropa.

Lars se excitó inmediatamente y su entrada se humedeció de deseo. Su toque era agresivo y enérgico, pero Lars ahora sabía cómo bailar con ellos. Los enfrentó con igual agresividad y empujó a Griffin sobre la cama, montándose a horcajadas sobre su cintura y besándolo. Phoenix, no queriendo quedarse fuera, se acercó por detrás y arrastró sus dientes por la nuca de Lars, marcándolo. Lars gritó en un medio gemido, medio grito. Se dio la vuelta y golpeó a Phoenix con las palmas, haciéndolo retroceder.

—Oh —se rio Phoenix—. Me gusta esto.

Lars saltó hacia él y lo empujó de espaldas. Mordisqueó su pezón, juguetón al principio, y luego lo apretó con fuerza. Phoenix rugió pero no lo detuvo. Su miembro estaba duro como una roca, y Lars lo alcanzó y lo apretó.

—Todo este tiempo pensé que tú eras el mayor —dijo Lars—. Pero eres el bebé.

Phoenix sonrió. —¿Sorprendido? Ahora chupa el miembro de mi hermano. Está esperando.

Griffin se puso de pie, nivelando su miembro con la boca de Lars. Lars abrió, introduciéndolo dentro y tragándolo profundamente en su garganta.

Mientras se movían para compartir su entrada y llenarlo con sus longitudes, Lars se encontró embargado por un placer muy diferente al que había experimentado anteriormente. Estaba en

control y estaba completamente involucrado. Quería esto, y no solo por la forma en que su vínculo respondía a sus Alfas. Sin dudas ni reservas, deseaba su sexo. Sentía poder con ellos, y el placer que le brindaba era alucinante. ¿Amor? ¿Quién necesitaba amor cuando existía *esto*? Este era un verdadero vínculo, y sería saciado con sangre.

Alcanzó el clímax, una y otra vez, hasta que todo su cuerpo dolía. Y ellos lo llenaron con su semilla, turnándose con él hasta que no les quedó nada más que dar.

Habían tenido su alma. Ahora tenían su corazón.

Nueve

A la tarde siguiente, Griffin mandó llamar a una curandera para que examinara a Lars y el embarazo. Inicialmente, había solicitado a alguien del ejército xyletiano, pero cedió ante la petición de Lars de ser examinado por una ekdoliana. Así que llamaron a la curandera local del pueblo, una anciana que tenía fama de hacer predicciones increíbles sobre el género y el rango jerárquico del bebé.

Cuando llegó, era obvio que no estaba contenta de estar allí. —Todo el ejército está aquí, ¿y necesitan alejarme de mis pacientes? Seguramente Xyletia debe tener al menos un curandero competente. Ridículo.

—Haga lo que se le ordena, anciana —espetó Phoenix.

—¿O qué? ¿Me matarán? —Dejó su maletín de equipos en el suelo y se acercó al sofá donde estaba sentado Lars.

—Empiezo a considerarlo —murmuró Phoenix.

—Hermano —Griffin negó lentamente con la cabeza.

—Me disculpo —dijo Lars—. Yo solicité que usted me atendiera.

Ella entrecerró los ojos. —Eres ekdoliano.

Lars asintió. —¿Cómo puede saberlo? Por eso quería que usted me atendiera y no algún xyletiano.

Su actitud cambió inmediatamente. —Oh. Bueno, eso es comprensible. —Se transformó en lobo—. Todos tenemos diferentes aromas. Algunos son más sensibles a ellos que otros. Pude

oler los bosques de Ekdol en ti. Así es como lo supe. Quítate la camisa, por favor, joven Omega.

Él empezó a desabotonarse la camisa. Phoenix se paró junto a él y mantuvo la mirada fija en la anciana. Griffin estaba al otro lado de la habitación, observando desde una silla.

—Sus Alfas son unos verdaderos perros guardianes —dijo ella.

Phoenix parecía querer reprender a la anciana, pero se contuvo.

Lars dobló la camisa y la dejó sobre el brazo del sofá. La curandera vio el colgante que Lars llevaba al cuello y se detuvo, sorprendida.

—Conozco este símbolo. Es un emblema real. ¿Quién eres?

Lars sonrió. —Por favor, este niño es importante. Me gustaría saber qué puede decirme sobre él.

—Sí —dijo ella con los ojos muy abiertos—. Enseguida.

Su pelaje gris y áspero le hizo cosquillas en la piel cuando presionó su oreja contra su estómago, y la mantuvo allí por un tiempo, escuchando atentamente.

—Llevas casi un mes de embarazo —dijo.

Lars se sorprendió. —Apenas lo sentí hace unos días.

—Eso es normal. Discúlpame. —Entonces comenzó a olfatearlo, moviendo su nariz hasta su entrepierna. Luego asintió y se alejó, volviendo a su forma humana—. Excelente.

—¿Y bien? —preguntó Phoenix—. ¿Qué es?

Griffin se puso de pie, también impaciente por el informe.

—Esto puede sorprenderlos... Pero no hay solo uno ahí dentro. Vas a tener gemelos. Un niño y una niña.

A Lars se le cayó la mandíbula. Phoenix parecía conmocionado. Griffin estaba sonriendo.

—Gemelos —repitió Phoenix. Caminó hacia la cama y se sentó, aturdido.

—Estas son excelentes noticias, sin duda —dijo Griffin—. ¿Y? ¿Qué serán?

—Es temprano —dijo la curandera—. Difícil para mí decirlo con seguridad, pero creo que ambos son Alfas.

Phoenix aplaudió. —La fortuna está de nuestro lado.

Griffin se acercó a Lars y, para sorpresa del Omega, apoyó su mano en su hombro. Era difícil creer que este era el mismo hombre que Lars una vez había visto como un monstruo horrible. Pero ahora podía ver más allá de la máscara. Podía ver al rey que estaba debajo de todo, un hombre que, sabía, cumpliría su palabra.

Estos niños que crecían dentro de él algún día gobernarían un nuevo Ekdol.

La curandera tomó sus cosas y se fue, haciendo una profunda reverencia a Lars al salir. No lo dijo directamente, pero estaba claro que entendía el honor que había recibido al ser invitada allí. Eventualmente podría presumir de haber sido la curandera que examinó por primera vez a los niños reales del Nuevo Imperio.

Lars se sentó en medio de los dos Alfas en el sofá, con sus brazos rodeándolo. Griffin respiraba profundamente mientras presionaba su rostro contra su cuello, besándolo lentamente hacia abajo por su pecho hasta su vientre. Se detuvo allí, levantó la camisa de Lars y presionó su oreja contra su estómago desnudo.

—Hemos planeado, entrenado, luchado, matado y esperado toda nuestra vida para esto —Lars sintió las vibraciones de la voz áspera y grave de Griffin recorriéndole, como si le hablara a los gemelos en su interior—. Estamos tan cerca ahora. Increíblemente cerca —Levantó la mirada hacia Lars. Su mirada era dura y temible. Aún lograba provocarle mariposas en el estómago a Lars, pero ahora acogía plenamente esa emoción. Ya no se sentía incorrecto.

—Hay algo que quiero pedirte —dijo Lars—. Una petición.

—¿Qué petición? —preguntó Griffin.

—Quiero estar allí cuando suceda. Quiero verte matarlo.

—Me temo que eso no es posible —dijo Griffin.

—El Emperador ordenó la ejecución de mis padres. Quiero presenciar la suya.

Phoenix se rio.

—Nuestro Omega tiene sed de sangre. No, te quedarás en el búnker.

—Me quedaré a su lado.

—Será demasiado peligroso —dijo Griffin—. La lucha debería ser breve, pero intensa. Este edificio se convertirá en una zona de guerra. Y si las cosas se salen de control... podría volverse mucho más grande que eso.

—¿Quieres decir... si fracasan?

—No lo haremos —dijo Phoenix.

—¿Así que voy a estar encerrado sin ninguna forma de saber qué está pasando? Esta es mi lucha también.

—No —espetó Phoenix, furioso—. No es tu lucha —Suspiró—. Lo más importante es que estés a salvo. Y que nuestros hijos estén a salvo.

—Si fracasamos —dijo Griffin, con voz sombría—, aún habrá una oportunidad para que vivas. Y para que los niños vivan. Entonces se convertirá en tu lucha. Te necesitamos a salvo.

Lars se erizó, pero comprendió. Él era el futuro. Era quien daría a luz a este nuevo imperio y aseguraría que pudiera continuar más allá de ellos.

—Cuando ordenó la ejecución de mis padres, mandó que sus muertes se mostraran en todas las pantallas públicas del país. Hagan eso por mí. Hagan que todo el mundo vea que el Emperador ha sido asesinado. Muéstrenles que fue venganza de Adosh y de Ekdol. ¿Pueden hacer eso?

Griffin intercambió una mirada con su hermano.

—Puedo arreglar eso —dijo Phoenix, sonriendo.

Cuando lo tomaron, Lars se aferró a sus cuerpos desnudos y lanzó silenciosas plegarias al vacío por su seguridad. Ya había perdido demasiadas cosas que amaba.

Y los amaba, solo que no de una manera que alguna vez hubiera imaginado amar a una pareja. Los respetaba. Los admiraba. Ellos eran sus Alfas, y él era su Omega.

Sus dedos se hundieron en sus músculos mientras lo penetraban, tocando las profundidades de sus necesidades. Saboreó su carne, besando y lamiendo y rogando que nunca se detuvieran.

Ya no actuaba en un frenesí impulsado por el celo como cuando lo habían tomado por primera vez. Esa intoxicación salvaje que había adormecido sus inhibiciones ya no era lo que lo impulsaba. Lo que sentía ahora era un verdadero deseo sin inhibiciones, y le era devuelto multiplicado por diez.

Esa noche, Lars yacía acurrucado entre los dos lobos dormidos. La ventana estaba abierta, una brisa fresca agitaba las cortinas. El reloj de pared hacía tictac suavemente, y él observaba el minutero contando regresivamente desde diez hasta la medianoche.

Su corazón latía un poco más rápido. Una puerta estaba a punto de cerrarse y encerrarlo para siempre en un camino divergente hacia un futuro muy diferente. Su elección era clara. Aun así, se encontró conteniendo la respiración mientras veía los minutos pasar. Sesenta tictacs hasta que el reloj marcase la medianoche.

Se levantó de la cama y se movió silenciosamente por la habitación.

Treinta.

Fue a la ventana y miró hacia el pueblo tranquilo. Mirando hacia el horizonte, podía ver un tenue resplandor naranja en el cielo, las luces de la ciudad capital.

Diez.

Cerró los ojos. *Recuperaré Ekdol*, pensó. *O moriré a su lado*.

Tres.

Dos.

Uno.

El reloj dio las campanadas. En su mente, Lars podía ver a Pym Longfang esperándolo, comprobando la hora una y otra vez antes de finalmente ceder y desaparecer en la noche.

Todo cambiará.

Ekdol y su gente pronto le serían devueltos. Sabía que su tierra sanaría rápidamente. Las heridas eran superficiales. Adosh, sin embargo, tendría un largo camino por recorrer. La gente allí había olvidado su pasado. Muchos ahora solo conocían Maitran, el nombre que le habían dado sus conquistadores.

¿Podría alguna vez ser como el hogar del que sus padres les habían contado historias? ¿La gente acogería su liderazgo? ¿Siquiera recordarían quiénes eran los Greer?

Quizás nada podría permanecer igual. El cambio era una parte natural de la vida. Sería un nuevo Adosh, y un nuevo Ekdol. Un nuevo Imperio.

Él también era nuevo, ya no el mismo Omega que pasaba sus días deambulando por los terrenos de la finca real, admirando las hermosas aves en el aviario de su madre. Ni siquiera era el mismo Omega que había sido capturado y encarcelado por dos Alfas despiadados.

Lars miró por encima del hombro a los hermanos dormidos, su cálido pelaje tocado por la luz de la luna. Estaba seguro de que ellos tampoco eran los mismos.

Descubrió la jaula del pájaro y miró a través del alambre al hermoso azulejo dentro. El pájaro despertó y se acicaló, y cuando abrió la puerta y metió la mano, saltó a sus dedos. Acarició suavemente su cabeza. Luego ofreció el pájaro al cielo, y este extendió sus alas de zafiro y emprendió el vuelo, desapareciendo hacia el bosque.

Diez

Lars había cerrado el círculo. Se encontraba un piso bajo tierra en los aposentos de Phoenix en la base de los Colmillos Salvajes, la habitación donde lo habían convertido en su compañero por primera vez. Regresar allí se había sentido como volver a casa; aún conservaba un significado especial en su mente como el primer nido de apareamiento, y todavía podía detectar la mezcla de sus aromas impregnada en las sábanas.

Colgando de su cuello, junto a su colgante real, había una llave de plata. La quitó y la giró entre sus dedos.

—Toma —le había dicho Phoenix antes de que Lars abandonara la ciudad con la escolta de los Colmillos Salvajes—. En mis aposentos hay un escritorio con un cajón cerrado. Te pongo a cargo del contenido. Al menos hasta que todo esto termine.

Lars entendió lo que implicaba. Si él y Griffin fracasaban en completar la misión, si los mataban, entonces él debía proteger lo que fuera que estuviera dentro de ese cajón.

Bajo tierra, era imposible saber qué podría estar sucediendo en la superficie. El silencio era sepulcral. Apostados fuera de la puerta y en el ascensor había una guardia de élite de los Colmillos Salvajes, y Lars suponía que si algo salía mal, se lo dirían. El plan era que cuando lograran capturar al Emperador, se conectarían al sistema de pantallas públicas y transmitirían la ejecución a cada unidad en el mundo. El monitor de la pantalla colocado sobre el escritorio estaba sintonizado en la transmisión pública, y la propaganda xiletiana zumbaba monótonamente.

Lars miró el reloj. Ya era tarde, lo que significaba que la operación debía estar en marcha. No saber nada lo estaba carcomiendo por dentro. No podía soportarlo.

Se acercó al escritorio e introdujo la llave en la cerradura. Solo echaría un vistazo. Tenía que

distraerse con algo o se volvería loco. El cajón se abrió con un clic.

Lentamente, lo abrió.

Dentro había dos collares idénticos hechos de reluciente amatista, de forma triangular con un intrincado patrón de ondas que se enroscaba hacia el centro. Lars los tomó en la palma de su mano. Sabía exactamente lo que eran.

Colgantes reales de Adosh, justo como el de Ekdolia que llevaba alrededor del cuello. Eran el derecho de nacimiento de Phoenix y Griffin, los símbolos de su linaje y su derecho al trono de Adosh.

Los sostuvo cerca de su corazón. Cerrando los ojos, Lars sintió ese cálido resplandor que emanaba desde lo más profundo de su ser, la energía de sus hijos gemelos. Sintió la conexión del vínculo de pareja y vibró a través de él, sincronizándose con el pulso de luz en su vientre.

Podía sentirlos. Casi podía verlos en su mente: Dos lobos, sus fauces chorreando la sangre de sus enemigos. Sus leales hombres siguiéndolos a la batalla, con los brazos adornados con el emblema de Adosh. Se los imaginó cazando al Emperador mientras huía de ellos como el cobarde que era, arrojando a sus hombres en su camino para retrasar su persecución. Vio a Phoenix cambiar a su forma humana y apuntar su rifle al hombre, quien debió haber pensado que había logrado escapar.

Una llama brotó del cañón cuando apretó el gatillo, la bala trazando un arco perfecto a través del espacio para alcanzar su objetivo previsto. Se hundió en la carne y destrozó los huesos de la pierna del hombre. El Emperador cayó.

En ese momento, las imágenes en la pantalla fueron reemplazadas por estática. El corazón de Lars saltó a su garganta. Luego aparecieron en la pantalla, tal como los había visto en sus pensamientos. Flanqueaban al Imperio de Xyletia, que no era más que un anciano débil. Su pierna estaba destrozada; se arrodillaba a sus pies, suplicando por su vida.

Griffin sostenía una pistola en la cabeza del hombre y habló a la cámara:

—Hoy comienza una nueva era. El Nuevo Imperio de Adosh desmantelará el reinado de la vieja Xyletia y liberará a las naciones conquistadas. El Rey Griffin Greer de Adosh se asegurará de ello. Ondeaden sus banderas con orgullo. La libertad ha llegado por fin.

La habitación tembló. Lars miró hacia el techo. Podía escuchar un alboroto en el nivel del suelo: había una pelea en curso. Corrió hacia la puerta y la abrió; los dos soldados afuera tenían sus rifles apuntando hacia el pasillo en dirección al ascensor.

—Vuelva a la habitación, señor —dijo uno de ellos.

—¿Qué está pasando? —preguntó Lars—. ¿Qué sucede?

—Controlando la amenaza lealista —respondió—. Por favor, entre. Le avisaremos cuando sea seguro.

En la pantalla, una multitud de ekdolianos se había formado alrededor de ellos, muchos portando armas improvisadas.

—¡Recuperen sus hogares! —continuó Griffin—. ¡Recuperen sus países! ¡Recuperen su honor!

Phoenix había desplegado las banderas de Adosh y Ekdol, izándolas en un mástil donde ondeaban al viento y se extendían en todo su esplendor. La multitud estalló en vítores. Griffin enfundó su arma y junto con Phoenix se alejaron del Emperador, dejándolo solo en el círculo de la turba. No tardaron mucho en actuar. Se abalanzaron sobre él y lo rodearon, cientos de manos arañando por un pedazo. Ya era imposible verlo en medio del aplastamiento de gente ansiosa por saborear su propia venganza personal.

Lars observaba, pero no sentía la satisfacción que pensó que sentiría, solo alivio de que estaban a salvo. Todo había terminado. Habían ganado.

Pero sabía que esto era solo el principio. El Imperio Xyletiano se extendía por todo el mundo. No caería en un día. Los leales permanecerían, especialmente en las colonias más remotas del Imperio, y dependería de sus Alfas liderar la lucha para eliminarlos y liberar a las naciones que aún permanecían bajo su dominio. Era una misión de por vida.

La imagen en la pantalla se apagó y volvió al silencio de la estática.

Phoenix y Griffin regresaron a la base seguidos por un ejército en marcha de guardias de los Colmillos Salvajes, todos portando el brazalete con el emblema de Adosh. Incluso había civiles ekdolianos entre ellos. Habían llegado noticias de la capital: los combatientes por la libertad ekdolianos se habían unido a las fuerzas de New Pixia y habían recuperado la ciudad. Informes

similares llegaban de los otros líderes. La capital xyletiana también estaba ahora en sus manos.

Tomaron a Lars en sus brazos, y él los besó. Luego presionó sus palmas contra las manos de ellos. Los hermanos miraron hacia abajo a los dos colgantes triangulares que Lars les había transferido. Una sonrisa floreció en los labios de Griffin. Ambos se pusieron los colgantes alrededor del cuello, donde pertenecían.

Las banderas de Adosh y Ekdol fueron izadas sobre el antiguo campamento xyletiano. Cuando Lars levantó la mirada para admirarlas, vio cómo un curruca real rojo fuego alzaba el vuelo desde su percha en lo alto del mástil, ascendiendo hacia un cielo vasto e infinito.

Epílogo

Los gemelos estaban por llegar, y Phoenix no aparecía por ningún lado.

—Su alteza, por favor, intente relajarse —le dijo el sanador a Lars.

—¿Dónde está? —gimió Lars—. No es un barco tan grande.

—¿Quién lo está buscando? —rugió Griffin.

—Baje la voz —dijo el sanador—. Su compañero necesita relajarse.

—¡*Estoy* relajado! —exclamó Lars antes de retorcerse de dolor—. ¡Argh!

—Yo lo encontraré —dijo Griffin, poniéndose de pie.

Lars asintió, haciendo una mueca de dolor. —Date prisa.

Griffin tenía una idea de dónde podría estar su hermano. Salió de la cabina como una tromba y subió a la cubierta del buque de guerra. Una brisa salada le agitó el cabello, que rápidamente se convirtió en pelaje al transformarse en lobo. El océano se extendía alrededor de su flota. A tres días al noreste les esperaba Adosh. Después de dos meses y medio asegurando Xyeltia, finalmente regresaban a casa.

Olfateó el aire y, efectivamente, captó el aroma de su hermano exactamente donde esperaba. Siguió el rastro, subiendo escaleras hasta llegar a la cubierta de mando. El rastro continuaba hasta el techo, y volvió a su forma humana para ascender por la escalera de acceso.

Phoenix estaba de pie junto a la barandilla, mirando sobre la proa del barco hacia el mar abierto.

—Phoenix —dijo Griffin—. Es la hora. ¿Qué estás haciendo?

Era una pregunta cuya respuesta ya conocía. Conocía a su hermano tan bien como a sí mismo.

Phoenix no respondió. Siguió mirando fijamente el horizonte, con una expresión de intensa concentración.

—Phoenix —repitió Griffin.

—He mirado a la muerte a la cara y me he reído —dijo Phoenix—. He matado sin dudar. He hecho cosas que destrozarían a un hombre normal. Y sin embargo... esto me aterra.

Griffin se colocó al lado de su hermano y se apoyó en la barandilla. —Yo también estoy asustado —admitió Griffin.

Phoenix lo miró sorprendido.

—No me mires así —dijo Griffin—. No es tan impactante.

—Siempre has tenido un mejor manejo de las cosas que yo.

—Nuestros planes han dado fruto y pude ver cada paso del camino. Pero esto es diferente. ¿Criar hijos? Es un misterio.

Phoenix sonrió con ironía. —Supongo que ninguna de las viejas tradiciones explicaba cómo ser padre.

—Me temo que no —dijo Griffin—. Me temo que estamos solos en esto.

—Lo tenemos a él —Phoenix se enderezó—. Nuestro Omega.

Griffin asintió y sonrió.

Phoenix lo miró y una sonrisa pícara se extendió por su rostro. —Sonríes más ahora, hermano. No creas que no lo he notado.

—Hay muchas cosas por las que sonreír —Le dio un puñetazo amistoso en el hombro a Phoenix—. Haremos esto juntos. Como siempre lo hemos hecho. No fallaremos.

Phoenix asintió lentamente. —Sí.

—No lo hagamos esperar más. Vamos a darle la bienvenida a nuestro hijo y a nuestra hija a este mundo.

Cuando regresaron a la cabina, Lars se había transformado en lobo. Estaba en las etapas finales del parto, gimiendo, gruñendo y llorando. Los Alfas corrieron a su lado.

—Transfórmense —les dijo el sanador—. Su presencia lo reconfortará.

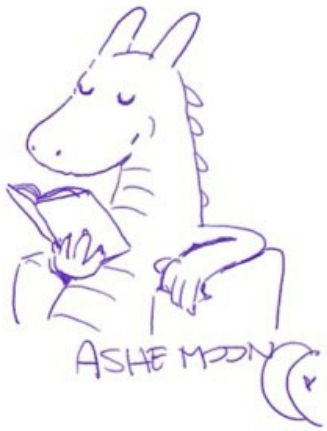
Lo rodearon con sus cuerpos y lo alentaron con las pocas palabras suaves que pudieron reunir. No pasó mucho tiempo antes de que la habitación se llenara con el llanto de un niño, seguido por el de su hermana gemela. Lars eligió los nombres Lionel y Anthy en honor a sus padres.

De vuelta en forma humana, Lars se acurrucó en el pelaje de sus Alfas. Miraron los pequeños rostros de sus hijos, lamiéndolos para limpiarlos y acariciándolos con sus narices.

En ese momento, todas las dudas se habían desvanecido y una nueva era había comenzado.

¡Muchas gracias por leer *Broken Crown*! Para acceder a material adicional exclusivo, ¡sigue avanzando hasta el final del libro!

Y si disfrutaste *Broken Crown*, por favor considera dejar una calificación o reseña. ¡Todo aliento positivo es de gran ayuda para los autores! Puedes acceder fácilmente a la página del producto escaneando el código QR con tu teléfono o haciendo clic aquí.



Omegas de Guerra

Los libros de esta serie pueden disfrutarse como historias autoconclusivas y leerse en cualquier orden. Aunque los libros se desarrollan en el mismo universo y en el mismo periodo, siguen a diferentes personajes en sus aventuras únicas. Simplemente comienza con la historia que más te interese: no te perderás ningún elemento clave de la trama ni el desarrollo de los personajes.

Libro 1 (*Broken Crown*): 🖤🖤🖤🖤

Libro 2 (*Ravaged Bond*): 🖤🖤🖤

Libro 3 (*Poisoned Fate*): 🖤🖤

*

---

* Escala de intensidad:

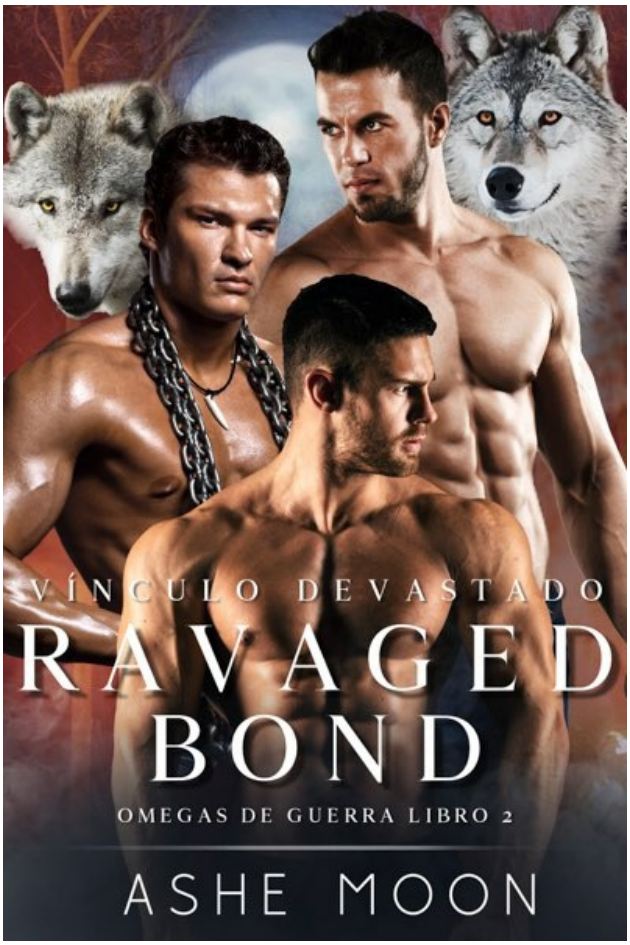
🖤 - Temas ligeros, conflictos moderados, final feliz garantizado

🖤🖤 - Temas moderados, conflictos emocionales, contiene temas delicados

🖤🖤🖤 - Temas pesados, conflictos intensos, contiene contenido perturbador y violencia

🖤🖤🖤🖤 - Temas muy pesados, conflictos extremos, contiene contenido altamente perturbador y violencia explícita

SIGUIENTE EN LA SERIE...



Ravaged Bond

Cuando el Omega Bryan Turner firma un contrato de emparejamiento con el Ministro Josef Zamgarg para salvar a su familia en apuros, descubre una terrible verdad: no puede concebir.

Con el tiempo agotándose y su cruel Alfa amenazando con anular su acuerdo, Bryan busca desesperadamente la magia de los temidos chamanes Uridimm. Pero cuando se encuentra con los tres poderosos e imponentes sacerdotes Alfa - Gan, Nugai y Munok - descubre que han estado esperando para reclamarlo como suyo... y sus oscuros deseos despertarán algo en su interior que nunca supo que existía.

Ravaged Bond es el segundo libro de la serie dark gay romance Omegas de Guerra. Esta historia presenta un hotelero omega, dos cazadores alfa, venganza que se convierte en amor, fantasía moderna, operaciones militares, familia elegida, persecución de enemigos, misterios del pasado, descubrimiento del poder propio, acción e intensidad emocional. Advertencia: Contiene violencia, agresión y temas oscuros que pueden no ser agradables para algunos lectores, pero pueden esperar arcos de personajes satisfactorios y un final feliz gratificante.

La Serie de los Hermanos Luna

¡Descubre la serie de cambiaformas más vendida de Ashe Moon, ***Los Hermanos Luna***!

—¡Acabo de terminar de leer la serie! ¡Dios mío! Las pruebas por las que pasan los hermanos Luna para encontrar el amor son conmovedoras y llenas de emociones. Para ser sincera, me encontré llorando en algunas partes de las 4 historias, simplemente tocan las emociones. ⭐⭐⭐⭐⭐



Para Tresten Croc, un omega obstinado matriculado en la Escuela de Artes de Combate dominada por alfas, un matrimonio arreglado es probablemente lo peor que podría pasarle, especialmente cuando su futuro esposo no es otro que su rival de clase, el alfa deportista y mujeriego, Loch Luna.

Sus familias necesitan esta alianza para mantener su posición como líderes del clan, así que los dos jóvenes luchadores aceptan casarse a regañadientes. No hay absolutamente ninguna posibilidad de que realmente se enamoren... entonces, ¿qué harán Tresten y Loch cuando se enteren de que necesitan producir un heredero?

Casado con el Omega *es una ardiente historia mpreg llena de acción y romance gay, ambientada en un nuevo y vibrante mundo de cambiaformas. Es el primer libro de la serie Los Hermanos Luna, y puede leerse como una novela independiente. Presenta: Enemigos a amantes, un matrimonio arreglado, guerreros cambiaformas lobos de alta cuna, una escuela prestigiosa, un ambiente paranormal contemporáneo, mucho calor y un emocionante final feliz.*

Sposato all'Omega *è una storia piccante mpreg piena di azione e romanticismo gay, ambientata in un nuovo ed emozionante mondo di mutaforma. È il primo libro della serie I Fratelli Luna e può essere letto come romanzo autonomo. Presenta: Nemici che diventano amanti, un matrimonio combinato, guerrieri lupo mutaforma di alto lignaggio, una scuola prestigiosa, un'ambientazione paranormale contemporanea, molto calore e un emozionante lieto fine!*

Mantente en contacto con Ashe

Mantente al día con las ofertas y los nuevos lanzamientos suscribiéndote al boletín personal de Ashe Moon AQUÍ, o escanea el código QR de abajo con la cámara de tu teléfono.

Si buscas algo más personal, ¡también puedes unirte a mi grupo privado de Facebook, **Ashe Moon's Ashetronauts!** Es principalmente un grupo de habla inglesa, pero todos son bienvenidos y estaremos encantados de tenerte. ¡Haz clic en el enlace o escanea el código QR de abajo con la cámara de tu teléfono!

Mi grupo es un espacio seguro para charlar conmigo y con otros lectores, y donde también realizo sorteos exclusivos y anuncios especiales. ¡Espero verte allí!



Contenido Extra

Para acceder al contenido adicional GRATUITO de *Broken Crown*, ¡haga clic aquí!